

Alfonso García-Ramos

Guad

Alfonso García-Ramos

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

46

GUAD

Edición de Gregorio Salvador



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Alfonso García-Ramos

GUAD

Islas Canarias
1989

- © Para la introducción **Gregorio Salvador**
- © Para el texto **Alfonso García-Ramos**
- ©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-26-1

Depósito Legal: M. 35.584-1989

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN	9
I.	21
II.	29
III.	41
IV.	51
V.	57
VI.	61
VII.	65
VIII.	67
IX.	69
X.	73
XI.	79
XII.	87
XIII.	97
XIV.	101
XV.	113

	<u>Págs.</u>
XVI.	117
XVII.	123
XVIII.	129
XIX.	135
XX.	141
XXI.	145
XXII.	153
XXIII.	161
XXIV.	165
XXV.	177
XXVI.	181
XXVII.	183
XXVIII.	187

INTRODUCCIÓN

La tenaz perseverancia de Maximiano Trapero, coordinador de esta *Biblioteca Básica Canaria*, obstinadamente decidido a que fuera yo quien le pusiera prólogo a *Guad* en esta su nueva aparición, ha logrado doblegar mi justificada resistencia y me ha forzado a escribir de nuevo sobre esta admirable novela. A sus argumentos de que me correspondía a mí esta presentación por haber sido yo el primero en señalar su excepcional calidad, en una lección que impartí en el VI Curso de Estudios Canarios, el 11 de diciembre de 1971, en la Universidad de La Laguna, oponía yo el hecho inevitable de que poco podría decir ahora de la novela de Alfonso García-Ramos que no hubiese dicho en aquella ocasión y que además esa conferencia mía es lo suficientemente conocida y accesible, porque se ha publicado nada menos que tres veces. La primera en *Revista de Historia Canaria*, XXXIV, La Laguna 1971-72; la segunda en mis *Cuatro conferencias de tema canario*, Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1977, y la tercera, finalmente, como prólogo a la segunda edición de *Guad*, la que, en homenaje al escritor desaparecido, publicó el Aula de Cultura de Tenerife en 1981.

¿Qué podría, pues, escribir yo ahora que no esté escrito allí? ¿Cómo podría salir de este trance sin convertirme en plagiarlo de mí mismo? Tendría además que volver a leer la novela, después de tanto tiempo, y eso me producía —he de confesarlo ya— no escaso temor. En unas reflexiones sobre la crítica de novela que escribí hace más de veinte

años, señalaba el desconcierto que pueden causar determinadas relecturas, con tiempo por medio y modificadas las circunstancias, y canté la palinodia respecto a ciertos juicios, positivos o negativos, que me habían merecido algunas novelas leídas doce o quince años atrás. De ahí que tuviera la aprensión, al enfrentarme de nuevo con *Guad*, de que tal vez mi valoración actual resultara desacorde con la anterior, que lo que entonces dije me pareciera ahora ditirámico y que la encomienda de escribir este prólogo se me convirtiera en una tarea difícil y comprometida, sólo susceptible de ser resuelta a base de elogios manidos y de argumentos sin convicción. Y mi temor al posible desacuerdo se acrecentaba por una razón particular, que no quiero ocultar ahora: aquella conferencia mía de 1971, que muchas personas honestas me agradecieron en lo que tenía de orientadora y aclaradora, en lo que significaba de reconocimiento universitario a la labor narrativa de un escritor tinerfeño vivo, me proporcionó también algún que otro disgusto.

Porque lo que yo pretendía al ocuparme, en una lección universitaria, de una novela recién aparecida —y así está escrito— era extraerla del revoltijo crítico habitual, sacarla del montón, librarla del tumulto, del elogio crítico indiscriminado, porque decía (y sigo pensándolo) que una de las funciones de la crítica académica, frente a la impresionista, es la de distinguir en el barullo, la de aventar los productos y separar el grano de la paja. Lo que resulta ingrata tarea, porque obliga a la comparación; y las comparaciones son odiosas, como muy bien reconoce la sabiduría popular, y desde luego pueden soliviantar al rebaño. Yo terminé de este modo aquella lección: “Con una frase hecha coloquial y muy simple, con una vieja y ruda imagen ganadera, que hasta puede parecer dialectal pero que todos los hispanohablantes de aquí, de allí y de allá entendemos perfectamente, quiero decirles que, hoy por hoy, en el panorama actual de las letras canarias, a Alfonso García-Ramos hay que echarle de comer aparte”. Naturalmente el rebaño se soliviantó.

Pero dejemos esto porque no vale la pena rememorar viejas historias. Tristemente, desdichadamente, Alfonso García-Ramos ya está muerto. El panegírico, por desgracia, no puede ofender ya a nadie; las éxcelencias de los muertos no amenazan nunca directamente las ocultas aspiraciones de los vivos, no suscitan envidia, y el éxito póstumo es fácilmente perdonable. Por eso, si yo hubiese reservado hasta ahora mis notas de lectura de la novela, si yo hubiera esperado esta ocasión para comunicar la sorpresa que me produjo, para manifestar el placer que me proporcionó y para demostrar la excelencia y novedad de su factura, aparte de haberme facilitado la redacción de este prólogo, con menos trabajo y con más originalidad, nadie se hubiese ocupado tampoco de suponerme torcidas intenciones o de atribuirme bastardos intereses.

Lo que he tenido que hacer ahora, para intentar que este prólogo sea distinto y responda a mi perspectiva crítica actual, ha sido leer de principio a fin la novela, en su segunda edición, sin mis notas marginales y mis subrayados de la edición antigua, como si acabara de aparecer. Y luego he releído el casi olvidado texto de mi conferencia. Pues bien, lo que tengo que afirmar, después de ambas lecturas, rotundamente pero también razonadamente, es que suscribo todo lo que entonces escribí, es decir, que *Guad* sigue conservando, transcurridos dieciocho años, los mismos valores literarios que me admiraron en 1971, y los sigue conservando porque eran eso precisamente, valores literarios, valores formales, que son los verdaderos valores del arte, calidades estilísticas, novedades estructurales perfectamente adecuadas a la intención narrativa, vigor en el relato, verosimilitud, fidelidad en la descripción sin caer en el costumbrismo, y, sobre todo, diría yo ahora, la virtud esencial de una novela, que tiende con frecuencia a olvidarse: el interés, la capacidad de captar la atención del lector de tal modo que éste lea cada página con la imaginación puesta en la siguiente, expectante, ansioso de saber lo que vaya a ocurrir, convirtiendo la lectura en trasunto ocasional de la propia vida,

que casi siempre la solemos vivir desviviéndonos, es decir, más preocupados por lo que vaya a pasar que ocupados en lo que ya está pasando.

La primera virtud de una novela es que se pueda leer bien, que una vez empezada nos cueste dejarla, que nos interese más que nada lo que allí ocurra, que sintamos invencible curiosidad de saber en qué para el asunto. Un clásico de la crítica anglosajona, Northrop Frye, ha afirmado que el componente más decisivo del género novela, el ingrediente esencial de un relato, es "the quest", es decir, la búsqueda. En todas las grandes novelas, en su asunto, hay una búsqueda interior o exterior, una indagación de cualquier tipo que sostiene el argumento y apasiona al lector, lo absorbe en la lectura. *Guad* es una novela, decía yo en 1971, que se había encontrado sin título, porque el que mejor le hubiera cuadrado, *Los buscadores de agua*, había sido ya utilizado por el escritor gallego Juan Fariás, en una novela de tema canario donde tal asunto era meramente episódico, mientras que el relato de García-Ramos es esencialmente eso, la novela de la búsqueda del agua, de esa aventura tan isleña de la perforación de la tierra, de la excavación de las galerías que hasta ella conducen.

De un tema tan genuinamente insular pudo haber salido, fácilmente, una mera novela costumbrista, sin más alcances que los simplemente folklóricos y locales; pero toda gran novela no es sólo la novela de una búsqueda, sino de una búsqueda trascendida, de una búsqueda convertida en símbolo de otras búsquedas, de otros afanes, de los constantes afanes del corazón humano, de la intrínsecamente azarosa aventura del vivir. Y *Guad*, quiero decirlo de nuevo, desde mi reciente relectura, es una gran novela.

He hablado de mi previo recelo, al tener que enfrentarme ahora con ella. Pero muy pronto, conforme fui entrando en su lectura, deseché mis temores. Ya digo que confirmo hoy todo cuanto antes afirmé. Y eso no es mérito del análisis que pude haber hecho entonces de la novela —aunque me

siento orgulloso de ello, orgulloso de haber señalado la calidad singular de la narración, de haber proporcionado, supongo, a Alfonso García-Ramos en vida la satisfacción, que el buen escritor siempre merece, de ver reconocido su esfuerzo, de sentir valorada su obra, de recibir el testimonio del goce estético y humano que su relato ha deparado a un atento lector, de escuchar el juicio positivo que del análisis de su trabajo ha obtenido objetivamente un crítico— y digo que no es mérito de mi análisis pretérito el que yo ahora me sienta de acuerdo conmigo mismo, con el lector que era hace dieciocho años, sino de la calidad perdurable de la novela, de sus valores intrínsecos y no circunstanciales.

Un crítico norteamericano, Lionel Trilling, ha llegado a decir que todas las buenas novelas no son sino variaciones sobre el *Quijote*. En todo caso porque el perspectivismo que introdujo Cervantes es consustancial con la novela moderna, pero también porque toda buena novela está asentada en una realidad histórica, en unas determinadas circunstancias, en la singularidad individual de unos personajes, pero trasciende todas esas concreciones, sobrevive a su tiempo, escapa a sus circunstancias y universaliza la aventura local y personal de sus protagonistas.

Dieciocho años son muchos años en esta época de cambios vertiginosos que vivimos. Muchas circunstancias han cambiado, entre otras el panorama de la novela canaria. Otros y nuevos escritores canarios han publicado en este lapso temporal tantas novelas que hasta en una de ellas aparece yo, incidentalmente, como personaje, por eso de haber sido, durante siete años, Decano de la Facultad de Letras de La Laguna. Naturalmente, entre tantas novelas como han aparecido, hay algunas de indudable calidad, de las que van a perdurar sin duda. Y en un planteamiento crítico-histórico de lo que ha sido este período en la actividad literaria de las Islas, habría que preguntarse qué parte le corresponde a Alfonso García-Ramos en el inicio y desarrollo de esa eclosión creadora. Pero ni es el momento, ni yo la persona

indicada, para contestar a esa pregunta. Lo que sí quiero recordar es que a ese enriquecimiento del panorama novelístico canario colaboró el propio Alfonso con su última novela, *Tristeza sobre un caballo blanco*, hermosa y melancólica obra, largamente imaginada por el autor y apresuradamente escrita, en poco más de un mes, sin posible aplazamiento ya, inexorablemente marcado el tiempo de su vivir.

Reaparecería en esa narración la técnica, ya adoptada en *Guad* para cuatro capítulos, de la segunda persona gramatical usada como primera persona de contenido, técnica puesta en circulación por "le nouveau roman" francés y que resulta efficacísima para transmitir la sensación de melancolía que la contemplación del propio pasado suele producir. Del perspectivismo de *Guad* hablé ampliamente, tras mi primera lectura, y me sigue pareciendo magistral. Ese ejemplario completo que ofrece de las viejas formas de elocución que enumeraban las preceptivas; porque el relato está escrito en tercera persona, que algunas veces pasa a segunda y en un par de ocasiones a primera. Pero una cosa son las personas gramaticales y otra la perspectiva personal de la narración, una la forma de elocución, que corresponde al plano de la expresión, y otra la forma de novelación, que pertenece al plano del contenido. Si nos atenemos a la forma de novelación, se puede afirmar que la novela que ustedes van a leer está escrita prácticamente en primera persona de principio a fin, aunque no se trate de una sola persona sino de trece, o sea, que está escrita desde la perspectiva personal de trece personajes diferentes. Y si hay siempre una forma de contenido de primera persona, cabe preguntarse qué función estilística cumplen las tres formas de elocución, es decir, las tres formas de expresión gramatical. Creo que actúan por contraste y su presencia resulta claramente significativa. La tercera objetiva en cierto modo la narración, permite intercalar el diálogo sin mayores aditamentos ni explicaciones, en estilo directo y casi siempre sin verbo introductor. La primera, cuando la usa, es decidi-

damente caracterizadora de un personaje concreto y singular, Marcos, un bobo, un inocente, y eso no podríamos verlo desde fuera porque desde fuera no se entendería: la tercera persona interpondría entre el personaje y el lector, quiérase o no, una valoración, un diagnóstico. De la función de la segunda ya he hablado más arriba. Cuatro capítulos de la obra están escritos así y en ellos se hallan, a mi entender, sus momentos más felizmente logrados. Dos de esos capítulos, el tercero y el vigésimo cuarto los podemos considerar antológicos. El tercero, donde Agustín, evidente trasunto del propio autor, rememora, desdoblándose en la fórmula gramatical, los días de su infancia y adolescencia, lo he leído de nuevo con la emoción compartida de quien vivió aquellos tiempos del "traje virado", de quienes fuimos adolescentes en la posguerra de aquella malhadada guerra civil, a la que habíamos asistido de niños como asombrados testigos de lo incomprensible, como espectadores inocentes del odio y del temor. El recuerdo de la guerra marca, sin insistencia, su impronta en el relato, con media docena de alusiones, con rápidas pinceladas que le dan un puesto de relieve en la literatura testimonial.

Me referí antes a la fidelidad en la descripción sin caer en el costumbrismo. Y esto, que ya expliqué en su día, es importante. Porque uno de los defectos que caracterizan la llamada novela "regional" es su bobalicona detención ante el paisaje, el retocado retrato del terruño, el exagerado detallismo en la pintura, siempre favorecida, de las viejas costumbres. Pero García-Ramos supo eludir, con inteligente destreza, con maestría narrativa, todos estos peligros.

Insistiré en algo que es obvio, pero que nunca está de más recordar: la narración es tiempo, tiene el tiempo como rasgo fundamental y no puede prescindir de él. Tantas veces como el tiempo se inmovilice en un discurso narrativo, tantas veces como el novelista se deje llevar, inhábilmente, de la tentación descriptiva, de la ambientación escénica o, en su caso, de la abstracta especulación ideológica, la novela deja de serlo en ese trecho por mucho nombre de tal, sin

restricciones, que pueda lucir en la portada. Alfonso García-Ramos, que sabía perfectamente lo que era una novela, no se para nunca en barras descriptivas, no se estanca en efusiones líricas intemporales y el tiempo avanza siempre en su relato, se superpone a veces y se remonta en múltiples ocasiones al pasado para iniciar nuevos avances en el recuerdo.

La prueba del paisaje, como digo, resulta decisiva y casi siempre mortal para el autor terruñero. En mi citada conferencia, analicé con amplitud los procedimientos estilísticos de que se valió nuestro autor para "temporalizar" lo descriptivo, para insertar ámbitos y paisajes en la marcha del relato, sin parar el reloj inexorable de la narración. Allí está por menudo, pero cualquier lector atento lo podrá apreciar sin otra guía que su instinto.

La novela circunstancial, de lugar o de tiempo, que de ambas clases hay, suele estar poblada de tipos, que no de personajes. García-Ramos, que trasciende la circunstancia de esos años de la posguerra y de esa galería que se abre en un valle tinerfeño, lo que nos brinda, humanamente, es un manojo de vidas palpitantes, de personajes labrados por el tiempo de su propia existencia, es decir, de personajes personas. Y que hablan, además, como personas, no como tipos. Lo que, para un lingüista como yo, es aspecto esencial, pues creo que por la exacta posesión del código lingüístico y su hábil utilización es por donde empieza la buena literatura. Acaso sea deformación profesional, pero tengo muy agudizada la sensibilidad idiomática cuando leo y no acepto nunca gato por liebre ni sintagma mostrenco ni falso dialectalismo. La mitad o más de lo que se publica ya se me quiebra por ahí. La imitación de la pronunciación dialectal, por ejemplo, suele ser detestable, cuando se quiere utilizar como rasgo caracterizador, y en bastantes ocasiones empaña la calidad de obras que incluso podían haber sido buenas. Nuestro autor evita cuidadosamente el pastiche y ni se le pasa por las mientes hacer hablar a sus personajes en seudodialecto. Ahora bien, eso no impide que utilice todo

el léxico canario, todos los modismos insulares que debe utilizar, pero siempre en la debida proporción, nunca rebuscadamente. La novela resulta así escrita en español de Canarias, que es lo mismo que decir en español universal.

Alfonso García-Ramos murió el 4 de marzo de 1980, con cincuenta años recién cumplidos. Demasido pronto; en plena madurez creadora. Una gran figura de las letras canarias de este siglo, del pensamiento canario, que poseía todas las condiciones precisas para haber adquirido considerable presencia en el panorama general de las letras hispánicas. Muchos de los posibles lectores de este libro habrán llegado a conocerlo y recordarán su extrovertida y desbordante humanidad, podrán ponerle incluso a la novela su inconfundible voz profunda y levemente nasalizada. Yo tuve con él una relación personal cordial y amistosa, pero siempre accidental y pública, durante los nueve años que residí en Tenerife; no mantuve nunca con él una conversación privada, ni siquiera después de aquella conferencia mía. Ahora siento una extraña añoranza de aquella amistad que no fue.

Leía yo por entonces, casi cotidianamente, sus artículos y comentarios periodísticos. No sé si se habrá publicado o, por lo menos, si existe el proyecto de publicar una antología de su obra periodística. A mi juicio sería de enorme interés y contribuiría a perfilar y a consolidar su figura de escritor. Porque no debemos olvidar que Alfonso García-Ramos fue antes que nada periodista. Desde luego, ni son pocos los periodistas que aspiran a un lugar en la literatura ni tampoco escasos los literatos que recurren al periodismo para subsistir. ¿Dónde está el límite entre una y otra actividad? ¿De qué manera se interpenetran y mutuamente se nutren? Gabriel García Márquez, un reportero que ha devenido en el novelista que todos conocemos y que retorna a la crónica periodística en cuanto tiene ocasión, ha caracterizado ambas actividades de modo magistral. Dice el escritor colombiano que en periodismo un solo dato falso desvirtúa, sin remedio, a los

otros datos verídicos, mientras que en la ficción un solo dato real, bien usado, puede volver verídicas a las criaturas más fantásticas; y añade que la norma muestra excepciones por ambos lados: en periodismo hay que apegarse a la verdad, aunque nadie la crea, y en literatura cabe inventarlo todo, siempre que el autor sea capaz de hacerlo creer como si fuese cierto.

Creo que estas observaciones del excepcional narrador de Aracataca vierten mucha luz sobre la obra del autor al que hoy prologo. Alfonso García-Ramos supo, a mi entender, mantenerse siempre fiel a la verdad periodística y, cuando la verdad periodística era imposible, estaba prohibida o caía bajo el feroz tachón de la censura, supo sustituirla por la verdad literaria, dando verosimilitud a una fabulación novelada desde los datos ciertos que a la observación periodística ofrecía la realidad comprobada y comprobable. *Guad* es también, aparte sus virtudes literarias, aparte los aciertos técnicos y estilísticos que he ido apuntando, un lacerante testimonio, una indagación antropológica, una crónica fidedigna de los anhelos, trabajos y miserias de unas cuantas personas que se mueven en ese ámbito fingido que denomina valle de Tenesora, en la isla de Tenerife, pero que puede ser cualquier valle real de cualquiera de las islas de este Archipiélago.

Eliseo Izquierdo, amigo y biógrafo del novelista, llamó la atención sobre "la aguda visión de la realidad de las Islas que se refleja en toda su obra de periodista y escritor" e invoca su memoria como "acicate en la lucha para hacer de las Islas el lugar que hombres como Alfonso imaginaron y pusieron como norte de su aventura humana". Y quiero añadir algo que ya apunté, en alguna ocasión, cuando yo enseñaba en la Universidad de La Laguna: La singularidad de estas Islas consiste en que, dentro de eso que llamamos pensamiento europeo, cultura occidental, han actuado desde antiguo como un símbolo. Las *Makarón Nésoi* de los griegos, Islas de los Bienaventurados, *Fortunatae Insulae* de los latinos, Islas Afortunadas, no eran sólo para ellos las lejanas

islas del Atlántico, en el confín del mundo, vagamente conocidas, sino que en ellas se situaba la tierra de la felicidad, un país de utopía, ese país que el hombre ha llevado siempre en el corazón como un proyecto y como un deseo, como un paraíso inalcanzable. Y vivir sobre ese símbolo tiene que resultar especialmente dilacerante, desgarrador, para hombres como Alfonso García-Ramos, que puso como norte de su aventura humana no el de alcanzar ese inalcanzable paraíso, sino simplemente el de hacer más habitable la tierra que habitaba. Todo en la conducta de Alfonso, la veracidad de su obra periodística, la verosimilitud de su obra literaria, su constante actuación de hombre cabal, apuntaba claramente a lo que resulta para cualquier observador atento su primordial intención: hacer que el viejo símbolo clásico se mostrara, visto desde dentro, al menos como una metáfora aceptable, que si no tierra de felicidad, porque la felicidad ya es de por sí una utopía, los habitantes de estas Islas Afortunadas trabajaran al menos por convertirlas en una tierra de esperanza.

Gran infortunio fue para este Archipiélago —y para todos los que hablamos y leemos en español— perder tan pronto a un hombre como Alfonso García-Ramos, a un luchador de su temple, a un escritor de su aliento, a una persona de su calidad. Aunque un escritor nunca muere del todo. Hay muchas maneras de pasar a la fama, de dejar memoria de la propia existencia, de crear nuevas realidades que le sobrevivan a uno; pero lo más específicamente humano es la lengua, y la palabra escrita, la obra literaria, es algo más que dejar memoria, es mantener viva la presencia. El autor de *Guad* está así verdaderamente entre nosotros e incluso nos sobrevivirá a la mayoría; porque pasará el tiempo, vendrán otras generaciones, pero su obra seguirá comunicando a los nuevos lectores lo que fueron su pensamiento y su sentir, la dimensión de sus deseos y la profundidad de su nostalgia.

Hay que congratularse, por lo tanto, de esta nueva edición de su principal novela que nos ofrece la *Biblioteca Básica*

Canaria. Yo estoy convencido de que esta obra le va a otorgar a su autor un lugar destacado en la historia de la narrativa contemporánea en lengua española. Puedo decir que yo he tenido que prestarla, repetidamente, a muchas personas que, en la Península, me han mostrado su interés por conocerla y su imposibilidad de conseguirla. Confío en que esta edición multiplique la cifra de sus lectores y acreciente el núcleo de admiradores y amigos de Alfonso García-Ramos, porque otro de los milagros de la literatura es el de permitir a un escritor que aumente el número de sus amigos verdaderos después de la muerte, lo cual es una prueba de lo que hace un instante decía, de hasta qué punto el autor permanece vivo en su obra, capaz de comunicarse, de establecer una real y evidente relación anímica con otras personas alejadas en el tiempo y en el espacio.

GREGORIO SALVADOR

I

Hasta aquel apartado rincón de la bodega donde los camareros del barco le habían colocado una colchoneta llegó la sacudida epiléptica de las máquinas. Estaban en la bahía de Santa Cruz de Tenerife y la sirena del correo llamaba al práctico. Terminaba el penoso y largo viaje de Bilbao a Canarias en ese barco viejo y mal oliente que había invertido diez días en la travesía. Diez días de continuo movimiento de náuseas y mareos, luchando con una marejada que no les dejó a ninguna hora. Hubo momentos en que deseó haber muerto en la prisión o en la guerra, como un hombre, antes que sufrir tal agonía en aquel maldito agujero de la bodega, sintiendo que iba a echar por la boca las entrañas. Renegó de la hora en que se le ocurrió marchar a las Canarias, donde nada se le había perdido y donde nada esperaba encontrar como no fuera paz y olvido sobre la llaga de su derrota.

Cuando salió del penal, su primer propósito fue de huir, huir del escenario de sus luchas obreras, de sus ilusiones y de su solitario amor, de los campos devastados por la guerra, de todo lo que le recordara el calvario padecido. Y Canarias estaba lejos de todo aquello y, además, era España. Porque no quería pensar en el extranjero. Pudo haberse marchado cuando el gran éxodo —una buena parte de sus compañeros lo hizo—, pero él no tenía nada de que arrepentirse y prefirió pechar con la derrota. Cinco años de cárcel le tocaron. Otros salieron peor. De todas maneras, nada le

aguardaba fuera de aquellos muros. Magdalena, la compañera fiel de tantos años, había muerto en la columna de Durruti. Fue mejor así. Moriría de pena al ver en qué paró tanto sacrificio. Ella, que soñaba con un mundo sin guerras, sin cárceles, sin policías, sin pobres ni ricos. Magdalena, la del cabello largo y sedoso que a él tanto le gustaba acariciar, la de ojos grandes y dulces que se incendiaban cuando cantaba en las manifestaciones: «A las barricadas, a las barricadas, por el triunfo de la revolución». Hija y nieta de anarquistas, ella le había iniciado en el credo. Pero ahora que todo había pasado, que su pelo había sido arrancado por la metralla y sus ojos se pudrieron entre el barro zaragozano, gustaba verla simplemente como una niña grande que pedía mimos y besos...

—Levanta, Juan, que ya estamos en puerto.

Un camarero le había hablado desde la tronera abierta en el techo. Buenos muchachos, buenos compañeros. Cuando los «Civiles» le dejaron, uno de ellos le preguntó al cabo.

—¿Y ése?

—Cenetista. De joven dio mucha guerra. Parece que no tuvo delitos de sangre y por eso salió bien librado.

Tan pronto se marchó la pareja, los camareros atendieron al viajero mejor que a un recomendado del mayordomo. Le buscaron aquella colchoneta y un rincón apartado del bullicio de la cubierta siempre llena de soldados; le llevaron naranjas y limones para combatir las bascas así como palangana y toalla para el aseo. Así el viaje resultó menos penoso.

Subió la escalerilla con la pesada maleta de madera que había construido en la cárcel. Pensaba si su compañero de litera, puesto en libertad unos meses antes, acudiría a recibirle, según habían acordado. Si no lo hacía, la cosa se pondría mal, pues apenas llevaba dinero para dos malas comidas. Al salir a cubierta le sorprendieron el aire tibio y la noche estrellada. Dejó la maleta en el suelo y aspiró golosamente aquella brisa que venía a ser regalo de dioses

para quien había soportado el aire viciado del penal durante cinco años, el olor a cuero nuevo de las botas de la Guardia Civil en el tren, y la humedad del barco.

—Hermosa la ciudad, ¿verdad? El puerto era antes otra cosa. Encontrabas siempre grandes transatlánticos europeos, llenos de luces y de turistas, pero la guerra terminó con todo eso. ¿Ves ese carguero que está atracado en la punta del muelle grande? Pues desde ahí suministran a los submarinos alemanes, ¡cochinos nazis!

Otra vez la guerra, ahora en grande y como continuación de la que padeció España. En la cárcel, muchos se alegraron cuando estalló: pensaban que le daría vuelta a la situación, de forma que los derrotados pasaran a ser vencedores. Juan no pensaba así. Una guerra es cochina siempre. Los soldados combaten por una cosa y los que mandan persiguen otra distinta. No es que fuera un pacifista. Por el contrario, supo estar siempre en la trinchera luchando por la clase. Pero una cosa es aguantar en la mina y contestar al tiroteo de la fuerzas enviadas para desalojar a los huelguistas —gajes de hombres, a fin de cuentas— y otra son los bombardeos, en los que perecen abrasados mujeres y niños; es distinta la lucha a cuerpo limpio, a las represalias cuando se ocupan las poblaciones, al cuadro de la chiquillería mendigando un pedazo de pan, al de las mujeres vendiéndose por una mala comida. ¡Putas y cochinas guerras!

Ya el barco, conducido por el práctico, enfilaba la bocana del puerto y el pasaje se asomaba a las barandillas. En la cubierta de popa, voces militares formaban a los soldados. Santa Cruz de Tenerife esplendía sobre el empinado anfiteatro y las luces de las casas ribereñas se reflejaban en las aguas quietas de la ensenada. Del cielo parecía caer una paz absoluta, sin fronteras, negadora de la barbarie en que los hombres estaban incurriendo no muy lejos de la isla. Las chimeneas de la factoría de petróleo enrojecían una parte de la noche con sus grandes llamaradas, y la suave brisa traía a veces olores de gas-oil y otras el perfume de los

numerosos jardines de la ciudad, que llegaban a los mismos linderos de las olas.

—Sí, hermosa ciudad. Dicen que se parece a Málaga. Claro que por la pobre Málaga pasó la guerra...

El camarero sacó un sobre de la oscuridad y hábilmente lo depositó en el bolsillo de Juan.

—Es de los compañeros. Poca cosa, apenas treinta duros. Te harán falta en tierra. Nosotros nos apañamos bien en el barco. Que tengas suerte.

Casi sin darse cuenta el recién llegado se vio en aquella apartada zona de la cubierta alta. Fue mejor así, pues se le atragantaban las despedidas y los agradecimientos. Los muchachos habían cumplido como buenos compañeros.

El piso se mecía bajo sus pies cuando comenzó a caminar por el muelle. El hombre que no está hecho para andar en el mar ni para volar por los aires. Pensó que tampoco para estar enterrado toda la vida en el agujero de una mina, y al llegar a este punto se hizo un lío en la cabeza. Cierta vez oyó en un mitin obrero que la ciencia descubriría algo que sustituya al carbón y que, entonces, los obreros no tendrán por qué trabajar bajo la tierra. Sin embargo, eso son cosas que se dicen en los mítines por gentes de pico florido, y lo que de verdad queda por hacer es que el hombre no explote al hombre, que el minero gane más y trabaje menos años y que, todavía joven, pueda disfrutar del sol. Lo demás son ganas de darle a la lengua. Aunque puesto a comparar, él prefería mil veces la mina al bamboleo y la vida aburrida del barco. Claro que eso es cuestión de gustos.

Casi al final del muelle le aguardaba Florentín. La luz de una farola le daba bien sobre el cuerpo y se veía al pronto que había engordado.

—Vaya, hombre, creí que te había tragado la mar por el viaje. Llevo dos horas esperándote. Menos mal que me acompaña ésta.

Juan vio cómo alzaba por encima de la cabeza una botella de vino. Debía estar ya medio alumbrado.

—Me entretuvieron a la salida del barco. Cuestión de papeles. Como no te vi por allí creí que no vendrías.

—Habíamos convenido en que venía, ¿no?; pues si lo habíamos convenido, palabra de Florentín es palabra de hombre.

Echaron a andar hacia la ciudad, que les salía al paso con su juego de luces.

—Traes mala cara, Juan, como de difunto; pero con una buena comida, unos buchets de vino y una hembra para rematarla, ya verás cómo te salen los colores.

—Un poco de comer no me vendría mal después de tanta hambre y revoltura.

—Pues andando, que papas fritas y pescado hasta hartarnos nos vamos a pegar en «La Nasa».

La taberna marinera, un poco a trasmano del centro de la ciudad, a la que se llegaba por callejones donde bullían soldados, marineros, estudiantes y prostitutas, lo aguijoneó con entrañables recuerdos. En mesas de pino como éstas, sobre las que el mozo pasa un paño húmedo, ¡cuántas reuniones con camaradas en las ciudades del Cantábrico, cuántas zozobras por los compañeros detenidos, cuántas alegrías cuando se ganaba una huelga!

Y Florentín que se había quitado todo eso de la cabeza como quien tira al cubo de la basura un traje.

—Tantos años juntos allá y nunca te pregunté si tú eras de los nuestros.

—No, Juan, yo fui de la U. G. T., socialista; me fastidian todas las dictaduras.

—A mí me pasa lo mismo.

—Sin embargo, Hitler está dando fuerte.

—Le darán más fuerte a él en la cabeza y a sus cochinos nazis.

Volvió el mozo con otra botella de vino y nueva bandeja de pescado. Los ojos de Florentín empezaban a achicarse y, como puntillos enrojecidos, brillaban en la oscuridad de las cuencas.

—Llevo siete días de «fogalera» desde que dejé la maldita galería de Güímar. Estábamos a dos mil metros y aparecieron los gases. ¡Los muy puñeteros...! Te ponían a descansar y cuando ibas a levantarte no te respondían ni las piernas ni los brazos. Te dejaban deshuesado y paralítico, y si no te sacaban pronto de allí comenzaba el ahogo.

—La mina es más traidora. Ésa no te dice nada, te va metiendo polvo en los pulmones hasta que un día te ves con los pies virados para el cementerio.

—Tampoco los gases son mancos. Ya los conocerás. El contratista nuestro vio que no se podía trabajar sin una extractora de aire mayor y pidió más dinero a la Comunidad. El secretario le llamó ladrón, y a nosotros, inútiles y vagos. Para colmo, quiso entrar en la galería a ver si era verdad que habíamos llegado a los dos mil metros. Y aquello fue lo bueno... No más llegó al primer kilómetro, se cagó de miedo con la oscuridad y la falta de aire, y echó a correr para la boca pidiendo auxilio y diciendo que se moría. Los muchachos por poco nos partimos de risa. ¡La porquería le salía por los zapatos! Desde la guerra no había pasado yo un rato mejor. Le estuvo bien empleado por marica. La galería es cosa para hombres.

—La mina, también.

—Y vuelta con la mina. Aquí no hay minas, métete esto en la cabeza. El lunes empezamos a trabajar en otra galería. La empezó un cura desbraguetado y lleva parada muchos

años. Ahora se ha metido gente de cuartos en el negocio y la cosa va a ir para adelante.

—¿Cuánto pagan?

—Trescientas pesetas por metro, a repartir entre la piña. A ti y a mí nos tocarán setenta y cinco diarias, como cabuqueros. A los dos de las vagonetas les sale por cincuenta pesetas. Cuando nos metamos más adentro sube el jornal. Pero déjate de galerías y vamos a divertirnos. ¿Te gustan las mujeres?

—Me gustó una.

—Yo hablo de las fulanas.

—Son falsas.

—A mí eso no me importa.

—Yo a veces me olvido de lo que son cuando estoy borracho.

—Pues vamos a buscarlas al bar de la esquina.

Cuando salieron del bar eran cuatro. Del brazo de Juan colgaba una mujer fondona con un largo pelo que le colgaba más abajo de la espalda. Florentín y la suya formaban un solo cuerpo, estrechamente abrazados.

—¿Son muy amigos? —dijo la mujer a Juan.

—Nos conocimos en la cárcel y eso une mucho.

—En la cárcel, ¿tú no serás rojo, verdad?

—No mujer —dijo él para tranquilizarla—. Nos metieron por cuestión de contrabando.

—¡Ah!, eso es otra cosa. Yo soy muy española. Mira lo que llevo aquí —la mujer se echó adelante el vestido y le mostró, entre los dos opulentos y algo caídos senos, el amuleto del Corazón de Jesús, con el «Detente, bala».

—¿Qué te parece?

—Muy gordos y muy bonitos. Menos mal que yo no soy una bala.

—¡Mira que guasón me sale el niño!

Y la mujer soltó una carcajada, fuerte, como ensayada, que retembló por todo el barrio. Luego le pasó el brazo por el cuello. A Juan se le cayó la maleta que, abierta por el golpe, mostró su solitario contenido: el antiguo casco de minero.

—Y eso, ¿qué es?

—Nada de importancia. Un recuerdo de la guerra.

Ella recogió el casco del suelo y se lo puso, ladeado, sobre la cabeza.

—Chico, si hubiera carnavales te lo pediría prestado. Pero los prohibieron. Ya ves, eso sí que no me gusta; pero ¡qué remedio!, hay que aguantarse.

—Tienes razón, hay que aprender a aguantarse.

Las dos parejas siguieron andando y riendo por el oscuro callejón, mientras el cielo empezaba a clarear por encima de las montañas y las estrellas se apagaban lentamente sobre el todavía sombrío mar.

II

La sotana parda, salpicada de manchas, de grasas antiguas donde pegaba bien la tierra; uno, dos, tres botones saltados, y un par de ellos pendientes de un mal hilajo; el cuello, lamparón, y las bocamangas abriéndose en flecos. La miseria, el castigo justo y bien querido para su pecado. Pecado, amor, más bien mujer gozada que le ceñía el cuerpo como una sotana de fuego por debajo de la de sacerdote. Sabía bien lo que era; relajado. Piedra de escándalo, carne madura para el fuego en la que se había clavado bien profunda la garra del diablo. El peso de los años, regados de enfermedad y remordimiento, le doblaba sobre la tierra. Como si la edad devolviera la comba del campesino que debió ser y no fue por presiones familiares y propia novelería de chiquillo que torcieron su destino y le llevaron al seminario. Entero labrador, ahora, con los ojos gastados por los soles, manos callosas, endurecidas en el diario trato con la azada. Y, bajo sus pies, la tierra vencida y generosa, pura y sin manchas como nacida de la mano del mismo Dios. La tierra que podía ser el camino para la salvación...

El huerto del cura. El cielo siempre azul, desteñido, gastado de tanta luz. Por abajo, el mar, más oscuro y brillante, con un rizo de espuma que crece y mengua al capricho del viento. Corrían las nubes afiladas, puntiagudas, sobre la ruta de los barcos que van a América sin un alto, sin un descanso para oscurecer su vientre y volcar sobre los campos resecos la lluvia tan deseada. De la mar a la cumbre, la vida

a medio nacer, jables pedregosos, campos sienas, más bien de tétrica amarillez que suben y suben hasta alcanzar el gran cono volcánico, al Teide señoreador de alturas y nieves. Entre tanta desolación, la chumbera, las pitas, raquíticas vides, también higueras; y todo como breves, casi imperceptibles, manchones verduzcos; creciendo milagrosamente a la sombra de un risco, buscando la frescura de algún fugaz charco que forma el barranco los años de torrentera. Más escasos aún los cuadros de sembrados que el labrador tenaz trabaja cada año a la espera de las lluvias buenas. Campos virginales, puro mineral, brillantados y tristes como caídos de la luna.

Pero la tierra es buena, Señor. Un pico puede ser la vara de Moisés y por el hueco que éste abre la dinamita llega hasta el mismo corazón de las rocas. Allí donde el agua remansa y espera desde los siglos de los siglos.

Fueron algunos años de trabajo agotador antes de que el pozo diera agua, antes de que el cura pudiera recogerla en el cuenco de sus manos y llevarla a los labios para gustar de su sabor húmedo y un sí de salobre. Luego, el trabajo alegre, las piedras una sobre otra formando las paredes que vencieran la pendiente, la tierra suelta y ávida de florecer llenando los bancales, la semilla al surco y el árbol bien plantado.

Pronto, los geranios rojos colgaron de las paredes, la vid trepó por el parral, ofrecieron sus frutos naranjos y limoneros, y sobre las frondas de los laureles de Indias, que sombreaban el pozo, cantó el pájaro amarillo.

La tierra puede ser un camino para la salvación. Porque, una vez, hubo un hombre que se llamó Getsemaní y tuvo un huerto de olivos. Se ignora quién fue, pero debió amar mucho a su tierra y, de fijo, que cuidó bien a los árboles. Nadie reparó en ellos: ni los apóstoles pescadores y cansados, que se durmieron; ni el pobre traidor, ni los notables judíos; ni los soldados romanos. Sólo Cristo comprendió el cariño que mantenía vivo al olivar y lo eligió para sufrir en él toda

la infinita amargura que produce el desesperanzado amor por los hombres, ni tan buenos para ser santificados, ni tan malos para no encontrar en el peor de ellos un recóndito rincón de bondad. Y Getsemaní pasó a la historia nada más que por tener un huerto de olivos, y el mismo Cristo tuvo que acordarse de quien endulzó su agonía en la tierra con el bálsamo de una brisa que, perfumada en la copa de los árboles, venía a ungir el dolorido cuerpo que se preparaba para la muerte. Y también el buen Dios al asomarse al doliente paisaje isleño, al drama y pecados de sus hombres, gustaría de descansar en el cuidado huerto y tendría una mirada de simpatía para el pobre cura relajado.

Los crisantemos para los difuntos, flores para la Virgen, y las frutas, prietas y olorosas, para los chiquillos pobres del pueblo. Poco guardaba para él. Si allá por sus tiempos de seminarista le habían tentado los ingresos de una buena parroquia, ahora se sentía feliz con su pobreza, con la sotana parda y recosida, con los malos guisos de su barragana, con la lobrete de la vivienda. Tantas privaciones eran buenas para el alma. Por eso no se sentía perdido. Dios seguía con él, aunque fuera como ese sol oculto por las nubes que calienta y quema en la playa.

Flores, frutos, poca cosa. Caridad de sacristía, de roperos píos, de señoras protectoras de pobres, animales y plantas. Fuera batía un viento de miseria que apretaba los dientes y cerraba los puños. Había hombres en las tabernas trasegando el vino agrio de su resentimiento, estómagos vacíos, manos inmovilizadas por el paro forzoso, ojos que se iluminaban cuando el enviado se subía a un tonel para decirles: «Anarquía, bella palabra...»

Apenas si se podía hablar de Dios a quienes no tenían un mal árbol bajo el que descansar ni una maceta con flores que alegrara sus casas. Sufría y rezaba mucho. Todavía puro, esperaba un milagro. Entonces se empezó a hablar de que otros lugares de la isla habían perforado las montañas.

Túneles oscuros de miles de metros que hallaron al fin los subterráneos depósitos de agua.

Todas las tardes, cumbre arriba, por peligrosas veredas donde el abismo llama desde el fondo. Subir hasta donde se posan las nubes que rebosan por la vertiente verde de la isla. Andar de un lado a otro, sin rumbo, sin saber a dónde y para qué. Y un día, ¡milagro! La voz ordenó rotunda: DETENTE. Sobraban los estudios geológicos. La galería tenía señalado ya su emplazamiento.

¿Milagro?, eso creyó entonces, orgullo de juventud, simplemente una corazonada: Hoy, humilde y pecador, sabía que aquella no fue la Voz, sino una voz, quizás la suya, y hasta equivocada.

Pero alegraba el corazón, insuflaba fuerzas para ir de casa en casa colocando las acciones. Los grandes propietarios no quisieron saber de la empresa. Sólo tenían ojos para ver la marejada de la revolución social a punto de estallar sobre sus cabezas. Con las gentes modestas tuvo más suerte y pronto comenzaron las obras. Día de fiesta para el pueblo y ya anticlericalismo metiendo baza.

No una, sino dos galerías: la de los amigos del cura y la de los otros. Una junto a la otra, en competencia para llegar antes y apropiarse el agua que había de nacer. Y el pleito, el largo y costoso pleito que paralizó las obras. Tarde llegó el arreglo, cuando dinero y entusiasmo se había gastado en despachos y juzgados.

Entonces vino el pecado, la mujer a compartir su cama. La mujer, primero locura de unas horas, luego pasión sin freno y, por último, triste hábito debilitado por los años pero robustecido por la vergüenza común, por el mismo remordimiento, por esas fuertes ataduras que crea la vida compartida.

El pecado salió a la calle y fue piedra de escándalo. Las beatas huyeron del templo, los chiquillos a pedradas con

los cristales, y voces roncadas por la noche junto a su ventana, llamándole como se merecía.

No podía amenazar ahora a la feligresía con el fuego del infierno. Más bien les hablaba desde el púlpito del Dios que se apiada de los vicios humanos y pronto al perdón. Pero esto no podía entenderse cuando la espada de Santiago español era blandida nuevamente, cuando se estaban encendiendo las hogueras, cuando amor y perdón habrían de ser palabras malditas.

Y cuando crecía sobre su persona la rechifla de los anticlericales y, también, las denuncias al Obispado de algunos fieles, llegó el 18 de julio.

Nadie podía dudarle, las hogueras estaban encendidas, las llamas ardían bajo la letra impresa de la proclama, en las notas alegres de los himnos que difundían las emisoras, pero sobre todo en los ojos. Miraban de otra manera. Pupilas insomnes con visajes de fiera acorralada que no encuentra refugio. Más miedo daban las otras, animadas por un viento exterminador. Se cerraron las puertas. El silencio salía solo por las calles. Por las noches, sombras que iban de casa en casa. Voces agrias y lamentos de mujeres. El campesino vestido de soldadito. «El día que yo me muera, si estoy lejos de mi Patria...» Marcando el paso, serios, emocionados, las filas de soldados que embarcaban para el frente. La bandera bicolor, con las franjas nuevas y detonantes «como el vino de Jerez y el vinillo de La Rioja», desplegada al viento. La música, los himnos, las canciones. Marcha Real para la Santísima Patrona enlutada bajo las ondas de plata. También ella quería despedir a los soldados, llorar con las mujeres que los veían partir, esperar angustiada su regreso.

«Sólo quiero que me cubran con la bandera de España...». Las primeras listas de muertos. Luto en la comarca. Paños negros en el túmulo de la Iglesia mientras el órgano llora por las mujeres a las que se les han secado las lágrimas. Locura de campanas, cuando los ejércitos nacionales ocupaban una población. Caminos que recorrer, casas por visitar,

aquéllas donde el hueco del caído parece aún lleno de su doliente presencia. Había también otros ausentes, pero ¡silencio! El dedo sobre los labios, los oídos sordos. Más miedo entre sus parientes y amigos. «Se fue», «se lo llevaron», «era un...», «yo no sé nada». Muchos hogares con la muerte entre sus paredes. En unos se podía llorarla. En otros, ni ese consuelo.

Fueron tres años de dolor y sobresalto, palabras de consuelo bien o mal acogidas, cartas a los que no sabían escribir, ratos en la sacristía en la que las mujeres tejían calcetines, bufandas y pasamontañas para que los soldados no pasaran frío en el frente. Dudas, miedos, remordimientos. Era difícil ser pastor a los dos lados del tajo.

—¡Hipócrita!, usted está con los que lo mataron. Los curas son los culpables.

—Ni perdones ni monsergas, don José, o se está con unos o se está con otros. Hay que definirse. Sólo faltaba que además de mujeriego nos saliera rojo.

La conciencia escarnecida, pesadillas nocturnas de muertos tirados al agua. Y sabía que era verdad. Que el mar cubría el secreto mal llamado, azul losa funeraria. Sobre ella, el riego del hisopo, a escondidas «*Dies irae, dies illa...*»

Odios desatados aquí y allá. Venganzas personales, desapariciones misteriosas.

Fueron tres años largos esperando la paz, llorando los muertos y los heridos de los dos bandos. Sintiendo en carne viva él, sacerdote de Cristo, cura relajado, la honda y sangrienta herida que partía a España en dos pedazos.

Vino al fin la paz poco a poco. Pero era de todas maneras la paz, la bendita paz que devolvía a los soldados a sus hogares, que había callado el cañón, que quitó del cielo los aviones homicidas segadores de mujeres, ancianos y niños. Era la paz que lentamente, muy lentamente, iría borrando trágicos recuerdos.

Era buena la lluvia que caía en goterones sobre su sombrero de trabajo. Un sombrero usado que alguien le regaló y cuyo negro primitivo el sol había gastado. Daba gusto sentir sobre la piel el roce de las ropas empapadas. La tierra mojada olía a humedad y frescura. Pronto correría el barranco. Sería un buen año. Bien le vendría al pueblo agotado por las sequías. Con el verano llegarían las cosechas. Los peones no tendrán que emigrar a otros lugares. Una bendición de Dios. Si la derramara igual sobre la galería... Momentos antes del aguacero oyó una explosión en la cumbre. Han recommenzado los trabajos. Tres meses llevan en la perforación pero aún queda mucho tiempo para que dé agua. Otra vez la esperanza alzada, la vista sobre el valle adivinando cómo será cuando el riego lo fecunde. Y todo gracias a don Tadeo, la suerte de manos de la desgracia.

Vino asustado. Un recuerdo de los malos tiempos. Coleando y compungido como un niño cogido en falta.

—Ya sabe que yo estuve con el Movimiento, y a los dos años me llaman a Madrid por lo de la masonería.

Fue el presidente de la otra galería. De su bolsillo salió el dinero para el pleito. Y ahora, invadido de oscuros terrores, adivinando venganzas.

Él conocía bien estas visitas. Muchos informes le pidieron cuando la guerra y todos fueron buenos.

Seguía lloviendo y el agua quitaba el polvillo viejo de las cosas, destapaba los recuerdos, hería la carne con pasadas cobardías. Afloraba más fuerte que nunca el remordimiento.

—Mis hijas se educaron en colegios religiosos, y cuando se cayó el techo de la Iglesia di dinero para que lo computieran.

—Pondré todo eso en el informe.

—¿Usted no se acordará de lo de antes? La política de entonces me empujó a ello.

Siempre la división, los dos bandos, la guerra entre hermanos, el temor, los recuerdos.

—Bien olvidado lo tengo.

—Su informe me valdrá de mucho.

(Lo dijo Él. «A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César».)

La paz volvía a don Tadeo, menudo, frágil, con el esqueleto casi al aire como un pájaro sin plumas. Un hombre desvalido, preso en la maraña de la vida, que sólo inspiraba amor y compasión.

—Sé lo que sufrió con la galería, pero eso puede arreglarse. Conozco a gente dispuesta a comprar acciones, si usted quiere podrían empezar las obras.

Siempre el interés, el tú vendes y yo compro. Dinero por medio que todo lo arregla y todo lo pudre. La galería a cambio del informe. Lo que de conciencia se debe dar a cambio del favor. Los mercaderes en el templo. Y la culpa no era de don Tadeo. Él sólo cumplía con la norma...

—Olvídese de la galería. El informe será bueno de todas maneras.

—¿Pondrá que eduqué a mis hijas en las Asuncionistas?

—Diré que se educaron en colegios religiosos.

—¿Y que nunca quemé iglesias?

—Que nunca se le tuvo por enemigo de la Iglesia.

—¿Y que di dinero para arreglar la parroquia?

—Lo pondré también y sin precisar la fecha del donativo.

—Usted me salva, don Jesús. ¿Por qué lo hace?

—Soy cura.

—Otros no piensan así.

—Por amor de Dios, si así lo entiende mejor.

—Y si Dios no existiera, ¿lo haría igual?

—Si Dios no existiera, seguiría siendo el que soy, por respeto a los hombres.

Don Tadeo tuvo un buen gesto. Puso mano a lo de la galería, quizás por contentar al cura y también por hacer un buen negocio. Vinieron los corredores de la capital a comprar viejas acciones entre las gentes del pueblo. Poco pagaban por ellas, pero sus propietarios que las tenían por papel mojado se daban por satisfechos. Muchas vueltas tuvo que dar don Jesús para que se quedaran con alguna en espera del alumbramiento. Siempre el toma y daca, la fortaleza del que tiene dinero y la debilidad del que lo necesita. A eso llaman negocio.

Persistía la lluvia y las ropas mojadas se pegaban más al cuerpo. Empezaba a tener frío. Los años. ¡Qué alegría cuando eran pocos éstos y correteaba desnudo bajo el aguacero! El chiquillo del ayer le hacía sentirse más viejo y enfermo. ¿Cuándo y dónde había muerto? Pregunta sin respuesta. Sobre el esqueleto de aquel niño alegre habían ido creciendo un seminarista adolescente asaltado por las dudas y las tentaciones, el sacerdote de los años primeros tan casto como riguroso para los pecados ajenos, el relajado que tiró la piedra y agitó las aguas del escándalo, el pastor temeroso e indeciso durante la guerra, el hombre viejo y cansado de hoy. Era como una sucesión de personas distintas, irreconocibles, pero que si se les miraba al fondo de los ojos delataban la misma y sumergida tristeza. Nostalgia por las cosas perdidas prematuramente: el sol, el aire y los juegos para entrar en las celdas oscuras del seminario; el milagro que no llegó cuando tanto lo esperaba; la ausencia de paz y medida en sus amores con la barragana; el sentirse tallo

cortado y seco, saber que el niño que fue no se prolongaría en otro niño al que pudiera llamar hijo.

Nostalgia y remordimiento como una planta venenosa surgida del fango de sus dudas. Terrores de seminarista porque no sentía el dolor de conciencia como creía que debía sentirlo y falta de valor para negarse a recibir la absolución. Conciencia negra, amancebado sin coraje para colgar los hábitos y marchar a un lugar lejano donde no provocara escándalo. Vergonzosa prudencia, más bien miedo sin tapujo, cuando las cosas de la guerra. Cerrándole ojos y boca, amordazándole con los trapos sucios de su pecado para que no dijera cuanto debía haber dicho, para que no hiciera lo que tuvo obligación de hacer. Ahora cargaba sobre su espalda la tristeza y remordimientos de las tantas personas que se habían sucedido en él. Era algo atado al pasado, un condenado que ha de arrastrar por su futuro una piedra de ignominia.

La lluvia lava todo menos la conciencia de un hombre. Para eso se necesita otro llover y el buen tiempo de Dios aún no había amanecido sobre su vida. Seguía sucio y así regresaría desde el huerto a la casa. Entrará por la sacristía para no encontrarse con ella. Le daban miedo esos ojos que no se atreven a mirarle, los dos cuerpos que se atraen y se repelen al mismo tiempo, dos almas que desde sus más recónditos secretos deben estarse odiando.

El diablo se marchó con la juventud y la tentación. Pero quedó entre las paredes el hábito, la costumbre vergonzosa apagándose como una vela consumida que, de cuando en cuando, espabila el aire de la desesperación.

Tanto dolor debía tener algún sentido, algo que lo hacía permanecer en pie y seguir cumpliendo con su ministerio. La mano de Dios estaría por algún lado preparada para el trance definitivo. Le daba vergüenza confesárselo, pero no le gustaba pensar en su propia muerte. Quería dejar antes terminadas algunas cosas, romper con su pecado, vencer el miedo a decir la verdad de Cristo ante tantos sanedrines

poderosos, contemplar el Valle redimido por el agua de la galería. Si Dios le permitiera esa gracia, si pudiera ver como otros la tierra prometida antes de cerrar los ojos para siempre.

El pueblo volvía a quererlo. Los años fueron quitando filos al escándalo y ya todo el mundo consideraba su situación como una desgracia más. Como los años de sequía, como las familias separadas por el tajo de la emigración, como la pobreza y el cansancio. Y en tanto, crecía su amor por la feligresía como una pleamar de octubre. Ni edad ni penas le quitaban de los caminos, por algo los pies sabían trepar por las más difíciles veredas y llegar allí donde hiciera falta. Quería por igual a creyentes que a descreídos, se divertía con los juegos de los niños y gustaba acompañar en sus rememoraciones a los viejos. El pueblo era como una gran familia. La galería sería su herencia para ella.

¿Llegará algún día el milagro del agua? El hombre de dudas no tenía ahora fuerzas para dudarlo. Tenía que llegar pues la gente se lo merecía. Y el agua cantará por las acequias, correrá por los campos, y Tenesora será un valle rico. Entonces los niños no tendrán que dejar la escuela para buscarse el pan, ni los mozos abandonarán sus novias para irse a América, ni las mujeres pasearán solas y tristes por la carretera los días de fiesta, ni en los años de sequía llamará el hambre a las puertas.

La pobreza es hermana del odio y Dios no puede querer que éste se perpetúe en el pueblo. Como cae la lluvia buena, como ayuda el sol a la granazón de la espiga, el agua bajará de las montañas a fecundar el valle. Entonces no le importaría ya la muerte.

III

Entre la tristeza y el temor, reconócelo: tu pelota de trapo se quedó en el tejado un día cualquiera. No importa si el pantalón fuera corto o largo, en todo caso sudor y tierra llegarían a las rodillas, prendiendo directamente sobre la encallecida piel, traspasando el bolsón teludo en el que nunca pudo pintar bien la raya. Te quedaste ante el vacío, talmente como tarde de Viernes Santo donde juego, música, grito, hasta palabra en alta voz, estaban prohibidos.

La esfera que curva el viejo calcetín del padre sobre un duro corazón de crines saltó al tejado y no pudiste rescatarla, pues se había escapado aquella libertad de escalar muros, apedrear cristales y preparar una pequeña descarga eléctrica bajo el asiento del antipático profesor. Ahora eres otra cosa, te lo dijeron aquellos colores que saltaban a la cara ante el paso de la chica de altas cejas, la de la falda a cuadros que el viento ceñía a las piernas —¡Oh, qué piernas!—, la que con su andar de gatita en celo te hacía sentirte ridículo bajo el mugre de las polvaredas de otros tantos partidos de fútbol.

Murió el niño de ayer, pero no te apresures a enterrar su cadáver, no convoques las filas de escolares con coronas de flores, calla aquello de «angelitos al cielo» y no repiques campanas de gloria, que más bien estás para dobles. Porque su sombra te acompaña como la de un familiar fantasma, como la de un vampiro que robara la sangre de libertad que aún corre por tus tejidos. Estás preso en impenetrable

mañana, llevas el viejo traje paterno al revés, el traje «virado» —uniforme de tu generación— con el bolsillo al otro lado. Domeñas la rebeldía del cabello con bastos fijadores para parecer persona seria, para que te tomen por caballero cabal, fiel a tu clase y a las buenas costumbres. No opinas, porque nada puedes opinar, porque todo está escrito entre los humos de una guerra que no hiciste y de la que apenas tienes confusos recuerdos. Otros humos, sin embargo, los llevas metidos en las entretelas más íntimas. Volutas de incensarios, de velas devotas, en la penumbra impresionante del templo por las que batían las olas solemnes del órgano y del latín gregoriano.

Humo negro del auto inquisitorial, allá en la gran plaza de los álamos desnudos y la dorada polvareda donde ardieron los libros herejes de don Benito, don Pío, Anatole France, aquella pérvida «Catedral» de Blasco Ibáñez y hasta algún libro del buen Quevedo, pues la cosa era llevar libros a la hoguera y todos los escritores, aun los que parecen más de derechas, son peligrosos. A cambio de ello, tu voz, las de tus amigos y compañeros, cantaron vigorosos himnos de contricción —no es lo mismo que atrición— en la procesión penitencial donde pecadores arrepentidos —algún viejo «rojo» por medio y el contumaz concubino que pidió sacramento matrimonial en primeras horas de la madrugada ante el infierno que le pintara el misionero— cargaban con cruces y cadenas. 14 de abril, Santa Misión. Confesiones en el cementerio, sintiendo en tus rodillas el aliento frío de los muertos, leyendo en las lápidas funerarias tu meta y tu sino, lamiéndote las carnes el fuego del infierno, gritando que sí, que nunca volverías a entrar en lugares pecaminosos como ese cinematógrafo que fulminaba el dedo y la voz del misionero, ampliada por el primer micrófono móvil que viste en la isla.

14 de abril, Santa Misión. Éste y no el otro es el importante. Del otro apenas te llega confusa memoria, algún anatema desde el púlpito o del señor serio y respetable, alguna vergonzante inscripción en cualquier muro por mano

escondida y arropada por las sombras nocturnas que el mal calcáreo reparador no cubrió del todo. Algún guiño de complicidad entre los otros, los vencidos, los sin voz, los atemorizados del otro lado del muro, que todavía inspiraban terrores a tus gentes. Confiesa que a ti mismo, por ese recelo ante lo desconocido y condenado.

14 de abril, Santa Misión, para ponerte las carnes de gallina ante esas escapadas a la calle del piso de callaos y casas con mujeres repintadas que aplaceraban tus ímpetus carnales, por los achuchones con la bien plantada moza del campo, tanto da en el baile campesino que, por aquello de «quien más macho» —mago o señorito—, acababa siempre en trompadas y pedradas, que en concurrida procesión donde las apreturas de los fieles se hacían cómplices del diablo. Claro que te modelaron y tostaron para estos catorce de abril, que te enseñaron a rebatir las teorías de los filósofos «modernos» y agarrarte a la sotana inconvencible de Santo Tomás de Aquino.

Tienes los oídos llenos de grandes frases que encienden el corazón y arrayan los ojos, frases que te hablan de imperios azules, de hogares con lumbres y mesas con pan, de hermandad entre los hombres y las tierras de España, frente a la feroz división del antiguo partidismo político. Y si no anduviste con pasos marciales y camisas al viento, culpa fue más que de formación, de tu incurable indisciplina.

La pelota se te quedó en el tejado y, con ella, muchas cosas que rompieron tus ojos maliciosamente abiertos. Por los rotos del manto de la retórica descubriste el jubón trapacero. Viste dogmatismos junto a corrupciones, verdades proclamadas y otras verdades reales como puños, y te nació entre las manos una libertad alicorta que voló enseguida hacia el escepticismo.

No eres ahora el niño que cree, ni el hombre que opina, eras barca sin norte que se deja mecer pero que no navega ni una braza. Pertenece a los de la oscura, cansada rebeldía,

ni a los que gritan, ni a los pocos que siguen callando lo que un día dijeran a voz en cuello. A los que flotan simplemente.

No, el rompecabezas no anda bien. Le faltan o sobran algunas piezas. Pero no eres tú hombre para arreglarlo. Hombre manso, hermano menor de aquellos soldados que fueron a la guerra. Lo tuyo es obedecer y callar. Parecerte a los mayores, muchacho que llevas el traje de tu padre al que una hábil costurera dio vuelta a la tela para que pareciera nuevo. Uno más de los chicos del traje virado, con el bolsillo al otro lado descubriendo el fraude. Creciendo entre cartillas de racionamiento, órdenes y prohibiciones. Callar, asentir, estudiar. Mucho estudiar porque ésa es tu salida. Tu salvoconducto para llegar a puerto seguro, al buen sobre a fin de mes que te ponga a cubierto de ser un desgraciado, de «un quiero y no puedo», del pelagatos siempre abrumado por cuestras de enero, mayo o septiembre, por meses de cuarenta o cincuenta días, por facturas, trampas y otras espinas del mediano vivir.

Si no te gustaba mucho la carrera de Aparejador, tampoco estabas muy seguro de lo que querías ser. Igual daba una cosa que la otra y con menos vocación que ganas de acabar la carrera cuanto antes, te ves ahora con el título colgado en el salón de tu casa. Y tu Casa que para eso es antigua, sería y bien relacionada, te empujó a donde estás, te buscó el primer trabajo en una galería de agua y entraste en la cadena de este negocio que para unos pocos pinta oros y para muchos pinta bastos.

Fue difícil luchar, más bien convencer a «los oros». La orientación que le dio el cura a la galería no era la acertada. Las medidas de la mina, canijas; apenas sin espacio para revolverse cabuqueros y carretilleros con una cierta seguridad. Lo primero te costó poco corregirlo —otra cosa fue el dinero y el tiempo perdido en el inútil zigzag— pero por poco pierdes el empleo cuando insististe en mejorar las condiciones de la perforación. Eso era mucho gasto y desde

el egoísmo de una comunidad de accionistas no se entiende el ahogo de un minero que apenas puede levantar la cabeza sin tocar el techo de la galería. Para eso hay que meterse dentro, conocer el encierro, las sombras, el calor, el miedo y el aire sucio y viscoso.

Pero tampoco tú puedes entenderte con la «piña». Te separa de ella la fosa de un barranco con lecho de cantos puntiagudos que te desgarrarían los pies. Están al otro lado del muro, son los extraños y vencidos. Los que estuvieron ante los fusiles de aquellos soldados que de niño despediste con agitar de banderitas de papel y lágrimas en los ojos, de aquellos soldados para los que tu madre y hermanas tejían pasamontañas y gruesos calcetines de lana. Entre los hombres de la piña y tú se levanta un telón de miedos y odios, en el que rebotan las palabras y el buen deseo de establecer una cordial comunicación. Todavía el recelo, el incurable recelo sobre el campo humeante de una guerra que va sobre tu espalda aunque no tuvieras parte en ella.

Juan, Florentín, distintos, refugiados en su concha de silencios y recuerdos. Allá en el fondo de la mina con el sudor corriendo a chorros por los torsos desnudos y su voz retumbando por las paredes de la cueva. Antes, la tarde clara de octubre sobre el jable fresco y crujiente del desriscadero. Cuando llegaste en tu primera visita —reconoce que con el corazón bien apretado—, una carretilla vertía escombros en la explanada.

La mina empezó a perder luz con los primeros metros. Paredes y techumbre parecían crecer hacia dentro, como queriendo cerrar el paso.

—¿Seguro que tiene las medidas?

—Eso dicen... Si no, peor para nosotros que la transitamos. Lo que importa es hacer metros deprisa y cobrar.

Pronto el aire comenzó a enrarecerse y el corazón a golpear como un puño. La claustrofobia, sensación de ahogo

que ataca los nervios y te da ganas de correr, de huir hacia la boca, al encuentro del sol y el aire puro.

—¡Cuidado con la cabeza que el techo baja!

El carretero que le acompaña hasta el frente sabe de memoria el camino. Se diría que podría andarlo a ciegas sin necesidad del candil. Su paso era rápido y seguro.

—Por la mañana vamos más deprisa, pero a estas horas y con tanto viaje las piernas se ponen bobas.

—¿Queda mucho?

—Poco falta ya, debemos andar por los mil metros.

—Se oye algo.

—El otro carretero que debe estar llegando al «chucho».

El «chucho» no es un perro. No te lo enseñaron en los libros de texto, pero se llama así en la galería a los puntos más espaciosos donde se establecen vías muertas para el cruce de las carretillas.

El que venía del frente relucía como un pez bajo los resplandores del acetileno en la piel sudorosa.

—¿Cómo va eso por allá?

—Con la tuya acaba el escombros. Los cabuqueros andan por media pegada.

—Hoy le dimos por los besos.

—Algún día tenía que ser. Dicen que el frente está muy duro.

Siguieron adelante. El uno como siempre: el que tú sabes, luchando con sus miedos.

—¿De por aquí?

—No, cristiano, pescador y de la Punta del Hidalgo.

—¿Cómo dejaste la mar?

—Cosas del pobrerío que se lo lleva a uno de acá para allá. Mi magua me queda, créalo usted.

Por el fondo de la galería apareció un punto de luz, incierto, pequeño, titilante. Luego creció hasta hacerse algo así como un limón grande, de un amarillo desvaído, espectral.

El suelo y las paredes vibraban ya con el estruendo de las perforadoras que el túnel repetía con mil ecos. La luz del fondo se hendía, se rompía en dos mitades, en dos llamas vivas unidas por un halo tenue.

—Muchachos, aquí está el ingeniero.

No sólo le sobraba título, sino también manos. ¿Cómo tenderlas en gesto convencional a unos hombres que le recibían totalmente en cueros y bañados en sudor?

—¿Aprieta el calor?

—Todavía se aguanta bien. Más adelante será peor...

—Pero están ya desnudos.

—Es por la humedad. Aquí las ropas se pudren en un día.

Lo decía el termómetro: aún, veintiocho grados; más adelante se llegaría a los cuarenta. Pero peor que esto es el alto grado de humedad, casi al borde de la saturación, que deshidrata los cuerpos al no permitir que se evapore la transpiración.

—¿Se bebe mucha agua?

—De ésta criamos ranas. Ayer nos bebimos entre los dos un garrafón de doce litros.

El candil descubría bien el frente. No había dudas, se trataba de un falso dique. Detrás de éste aparecían otra vez los materiales escoriáceos. Estaba bien trazado. Con precisión casi geométrica los cabuqueros habían colocado

los taladros: solitario barreno de techo, los tres de la bóveda, el de salida con dos a cada lado y, a ras del suelo, los de repisa completando la pegada. Todo bien preparado y distribuido para que cada cartucho al explotar dejara espacio a la onda expansiva del vecino. Buen trabajo y buenos cabuqueros.

Ahora Juan, el más viejo de ellos, volvía al frente tras recoger la dinamita del «chucho» más cercano. Despacio, casi ritualmente los cabuqueros fueron colocando los seis kilos de dinamita en los agujeros. Ni un estremecimiento al sujetar la mecha al fulminante apretándolo con los dientes.

El aire se adensaba por momentos.

—El viento ha cambiado fuera y la galería está respirando mal. Mañana la máquina tendrá que dar más aire.

Florentín dio fuego a las mechas, cada una de ellas de tamaño distinto para que no detonaran los barrenos a un tiempo.

Cuando quedaba por prender el barreno de salida corrieron al «chucho». Pronto llegó Juan, que lo había encendido.

La explosión cegadora convirtió la cueva en una catarata de luces, estrellas y globos de colores. El trueno sacudió las paredes y piedrecillas afiladas cayeron del techo. En la cara, la cachetada del vaho caliente y enseguida el penetrante olor a pólvora.

Los de la «piña» contaron atentamente las explosiones.

—Para mí están completas.

—Para nosotros también.

—Hay que andar con cuidado, pues barreno sin explotar es hombre muerto mañana.

—Buena explosión. Me pasaron los barrenos silbando.

—Mañana tendrán trabajo los carreteros.

—A los carreteros siempre nos tocan las «verdes».

—Pues cojan el taladro para que vean lo que es oro molido.

Cuando llegaron al aire libre, la tarde plateaba sobre el mar y todas las cosas, remontados bosques, aristadas rocas, jables y riscos, marchitos sembrados, árboles y matorrales, mostraban la inmaculada pureza de sus colores, desdibujados durante el día por la luz deslumbradora de las Canarias. Era la paz de la atardecida, algo así como un baño de mar para nervios y músculos cansados, casi deshechos por la pesadilla del trabajo de la mina.

El encargado de la máquina, viejo y renegrido pellejo colgado sobre la alta percha de un esqueleto ya doblado por los años, puso en la sartén pescado y papas. Martín, el pescador metido a minero, punteaba en la guitarra y cantaba a media voz una isa marinera.

—Calla ya con tanta barca y tantos remos que nos tienes mareados.

—Más me tienen ustedes que no hablan más que de guerras y perrerías.

Se imponía terciar en el diálogo.

—¿Cuándo dará agua la galería?

—Calculo que después de los dos mil metros.

—Dicen que cuando hay «reventón» le dan una propina a los mineros.

—En unas sí y en otras no —dijo el maquinista— Cinco he visto parir y para mí no ha habido una peseta.

—Habrà que buscarse un nuevo trabajo para entonces.

Tampoco el mundo de las galerías andaba a derechas. Pero lo malo es que empiezas a comprender que este mundo es tan sólo pieza de una más grande y monstruosa máquina atacada por un mal profundo. Por una enfermedad tan grave y poderosa, que tú, ayer muchacho del traje virado, y hoy, hombre de la mansa inconformidad, no tienes fuerzas ni arrestos para vencer. Ya lo sabes, lo tuyo es trabajar, aplaudir, callar y obedecer...

IV

Pasó unos meses muy amargos. Él no era como Martín, todo el día canto va y canto viene, contento con sus puerkas cincuenta pesetas. La culpa la tenía el contratista, que lo tenía enfilado desde el principio.

—Manuel, tú no eres hombre para cabuquero. Para eso hay que dar el pecho de firme. Con la carretilla vas que te matas. Además, tú sabes de números, ¿por qué no buscas empleo en una oficina?

¡Iba dado el contratista! Ni que fuera tonto como para enterrarse en una oficina ganando ochocientas pesetas y pudiendo ganar mil quinientas en la galería. Eso de entrada, porque el «rojo» que entró Florentín como cabuquero tenía que resultar fallido. Una cosa es la mina y otra la galería. Ya vería cuando empezara el calor de verdad. Entonces tendrá que cascar. Eso sólo lo aguantan las gentes de tierras calientes y no aquel peninsular del Norte, donde siempre está lloviendo. Además, para trabajar con calor hay que ser joven, de dieciocho a treinta años, y Juan pasaba de los cuarenta. La cosa estaba clara, sólo era cuestión de esperar. Y, día a día, espía al cabuquero, a la busca de un fallo, pero el muy «jediondo» resistía y, cuando se cansaba, Florentín le echaba una mano. ¡Como que eran de la misma calaña! Así pasó un año sin que el tío fallara, y cuando empezó el calor de verdad y ya se veía con el martillo en la

mano y las setenta y cinco pesetas diarias, el cabrito del contratista volvió a jugarle otra pasada.

—Ya te dije, Manuel, que tú no eras para esto. Y yo tengo los ojos bien abiertos para que me engañes. La vagoneta tuya nunca viene llena y la de Martín sale siempre rebosando. Por eso no me convienes para el trabajo. Hablé con don Roberto y te van a dar la cobranza de las acciones. Esto te va mejor y todos salimos ganando...

Y ésa fue su suerte. La cobranza resultó un filón. Claro que hacía falta vista para descubrirlo. A las pocas semanas ya se sabía los comuneros que estaban con la soga al cuello y no podían con las cuotas, y los nuevos ricos a los que había que colocarles las acciones. Comprando un poco bajo, para vender un poco alto, agenció los primeros cuartos, y lo demás fue coser y cantar. Tuvo mucha suerte al conocer a don Roberto. Le cayó en gracia al viejo. Por lo visto le gustó aquella contestación suya cuando le preguntó cómo le iba con el nuevo empleo.

—La necesidad obliga a la negra a parir un mulato.

Desde entonces empezaron a entenderse muy bien. Al poco tiempo el cobrador de Santa Cruz se marchó a Venezuela con la querida, llevándose la cobranza del mes. Dejó mujer y cinco hijos, ¡qué tío...!

—Fue un idiota —dijo don Roberto—. Si hubiera entendido el negocio no tendría por qué robar. Para colmo, se volvió loco por una furcia. Las mujeres son para dar gusto y no para hacerle perder a uno la cabeza.

Ahora tú te encargarás de toda la cobranza. Son cinco galerías.

De entrada tuvo que patear mucho. Subir y bajar por las calles de Santa Cruz, aguantar mucho «el señor salió», o

«vuelva el lunes, que para entonces habré cobrado». Lo primero era conocer el percal y ver cómo andaba la cartera de cada uno. Lo otro venía por sí solo. Era cuestión de comprar acciones a los apurados y esperar en la Plaza de Weyler a que llegaran los compradores. Pronto se pudo hacer con un coche de segunda mano y contrató a un chiquillo de confianza para que le ayudara a cobrar los recibos. El negocio marchaba que era gusto...

Don Roberto le abrió bien los ojos. ¡Qué hombre para ver dónde se pueden sacar los cuartos! A veces hasta le tomó por loco.

—¿Compraste las acciones que te dije?

Sólo había ocho que valieran: las del tesorero, que vaya usted a saber si de verdad pagó las cuentas. Las demás están anuladas por falta de pago. Como que esa galería es una ruina. Llevan ya tres mil quinientos metros y de agua ni señales. Está parada hace un año. No sé para qué quiere usted meterse en eso.

—¿A cuánto las compraste?

—A doscientas, como usted me dijo, y caras me parecen.

—Pues ahora soy el único propietario de una galería que tiene tres mil quinientos metros de tubería, tres mil quinientos de raíles, dos vagonetas y un martillo neumático. Total y por lo bajo, unos veinte mil duritos. Para mí ésa ya dio agua. Te daré mil por el servicio. Habrá que hablar con el abogado para que me arregle el papeleo...

Por la isla corría un viento de locura. Había acabado la guerra mundial. Volvían los barcos al puerto tinerfeño y, con ellos, el whisky, la cerveza y la ginebra, cuyos sabores se habían olvidado; las máquinas fotográficas, las neveras,

los tocadiscos. Cambiaron los vientos. Pasó la exaltación patriótica, la austeridad religiosa y las enemistades políticas. Cambiaron los hábitos y las costumbres. La noche de la capital se prolongó hasta la madrugada con la apertura de cabarets y lujosas casas de citas; se hizo de buen tono tener algún lío con las pelotaris. Corrían el whisky y el champán por las mesas de los restoranes, en las fiestas familiares, en los banquetes oficiales. Corría el dinero con facilidad y los amables directores de los bancos abrían por completo las puertas de sus depósitos. Algunos quedaban fuera del juego. Eran los que se marchaban a Venezuela y a los pocos meses enviaban bolívars a sus familiares por medio de la bolsa negra, que sorteaba el artificioso cambio oficial. A la legión de los nuevos ricos se incorporó una ola de especuladores quemados por el sol del trópico, que hablaban y pagaban fuerte en los cabarets, que despertaban la curiosidad ciudadana paseando en gigantescos y suntuosos automóviles americanos a los que el pueblo llamaba «haigas». Paseaban orondos y orgullosos con sus trajes claros y camisas oscuras, con sus anchos sombreros adornados por una cinta de piel de cocodrilo que les confería marcado aspecto de «gangsters». También otros quedaban fuera de juego. Era la gente de antes, agricultores, comerciantes, empleados honrados que se veían ahogados por la inflación y que se consolaban pensando que de un día a otro se vendría abajo el fantástico tinglado. Eran los jornaleros venidos de las islas pobres, habitantes de covachas en los barrancos que surcan la capital, constructores de miserables y antihigiénicas chozas en cuyas pequeñas habitaciones se hacinaban siete o más personas de distintos sexos y edades. Eran hombres como Juan, Florentín y Martín, sepultados en las canteras de las galerías que, cual gusanos de queso Gruyère, corroían la estructura de la isla; galerías nacidas unas con la ilusión de regar nuevas tierras, otras mero producto de especulaciones en las que se mostraba tan ducho don Roberto. Eran sobre todo los obreros del campo, resudando su habitual salario.

—Lo que te digo, Manuel. Cuando el mar se pone de reboso, hay que coger la ola y nadar fuerte para tierra antes de que llegue la resaca y te coja desprevenido.

—Así es, don Roberto. Así es.

V

Mal peje había resultado eso de los gases. Menos mal que él se demoraba poco cargando la vagoneta, y después, a correr como una fula hacia la boca de la galería. Manuel tardaba más. Era un peje de mucho cuidado, no iba a la carnada con la boca bien abierta y derecho, como es de ley, sino que amagaba y se volvía a ir, echando mordisquillos disimulados. El muy vivo le cargaba a él todo el trabajo. Menos mal que se fue. Dicen que ha ganado muchos cuartos. Aquí dentro no podía, esto es cosa de hombres. Se pasaba el día renegando y espiando los fallos de Juan. Buenos muchachos Juan y Florentín, buenos para echar el hombro, pescado fino, sí señor... Tenía que llevarlos a la Punta, a lo mejor el padre les prestaba la barca; entonces podrían llegar hasta «Las Salvajes», para comer «viejas» con papas. Eso, si el mar estaba de bonanza, porque con un poco viradillo que estuviera no se podía ir más allá de los abrigos. Manuel es un buen peje verde, por eso le va tan bien. En la tierra pasan esas cosas, la mar es más honrada, con ella no valen trucos. A los pejes verdes los tira a los charcos costeros para que coman las porquerías que llegan de la tierra; y las honduras las deja para los peces nobles. La mar sí que es buena. Para oírla siempre se había traído un caracol de la Punta. Todavía, si se le pasaba la lengua daba gusto salado. Con esta maña se sufre menos la magua. Son cosas de chifleta, pero cuando se montaba en la carretilla y se deslizaba por la pendiente, cerraba los ojos y se imaginaba que iba en su barca por la mar.

Marcos no es completo. Algo le falta en la cabeza, pero es bueno para el trabajo. Por eso lo trajo el contratista, que sabe mucho de la pesca. La madre le quita todo el jornal y encima le pega con un palo. Días había en que llegaba todo amoratado. Ahora se queda en el chamizo con ellos. La hermana venía a cobrar. Retozona como una cabra, debía divertirse lo suyo. A la madre le tenía el ombligo cortado y le levantaba todos los cuartos para perendengues. Florentín estaba comiendo de esa carnada. Sabrosa que debía estar. Claro que no se engodaría porque es hombre que sabe escupir el anzuelo.

Mal se presentaba la cosa para Florentín y Juan con eso de los gases. Cuando se pusiera más fea tendría que coger el martillo un rato y echarles una mano, pues, como decía el padre, «cuando el peje tira para el fondo y falta aparejo, más valen cuatro brazos que dos». También el padre era hombre emperrado. Tenía ochenta años y los ojos encarnados de tan quemados por la mar.

Se lo había dicho cuando regresó del cuartel.

—Ahora, padre, bogue usted para tierra y descanse, que yo voy a la mar con la barca y gano para las dos familias.

—Estoy muy entero todavía para sentarme en las escalinatas todo el día, hablando con los viejos. Yo sigo en la barca hasta que me muera. Y tú te vas por esos mundos de Dios a hacerte un hombre y ganar cuartos para comprarte una barca grande con motor.

El viejo se empeñó y lo dejó varado. A lo mejor tenía razón. El peje viejo sabe más que el nuevo. En la galería le iba bien. Viviendo en el chamizo y comiendo lo que cocinaba el maquinista, había ahorrado algunas pesetillas. Ya tenía comprada la mitad de la madera. La barca se la haría Tomás. Le había preparado un dibujo divino. Bonita que tendría que ser la barca, con la proa levantada y afilada que daría gusto verla.

La llamaría Luisa, como su mujer. También a ella la echaba de menos. Para guapa y limpia no quería otra. Era rubia y finilla como un arenque. De novios la llevaba al Arsenal y aquello era gloria. Cuando venía el primer hijo arreglaron los papeles y se casaron como es de ley. Ahora vivía en La Punta y le vendía el pescado al «viejo» en Santa Cruz. Algo sacaba con eso y así podía ahorrar más para la barca. El día que la estrenara llevaría de paseo al niño y a la mujer. El chiquillo nada ya como un peje. Salió negro como el padre, pero el sol y el salitre le han desteñido el pelo y está tan rubio como la madre. ¡Las ganas que entran de tener la barca y llegar al Puertito con la oscuridad, mientras la mujer y el hijo bajan corriendo el Camino de la Virgen para recibirle! Eso sí es gloria, pescado fino.

Lo malo eran los gases. Gracias que sólo tiraban a las rodillas y a la garganta, y no a los ojos. Los ojos son más delicados y un pescador sin vista es como un cazón sin dientes. Y para vista no había quien le ganara. Conocía la mar como al patio de su casa. Con tres ojeadas a tierra, fijándose bien en las cumbres o en las cuevas que se veían, sabía la profundidad del mar donde había echado el aparejo, los peces que andaban por allí, las rocas, las llanadas o los abismos que había en el fondo. ¡Estaría bueno que perdiera la vista!

De todas maneras hay que echarles una mano a los muchachos. La cosa es capear el temporal y esperar a que lleguen las bonanzas. Buenos muchachos Juan y Florentín. Los llevaría a la Punta y, a lo mejor, el padre les prestaba la barca para dar un paseo...

VI

Ahora hay que pechar el doble porque a Florentín le doblaron los gases. Y dieciséis taladros no son una broma. Sus ocho horas les costaban. Cuatro al comienzo de la mañana y las otras cuatro desde que anoecía. Seguidas no podían ser por los malditos gases, que sobresaltaban el pulso y tiraban a la garganta. Todavía los resistía bien. El truco estaba en trabajar deprisita y marcharse enseguida. Tan pronto se para uno, es hombre perdido. Los gases se van a las articulaciones y no hay manera de mover las piernas ni los brazos. Baldado por completo se quedó Martín, que vino a echar una mano como buen compañero, y tuvo que pasar cinco horas al aire para empezar a moverse.

A Florentín le tiraron a la garganta. Parece que le dolía, pero él siguió trabajando hasta que rodó por el suelo sin conocimiento. Con él no se atrevían tanto, pero amanecía todo descoyuntado, como si le hubieran dado una paliza. Sin embargo, seguían haciendo el metro diario. Florentín ya estaba mejor y había marchado a la capital para hablar con un abogado. Los carreteros llenaban media vagoneta de cada vez y se marchaban antes de que les diera el tontín. Lo malo para ellos era que tenían que dar el doble de viajes. Lo malo para él era el miedo.

Miedo como no había sentido nunca. Ni siquiera en la cárcel, cuando veía salir a los compañeros para el paredón y esperaba que le tocara a él de un momento a otro. Algunos encanecieron entonces, pero aquello no fue nada comparado

con esto. Con quedarse solo con los gases a dos mil metros de la luz. Con los gases que a veces apagaban el candil, que, a lo peor, se aprovechaban de la oscuridad y de lo solo que estaba para caer sobre él y ahogarle. Cuando llegaban los muchachos a cargar respiraba; y le dolía el corazón al sentir cómo se marchaban empujando las vagonetas. Daban unas ganas terribles de irse con ellos a ver el sol. Pero hay que tener agallas y quedarse. ¡Qué diría Florentín! No lo podía dejar en la estacada. Ni a él ni a los muchachos. Hay que aguantarse y hacer el metro hasta ver en qué para esto...

El aparejador se está portando bien. No es un señorito de esos que asoman el hocico al trabajo y se van corriendo a bañarse en agua perfumada. Tuvo lo que hay que tener para llegar al fondo de la mina y ver lo que pasaba. Luego discutió con el contratista y le dijo que era un crimen hacer trabajar a cuatro hombres de esta manera. Que hacen falta máscaras y una máquina más potente para el aire. El contratista le contestó que «eso a don Roberto», que él llevaba las obras por administración y que hacía lo que le mandaban. Puede que sea verdad, pues esos ricachos llevan a sus perros bien atados.

Habría que oír lo que diga Florentín cuando vuelva. Entonces hay que hablar serio y decidir lo que se hace. Por menos de treinta duros para cada uno no se puede seguir trabajando. Y luego que arreglen eso del aire y los gases.

Él tenía ahora unas pesetas. Florentín, ni un chavo. Se las gastó los días de fiesta. ¡Cómo le gustaba divertirse! Sabía gozar de la vida. Lo mismo se ponía contento como un chiquillo tomando el sol y bañándose en la playa, que bailando con una muchacha en el cine del pueblo o metido en juerga con las fulanas de la capital. Cosas de la vida, que a unos los hacía de buena cara y a otros reservones. Lo importante es que con sus cuartos podían comer los dos

hasta encontrar trabajo en otro sitio si las cosas no se arreglan.

¡Tenían que venir los gases a fastidiarla! Porque, había que decirlo, le estaba cogiendo cariño a la galería y le dolía dejarla para que otros la vieran parir. Magdalena se hubiera encarado con él: «El anarquista no tiene más patria que el mundo ni más casa que el Partido.» Mas eso quedaba atrás. Hay que ver lo que cambia un hombre con la guerra, con la cárcel, con el trabajo y con el miedo en el fondo de la galería. Sí, se había encariñado con el candil que le daba luz, con las vagonetas que podían llevarle hasta la superficie si le daba un mareo, con el martillo que trabajaba deprisa para acabar pronto, con aquella cueva oscura y larga que era su casa y la casa de sus compañeros.

A Florentín debe gustarle también. ¡Como que a él le gusta todo! Y a Martín, que le recordará cuando tenga su barca; y a Marcos, que se libró de los palos de la madre; y al maquinista, que no se separa de ella sino cada año, para pasarse una semana bebiendo en la primera venta hasta que lo traen sin conocimiento al chamizo.

Magdalena no podría entender esto. Tenía los ojos verdes. Los de Antonia son negros. Pensaba mucho en ella allá dentro. Podía verla todos los sábados cuando bajaba al pueblo. Siempre enlutada y trabajando en su pedazo de tierra. Debajo de las medias de lana se adivinaban unas piernas fuertes y bien formadas. Buena hembra que debe ser bajo el ropaje; y buena trabajadora, como pocas. Los primeros días doblaba la cabeza sobre el pecho para no saludar. Seguramente por Florentín que es un descarado. Pero un día él le dijo «buenas tardes, señora», y ella le contestó: «buenas tardes, vecino». Y otro, quizás porque iba solo, se encaró con él y, toda colorada, le había preguntado: «¿A ver cuándo sacan agua y la mandan para abajo, que buena falta que le hace a las sementeras?» Desde entonces él le decía: «Buenas tardes, Antonia», y ella le respondía: «Buenas tardes, Juan».

El último sábado volvió la cabeza atrás para mirarla de nuevo y pudo darse cuenta cómo ella también le había seguido con los ojos. Pero eso son novelorías que hay que quitar de la cabeza. ¡Buenos estaban los tiempos para pensar en amoríos! De repente tendrían que coger el petate y dedicarse a buscar trabajo. Depende de lo que haya dicho el abogado a Florentín. Es una pena marcharse ahora. Si las cosas se arreglan, una tarde de éstas habría que llegarse a casa de Antonia y hablarle en serio.

VII

Florentín es alegre, pero cuando hay que ponerse serio no se arruga y aguanta como el primero.

—Hablé con el abogado y me dijo que la empresa está cerrada en banda. Lo de la máquina y las máscaras tienen que estudiarlo y decidirlo en Junta General. De subida de salarios, nada. Dicen que con el destajo pagan por encima de lo legal y que no tenemos ningún derecho. Así que tenemos que plantarnos.

—Creo que eso está ahora muy castigado.

—Eso lo arregló el abogado. Yo estoy de baja por enfermo a causa de los gases. Tú te marchas porque no te conviene el trabajo, pues eres muy dueño de hacerlo, y sin cabuqueros que ataquen el frente, ¿vamos a ver qué escombros sacan los de las vagonetas? Martín está con nosotros y nos llevará a La Punta a ver lo que ocurre entre tanto. Con esto hacemos plante y no hacemos huelga. ¡Las cosas que se le ocurren a las gentes de estudio...!

—Entonces, ¿desde mañana?

—No, espera a la liquidación del sábado y luego nos vamos. Conviene hacer las cosas derechas.

* * *

Vaya un muerto que le cargó encima don Roberto con eso de ponerle a buscar dos cabuqueros para la galería.

Había recorrido media isla y para nada. Desde que les hablaban de gases, los trabajadores ponían mala cara y se acababa la conversación. Después de mucho pateo encontró dos baldados que parecían bien dispuestos. ¡Fuerte ridículo! En cuanto los vio, el maquinista soltó una sonrisita de las suyas; al mediodía ya estaban pidiendo un anticipo al contratista; a la noche se emborracharon como cochinos y, al día siguiente, en cuanto anduvieron unos mil metros para adentro, salieron corriendo y protestando por los gases, y con la misma se marcharon para Santa Cruz. Y es que la gente tiene repudio al trabajo. Sólo quieren la papita suave y buenos cuartos. Después de la guerra están peor que antes. Como que con eso de Venezuela se fueron los mejores brazos y los pocos que quedan se hacen quitar el sombrero. Pero esto les costará caro a Florentín y Juan. Vamos a ver quién se sale con la suya.

¡Chiquito trastorno han armado los muy cabritos! Al mes de parada, las acciones de la galería han bajado quinientas pesetas. Es cosa de comprar alguna. No hay mal que por bien no venga. A los dos rojos les van a apretar los tornillos. El contratista se lo tiene bien empleado. No quería a uno ni para carretero; decía que quería hombres. ¡Pues toma hombres!

VIII

Si quieren guerra, la tendrán. El presumido de Manuel fracasó en el encargo. Como que desde que está ganando unos cuartos ya no le gustan las cosas menudas, sino los grandes negocios. La culpa la tiene uno por darle la mano. Con lo bueno que es sentarse en la Plaza de Weyler y tomar unas copas y ganar dinero con el cambalacheo, ¿va él a entretenerse buscando personal? El mundo está loco y todos van a por cuartos.

Le han tomado por una mina. Su mujer, encima de perder cinco mil pesetas la otra noche jugando al póker, le salía ahora con que se iba a Madrid para que le hicieran un buen peinado en una peluquería de marquesas y poder presumir en el baile de gala. Buena le había tocado con eso de las fiestas; cada una le costaba un viaje a Madrid en avión.

También Elvira está pedichona; lo tiene loco con eso de la pulsera. Todo el dinero le parece poco. Es una mujer de bandera, pero habrá que cortarles los humos, porque si no lo deja en calzoncillos. No puede uno dejarse coger la camella porque está perdido. Los cabuqueros lo van a pasar mal como no entren por el aro...

Lo importante es crear el clima para que el mal ejemplo no cunda. Así lo dijo por la mañana en el Sindicato. Aquella parrafada suya salió de primera: «Yo no represento a grandes capitales, sino a los accionistas modestos que se quitan el

pan de la boca para pagar unas cuotas. En nombre de ellos pido apoyo contra los enemigos de España.»

En fin, que la cosa se estaba poniendo francamente bien. Tampoco es cosa de volverse loco y amargarse la vida con estos problemitas.

A las seis tendría que despedir a su mujer en el Aeropuerto. Pensándolo bien, se podría quedar toda la noche en casa de Elvira. Le llevaría la pulsera para que estuviera más arrebatada. Una vaharada de voluptuosidad empezó a ganarle todo el cuerpo mientras pensaba en el joven y bello aspecto de su querida entrevisto por las transparencias del vestido.

IX

Otra vez el diablo se metió en la galería. Mano del Señor, que quiere castigar a los hombres. A él lo estaba dejando ciego y le corroía el cuerpo con ahogos, vértigos y dolores de cabeza. Penitencia que le manda Dios por su culpa.

Ya la mujer no dormía en la casa. La Virgen le había ayudado a echar fuera de sí el pecado. Pero esto de viejo no tenía mérito. Hacía tiempo que no pecaban juntos, que había vuelto a Dios, mas tenía que pagar el pecado y por eso agradecía los dolores de la enfermedad que le había pegado la criada. Desde que se marchó a vivir a otro sitio, le quitaba todo el dinero y lo mataba de hambre. Habían pasado muchos meses desde que le lavó las sábanas por última vez. Se le caían los botones de la sotana y tenía que amarrárselos con alambres. Estaba viejo y abandonado. Bendito el Señor que con tanto penar lo preparaba para el cielo.

Lo de la galería se presentaba mal. Volvía a dividirse el pueblo como antes. Se formaban los dos bandos, uno para apoyar a los obreros y otro para combatirlos.

Siempre la división. Contra siete vicios hay siete virtudes, decía el Catecismo. El problema está en tener los ojos bien abiertos para ver dónde está el mal y dónde el bien.

En las luchas corrientes de los hombres no se podía hablar de buenos y malos, de los que tienen la razón y de

los que no la tienen, porque la virtud y la verdad no suelen caer del todo en una frontera, sino que, de común, se ve crucificada entre los dos, como se vio nuestro Señor en el Calvario. Mas tampoco es cosa de contentarse con filosofías. La galería le ponía la división ante los ojos. A un lado, los propietarios, que se consideran buenos y honrados porque cumplen las leyes, sin pararse a pensar que la Ley puede consagrar a la impiedad y al expolio, y del otro, los desheredados, los que no tienen más patrimonio ni más defensa que el odio y el rencor. Entre ellos tenía que elegir, no cabían medias tintas ni componendas. Y su puesto estaba al lado de los desesperados, de los que se sentían más lejos de Dios, porque ellos eran de verdad los más necesitados de ayuda. Lo dijo en el sermón de la misa mayor.

En la iglesia hubo un revuelo y hasta un notable del pueblo se atrevió a decirle:

—Eso, déles usted la razón, que cuando vengan a quemar la Iglesia tendremos otra vez que coger el fusil para defenderlo.

—Quizás las quemaron porque no supimos a tiempo su dolor.

El sermón causó revuelo. Por la noche vino Antonio, el conductor de la «guagua», para ofrecerle su ayuda.

—Yo soy un accionista pobre, pero sé lo que es el trabajo y para mí que los cabuqueros tienen la razón. Si hay que pagar más, lo pagamos y nos aguantamos; más aguantan ellos allá dentro. Y lo que digo yo, lo dicen muchos. Vamos a firmar un papel dirigido al presidente...

Dios le había abierto el camino. No era cuestión de ponerse de rodillas ante él, sino de seguirlo hasta el final. «A Dios rogando y con el mazo dando», su oración de estos días era conseguir que los cincuenta accionistas del pueblo firmaran el papel. Sabía que muchas puertas se le cerrarían. Volvería a tocar a ellas hasta conseguir lo que se proponía. Otras no firmarían de corazón. Lo harían por no ponerse

frente al cura, a quien consideraban una autoridad terrenal de mucha influencia. Si era así tendría que aceptarlo como bueno, como voluntad del Señor. También podía contar con los votos de don Tadeo, el viejo tenía su lado bueno y él sabía tocárselo. Así quedaban empatados con don Roberto. Luego habría que trabajar a los accionistas de Santa Cruz y de otros pueblos. El aparejador podría echarle una mano en eso...

X

La entrevista se desarrolló bajo el emparrado del huerto, cargado ya de racimos pintones. Don Jesús, la barbilla apoyada sobre el bastón de gruesos nudos, bien sostenido entre los pliegues de la sotana. Socarrón, con trucos de cura viejo, dispuesto a exprimir el limón de la conciencia y sacar cuanto cabe en ella. Agustín, enfrente, sentado en el bajo poyo, más bien banquillo de acusado. ¿Que si creía o no creía? Menuda pregunta, la que martilleaba en noches de insomnio, la de la extraña desazón ante el firmamento claro, distante, estrellado, la tumba recién abierta, la manifestación religiosa o la elucubración atea.

—Sí, yo fui religioso pero las cosas han cambiado mucho.

Entonces todo era fácil. Clara la raya entre el bien y el mal, caía justo sobre los muros de la iglesia, adentro los buenos y fuera los otros. Todo estaba ordenado: arriba Dios con sus premios y sus castigos, Cristo con sus perdones, y toda una teoría de santos amigos dispuestos a salvar exámenes, sementeras, plagas, epidemias, sequías, guerras y hasta negocios. La espada de Santiago Matamoros y el cetro de San Fernando, las velas a Santa Rita y el pan de los pobres de San Francisco. Como aún no te pesaba el cuerpo, como no adivinabas tras él la osamenta que te espera mañana, la muerte andaba entre las nieblas consoladoras de cielos prometidos o de infierno, «tan temido», cuando no la agri dulce estampa de las Ánimas del Purgatorio

a punto de alcanzar el escapulario mariano. Claras las cosas arriba y abajo, más cerca de «ser apóstol o mártir acaso mis banderas me enseñan a ser» que de «los ríos van al mar que es el morir». El Reino de Dios sobre esos dos planos que tan bien saben dividir las nubes del Greco. Más cerca los ponía el hermano director de la sotana lustrosa y los ojos saltones que en una misma exhortación supo enseñar el uso adecuado de los nuevos retretes, las ventajas del nuevo orden político, y los peligros de los pecados de impureza que apartaban de la fe. Castidad, fe, patriotismo, la trinidad de los años escolares que se te rompió un buen día sin apenas darte cuenta. Y justo al revés de como pensaba el Superior.

Porque ni muros ni iglesias pudieron vendarte los ojos para lo que ocurría fuera. Viste en tus filas corrupción y crueldad. Te sorprendió encontrar la virtud entre los malditos y los descreídos. La raya no valía, era falsa, mendaz.

Vicio y virtud andaban a los dos lados de lo que creíste firme seto. El orden cayó, se desplomó sobre la cabeza. Cuando quisiste recomponerlo con toda tu buena voluntad, resultó frío y vacío. Te sentiste como en el viejo templo de unos dioses muertos —de una civilización muerta y enterrada bajo hierba de siglos—, solitario y ruinoso, mudo para siempre, incapaz de despertar otro sentimiento que la curiosidad o la compasión. Te apoyaste para no caer en la pila de libros, en angustias de un hombre que sobrenada en la nada y recompone su moral desde el absurdo, en la dialéctica histórica con su salvadora acción revolucionaria, y hasta te sentiste tentado por las brumas misteriosas de la ciencia esotérica. Pero ya la tumba estaba abierta ante sus pies, te dolía el paso del tiempo, la condena de finitud y el hambre de inmortalidad. Allá don Miguel con sus barbas y sus cabriolas, la falsa seguridad del marxista ortodoxo con su teoría de que el miedo a la muerte es consecuencia del hambre y la inseguridad que se padece en esta vida. Tu problema es otro, que te formaron con un pasaporte para la eternidad y, a medio viaje, sabes que tus recuerdos, tu

talante y tus ideas se pudrirán con la misma carne en que anidaron.

Fue primero la pérdida de la fe y luego lo del correr detrás de las mujeres. Buscabas la vida en ellas, la vida joven y vigorosa, multiplicada con cada experiencia, siempre nueva y atractiva. El sol y el mar, los goces paganos del cuerpo todavía ágil y fuerte antes de caer en los lazos de la cal y el mirto.

Pero cuanto más corras, más pronto el cansancio y el vacío. Las ganas de la choza donde detenerte y aguantar la intemperie. Camus retirado a un olimpo distante de los detritus históricos, las manos limpias de cuanto suceda abajo. Sartre, las manos sucias, para, con el barro sucio, hacer algo mejor por los hombres. Manos y manos a los dos lados del columpio para caer en una serena resignación, en la dramática compasión por el destino fatal de los hombres que sufren porque han de morir y porque no son felices sobre la tierra. El punto agónico y doloridamente consciente de algo que afloró desde los abismos marinos a la húmeda tierra, para llegar un día a los lejanos planetas y encontrarse con la pregunta en el vacío o con otros seres que se hacen o dejaron de hacerse las mismas preguntas.

Pero no vale la muda compasión de tus semejantes, no es tiempo de budas contemplativos sordos a la resaca histórica. Hay algo que hacer aquí y ahora, en esta tierra y este tiempo que te ha tocado vivir, en la lucha entre oprimidos y opresores, un capítulo más de la secular, inacabable lucha por la conquista de la libertad.

—Cambiaron las cosas y te encuentras con el gran vacío. Siempre ocurre lo mismo. No se puede vivir sin Dios.

—Tenemos que intentarlo.

—Algo quedará de tu fe antigua.

—El solar donde estuvo, pero desierto.

—En un campo de cenizas se puede plantar muy poco.

—Peor quien ha plantado hogueras y horcas.

La Fe. Que a unos viene y de otros se va. La Gracia que Dios derrama o esconde. Misterio sagrado, tormento de los años de seminarista. «El condenado por desconfiado» y «San Manuel Bueno, Mártir». Espiritualidades dominica, jesuita y franciscana, la oración, las obras, el amor. Y otra vez el misterio, el juego de la Gracia que viene y va, que en poco tiene que ver con apologéticas tomistas o contundentes silogismos de relojes y relojeros. La Fe que huyó del hermano, como a ti te falta la Esperanza y la Caridad.

—¿Para esto me hizo venir de Santa Cruz...?

—No, te llamé para otra cosa, pero como soy cura siempre empiezo por el mismo tema.

Había que bajar al campo de ceniza, pedir un favor. No por el amor de Dios, sino por ese otro, vacilante, amor a los hombres.

—¿Qué opinas de lo de la galería?

—Estoy con los trabajadores.

—Me alegra que estemos de acuerdo, porque hay que hacer algo.

—No veo qué es lo que podemos hacer.

—Los accionistas de aquí han firmado un escrito pidiendo más sueldo para los mineros.

—¿Cuántos firman?

—Unos sesenta.

—Son pocos.

—Contamos también con las acciones de don Tadeo.

—Es buena ayuda. Pero faltan votos.

—Los que puedes tú conseguir en Santa Cruz. Hay que dejar solo a don Roberto.

—Él tiene sus comparsas.

—En esta galería, pocos. Contaba con don Tadeo.

—Si es así, lo intentaré, pero no garantizo el resultado.

—Yo sí.

—¿Por qué?

—Confío en los hombres. En mis años de sacerdote no he encontrado uno sólo que mereciera el infierno.

—Ni siquiera yo...

—Tú, menos que nadie...

Caía la tarde y el silencio del huerto, apenas turbado por el roce de la brisa, empezó a ser taladrado por el contagioso canto de los grillos. Una andoriña viajera se zambulló en la comba nacarada y se perdió rumbo al mar.

—¡Qué hermosa la paz de Dios!

Don Jesús andaba torpemente por el caminillo de piedras buscando apoyo en el bastón.

—Me doblo ya sobre la tierra. Quizás cuando a ti llegue esto pensarás de otra manera. Rezaré mucho por ti. Es lo único que puedo hacer.

XI

Nunca la capital tan grande, desconocida, desconcertante y contradictoria. Nunca contemplada con más temor, con ese miedo que ponía un incontenible temblor en el dedo cada vez que oprime el timbre de las casas donde esperaba obtener una firma para el escrito que le encargó don Jesús.

Afortunadamente entró con buen pie. Fue en una de esas casas del barrio del Cabo de apariencia miserable, bajas de tejado y con los abombados muros pintados de encarnado. Se preparó para lo peor, para esas caras hoscas de los dueños y las frases desabridas, pero no había hecho más que trasponer la puerta cuando se llevó la primera sorpresa: tras el abandono exterior, la vivienda escondía su intimidad comfortable y bien cuidada. Por de pronto podía ver un amplio estar-comedor como recién empapelado, en el que se distribuían con precisión en exceso geométrica unos muebles si no de gusto, al menos caros y sólidos. Presidía todo aquello una monumental radio-gramola con un destellante tablero de mandos donde se amontonaban los ojos luminosos y los botones niquelados. Andrés se tranquilizó con la amable acogida que le dispensó la mujer de mediana edad que le había abierto la puerta, y, sentado en uno de los cómodos sillones, esperó unos minutos al dueño de la casa.

—Gregorio López para servirle.

Era un hombrón de formidable apariencia sobre cuya musculosa estatura la grasa había añadido una comba feliz por encima del estómago y un amago de papada debajo de la rotunda y maciza mandíbula.

—Aparejador ¿eh? pues ahí tiene usted una carrera que a mí me gustaría para mi hijo. Eso de las obras es un buen asunto. Pero al muy granuja le gustan más los partidos de fútbol que los libros. También la pelota deja dinero, pero los estudios dan «otro qué».

Iba a medio camino de la explicación de la visita cuando el huésped lo interrumpió.

—Carmen, saca unas cervezas y unos cangrejos de la nevera, que el señor debe tener la garganta seca.

Así la misión se hacía más fácil, el asunto iba como sobre ruedas.

—Cuenta con la firma mía, y chóquela. Yo, antes de empezar con el cambulloneo, las pasé muy amargas en la carga blanca. Pero lo que usted me cuenta es peor. Lo que yo digo, el mundo tiene que cambiar. A mí me gustaría que todos tuvieran casa y coche. No soy como muchos que lo quieren todo para ellos.

—Buenos cangrejos.

—Son rusos. Los cambié en un barco americano por coñac. Resultó buen negocio, los clientes se rifaron las latas. Desde que terminó la guerra se están viendo otra vez cosas buenas.

—Pues que sigan viniendo...

—Y que usted lo diga. ¿Sabe lo que estoy pensando?, voy a avisar a unos amigos que tienen acciones para que le firmen el papel. Mi mujer los llamará por teléfono mientras nosotros nos echamos unos «whisquitos».

El whisky empezó a tender su dulce velo de inconsciencia. Un vaso, otro vaso y la casa que se llena de hombres y mujeres. Saludos, conversaciones que van de un lado a otro sin hilo ni orden.

—Mire usted —le dijo aparte uno de los recién llegados— en eso de las galerías llevo metidos yo mis diez mil duritos y aún no he visto una perra. Hay que saber esperar, lo bueno que tiene este negocio es que con un par de ellas que den agua se redondea uno.

La gramola llenó el viciado aire de la habitación con el vivo compás de una samba y algunas parejas empezaron a bailar. Por unos momentos Agustín se olvidó de la novia entre los brazos de una alegre y guapa chiquilla, mientras la voz de Carmen Miranda ponía vértigo en las piernas con aquello de «Voy a Río de Janeiro». Se marchó muy tarde de la casa y, ya en la puerta, le tuvieron que dar el escrito, que se le había olvidado.

En su casa descubrió con satisfacción que había reunido las primeras cinco firmas.

Al día siguiente empezó el nublado. Puertas que apenas se entreabrían para que una mano recogiera el escrito y lo devolviera a los breves minutos con un «dice él que no firma eso». Casas de noble apariencia donde a pesar de la intencionada oscuridad, se advertía la vejez y el deterioro de los muebles y en las que un señor de gastada bata miraba el papel con gesto avinagrado y se ponía a protestar.

—¿Setenta y cinco pesetas y les parece poco? ¡Menos gano yo y soy Profesor Mercantil! ¡Diez años de estudio y por veinte ya de empleo para ganar una miseria! ¡Y todavía se quejan esos que tienen menos gastos! Porque yo tengo que ir con americana y corbata a la oficina...

Entonces no había otra solución que tartamudear un «usted perdone» y soportar el malhumorado portazo, imaginándose los malévolos comentarios.

Otras veces se mezclaba la política y la cosa se ponía fea. Así, aquel amable matrimonio que le recibió en el bien cuidado gabinete con los paneles materialmente cubiertos de fotografías de personas que debían haber muerto o, al menos, perdido la joven y saludable presencia con que aparecían en los cartones amarillentos. Matrimonio que mudó el color y se descompuso al enterarse del motivo de la visita.

—¡Y se atreve a venir a nuestra casa con semejante embajada! ¡Cobardes rojos!, empiezan con las huelgas y si los dejan nos cortan la cabeza. No podemos firmar eso. Perdimos a nuestros dos hijos en el frente y lo que usted pide sería como escupir en sus tumbas.

Otros no se conformaban con una mera negativa como la de aquel matrimonio atildado que había hecho de su vida una flor mustia y amarilla, siempre asomada a la entreabierta sepultura de los hijos. Ese matrimonio que debía arrodillarse en la iglesia en unos severos reclinatorios colocados delante de una Dolorosa de corazón traspasado y que oiría con deleite las terribles fulminaciones con que el predicador amenaza a los ateos y herejes. Otros llegaban a palabras mayores.

—Y dé gracias porque su padre fue amigo mío, si no es por eso le hubiera denunciado ahora mismo.

Tampoco faltó en el muestrario la presencia de los asustados. Gentes hasta ayer perseguidas que se quitaban el papel de delante, creyendo que era una trampa para perderlos. Algunos no llegaban a eso, pero se escudaban en frases sentenciosas.

—En España no se puede firmar ningún papel, porque los papeles se vuelven contra uno.

Entre tanto nubarrón aparecían claros esperanzadores. Las dos costureras que le recibieron en aquel largo sofá donde el corazón de una muñeca había sido sádicamente

herido por las puntas afiladas de media docena de alfileres.

—La vida, que se pone cada día más difícil y no sale uno de penas; señoras de principios tardan ahora meses para pagarnos las facturas. Si la galería diera agua sería un gran alivio.

—Si les suben el jornal a los trabajadores irán más deprisa, ¿verdad? —añadió la hermana.

—Con más entusiasmo sí lo harán.

Había conseguido dos votos.

La mayoría de los que firmaron lo hicieron sin enterarse de qué se trataba. El maestro del taller de reparación de automóviles ahogó la explicación con rotundos martillazos sobre la abolladura de un guardalodos. Luego, sin venir a cuento, soltó su parrafada:

—Lo que fastidia es que unos tengamos que estar todo el día pringados y sudando las pesetas, mientras que los gaudules se hinchen de ganar dinero en las oficinas. ¿Me presta su pluma para firmar? Oiga, ¿no habrá que pagar nada por esto?

Llegó oportunamente al café. El equipo de fútbol titular había jugado bien aquella tarde y la peña estaba en plena euforia. Agustín se acercó decidido al que buscaba, con el documento en la mano.

—¡Más suscripciones no! ¡Está bien ya! A uno le gusta ayudar, pero la cosa está rebotando: ayer que si la explosión de Cádiz, luego que si la Lucha contra la Tuberculosis, que si la Cruz Roja o la Navidad de los Humildes: total, que lo dejan a uno desplumado.

—No vengo a nada de suscripciones.

—Entonces, ¿no tengo que soltar dinero?

—Se trata de una galería de agua y de firmar un papel para la junta directiva sobre...

—Si no es para dinero, ahí va mi firma y ahórrese la explicación. ¿Quiere echarse una copa? El Tenerife estuvo divino...

Minutos más tarde había podido recoger tres firmas más en la animada barra del bar, en torno a la que se repartían whiskys, abrazos, felicitaciones y vivas al Club. La lista que le facilitó don Jesús —sabe Dios de dónde pudo sacarla— le llevó a los lugares más extremos. Tuvo que descender hasta los márgenes del Barranco de Santos y contemplar cómo cabras, hombres, mujeres y niños convivían en angostas covachas que apenas si protegían del sol y de la lluvia.

—En la construcción se gana para comer, lo malo es que no se encuentra vivienda. Si la galería pare tendremos para hacernos un casucho. Ésa es la ilusión que uno se hace, por eso nos quitamos el pan de la boca para pagar las cuotas. ¿Trajo algo para mojar el dedo?

Andrés vació la estilográfica sobre la caja de fósforos y el hombre estampó una huella ancha y emborronada en el papel.

La dichosa lista le dejó ante la puerta de una casa de la dudosa calle. Era muy de mañana, las siete o las ocho, y tuvo que repetir los timbrazos. Al poco le abrió la puerta una jamona cachonda, con el pelo suelto, cigarrillo rubio en los labios y embutida en un ajustado vestido.

—Pasa, pasa, ¡tempranero!

Había entrado en un prostíbulo.

—Pues sí, a cada una de las chicas les he comprado una acción para que la vayan pagando con su trabajo. Lo que yo les digo, así tienen una cartilla de ahorros que a lo mejor les da un buen pasar cuando, por los años, no estén ya para el oficio, o si se enferman. Bueno, aquí hay mucha limpieza

y es difícil que se enfermen. Ésta es una casa seria a la que viene lo más distinguido.

Seis firmas más, tres de ellas por el procedimiento del borrón sobre la caja de fósforos.

—Bueno, pimpollo. Cuando quieras divertirte, ya sabes dónde estamos.

Fueron tres agobiantes días, saturados de horas de desaliento, en los que pensó abandonar la empresa, preguntándose qué ganaba él con el asunto a cambio de tanto desplante como tenía que soportar. Saturados también de sorpresas proporcionadas por increíbles rasgos de esplendidez, precisamente de aquellas personas que él consideraba más reacias. Fueron tres días agobiantes en los que aprendió muchas cosas interesantes. Sabía que la mezquindad y la tacañería eran propiedades de las gentes de siempre más o menos acomodadas, mientras los nuevos ricos, los estraperlistas, las prostitutas, los buscones de las cuevas y chabolas eran más dados a la generosidad.

Comprendió que el peso de los muertos en la guerra seguía como una carga de plomo sobre los vivos, alimentando soterrados odios y rencores. Y comprendió que la galería, aun antes de dar agua, era como un río cuyos afluentes regaban la ilusión de las gentes más diversas y encontradas. Su caudal bañaba la raíz de flores secas, como el matrimonio que perdió los hijos en la guerra; quitaba el miedo a la vejez de las modistas y de las prostitutas, la grasa del mecánico envidioso de los emperchados oficinistas. Limpiaba y barría con la cochambre de las covachas y podía poner un maravilloso acento inglés en los gordezuelos y picarescos labios de la hija del cambullonero. No era sólo la tierra del Sur y sus empobrecidos cultivadores los que esperaban ansiosos el alumbramiento. También la capital, apesadumbrada y sedienta, creía oír cada noche el cloqueo cantarín del agua recién nacida.

Sí, fueron tres agobiantes e inolvidables días para conseguir los treinta votos. Empresa cumplida. Don Jesús podría darse por contento.

XII

Como cada mañana, en el momento de sentarse a trabajar, la presencia de la amplia y estilizada mesa, desplegada como una media luna ante su sillón, le dio sensación de seguridad y de poderío. La luz caía sobre los anaqueles donde dormitaban, intocados, los tomos del Diccionario Espasa y de la decorativa colección de los Premios Nobel. Alguna que otra vez la secretaria tomaba con cuidado uno de estos libros y les pasaba suavemente la mano por el lomo en una leve o distraída caricia. Con este gesto se recortaba mejor su soberbio perfil. De verdad que lo tenía loco. Le gustaba al principio con ese cariño familiar que se le pone a los objetos que nos rodean, pero desde que los amigos empezaron a gastarle bromas sobre si se las entendía con ella, le crecía como un cáncer el deseo de poseerla. Lo peor del caso es que no sabía a qué carta quedarse. Por una parte, creía que sus amigos tenían la razón:

—A la edad que tiene y todavía sin novio, ésa está deseando que le des un mordisco.

Eso es muy fácil decirlo, pero si resulta que es honrada, que de todo hay en la viña del Señor, ¿quién arreglaba el planchazo? ¡Menudo escándalo! Y a él le gustaban los enredos con discreción. Había que tener cuidado con los hijos que por menos de nada le pierden a uno el respeto. Era preferible esperar y evitar cualquier paso en falso. Quizás llevándola a un viaje de negocios la ocasión se pondría al alcance de la mano. Todo era cuestión de tino.

Concluida la habitual reflexión sobre la deseada aventura con su secretaria, pulsó el botón del timbre para llamarla.

—¿Hay algo de importancia?

—Le han llamado de Sindicatos. Insistieron en que usted debía telefonarles tan pronto como llegara.

Malo; esas llamadas urgentes son para escamarse. Si fuera una buena noticia a buen seguro que se dieran tanta prisa.

Con las primeras palabras comprendió que los vientos habían cambiado de dirección; al otro lado del hilo una voz atropellada le hablaba de arreglo cordial con los trabajadores de la galería, de que la autoridad no quería problemas de orden público, y hacía de paso unas extrañas alusiones al espíritu de conciliación que prevalecía en los sectores mayoritarios de la Comunidad. Un pasteo clarísimo que no quedaba más remedio que tragar, pues, por lo que adivinaba, las órdenes venían directamente de arriba.

—Bueno, haremos lo posible por arreglar este asunto.

Con gesto de mal humor colgó el teléfono y atendió al interior por el que le hablaba de nuevo la secretaria.

—El señor García y el abogado quieren hablarle.

También estos pájaros deben traer una buena papeleta; no hay más que verles la cara de burros serios que tienen para comprender que las cosas no andan bien.

—¿Cómo andan los aires en las alturas?

El correveidile puso cara de asco. Se diría que iba a hacer pucheritos...

—Muy mal, don Roberto. Están molestos con el revoleo que armó su último negocio de víveres y no les queda otro remedio que ponerle una multa y que salga en el periódico.

—¿De cuánto?

—Me dijeron que de veinticinco mil pesetas.

—No es para volverse loco. ¿Cuándo saldrá la sanción en la prensa?

—Creo que pasado mañana.

—Pues en el mismo día tiene que figurar mi nombre en la suscripción para el Asilo de Ancianos. Con cincuenta mil pesetas, hay que dar sensación de que uno está por encima de multas y pequeñeces.

—Y tú, ¿qué tienes que decir?

—El permiso de importación está concedido.

—¿Qué dice el banco?

—Lo encontré un poco reacio.

—¡Pero si esa tubería se venderá como pastillas!

—No es que se negaran, pero tampoco pusieron buena cara. Se habla de que van a restringir los créditos.

—¡Ya lo pudieron haber hecho antes los muy granujas!

—¿Insistimos?

—No.

—Entonces, ¿vendemos el permiso?

—Espera, que ya hablaremos.

—¿Puedo irme? —dijo el correveidile comprendiendo la indirecta.

—¿Qué me decía del crédito?

—Renunciamos a él. Tenemos que mantenernos firmes para que nos respeten. Pagaré la mercancía con las divisas que saqué fuera. Tendré que darme una vuelta por Londres,

creo que este descanso me sentará bien. ¡Ah!, retira todos los fondos del banco ese e ingrésalos en el de enfrente. En el fondo vienen a ser de los mismos dueños, pero entre los directores hay sus celillos y uno tiene que sacar partido de eso.

Asunto concluido. ¡Y pensar que estaba rodeado de abogados, intermediarios y otros zánganos por el estilo para que a la hora de la verdad no sepan ni dónde les queda la mano derecha! A todo tenía él que buscarle la solución, pues los muy bergantes, con tanta ley, tanta política y tanto cuento, eran incapaces de discurrir. ¡Otra vez al teléfono!

—El aparejador de la galería, que quiere verle.

—¿Dijo para qué?

—Sólo que para un asunto muy urgente.

—Que pase.

Se le notaba al entrar, éste de ahora no era el hombrecillo que acudiera unos años antes al despacho con cara de asustado y casi sin creer que tuviera de verdad trabajo en la galería. Hoy entraba desafiante. Seguramente que la timidez le obligaba a presentarse tan fachendoso. De todas maneras algo importante se trae escondido en la manga y es cosa de trastearle bien para que escupa cuanto antes lo que tiene en la boca.

—¡Tan contento de verle!, ¿qué le trae por aquí?, no vendrá a decirme que ya encontraron el agua...

—Vengo a decirle que hay que dar a los obreros lo que piden.

—¿Y por qué demonios tengo que hacer eso que usted dice?

—Sencillamente porque todos los accionistas del pueblo han firmado un papel pidiendo que lo haga.

La condenada manía suya de no abrir pronto la correspondencia. Quedaba explicada así la conversación telefónica con Sindicatos y aquello del «espíritu de conciliación que prevalecía en los sectores mayoritarios de la Comunidad». Seguramente habían mandado copia del escrito a las autoridades.

—¿Y quién fue el granuja que me hizo tan sucia faena?

—Las firmas las recogió don Jesús.

—¡Pues ya podría seguir retozando con su querida, el muy descarado, en vez de meterse en lo que no le importa! ¡Lo denunciaré al Obispado!

—¿Con qué motivo?

—Por tener una querida.

—Usted tiene otra.

Don Roberto botó sobre el asiento.

—¿Y eso qué le importa a usted, mocoso?

—¿Y a usted qué le importa lo de don Jesús?

Pero don Roberto ya no le escuchaba.

—¿Con que era eso, eh? Pues saldrán perdiendo. ¿Sabe una cosa? Hace unos momentos prometí que llegaría a un arreglo con los trabajadores, pero después de esto seguiré adelante, caiga quien caiga.

—Piénselo bien.

—Lo he pensado. Las firmas del pueblo sólo son sesenta. Sigo con la mayoría.

—Tiene en contra las veinte de don Tadeo.

—¿Está loco?

—Simplemente agradecido a don Jesús. Una vez le sacó de un gran apuro.

—No se saldrán con la suya. Siguen en minoría.

—Es que, además, hay otro escrito con treinta firmas de aquí.

—¡De Santa Cruz! ¿Y quién las recogió?

—Yo.

Esta vez no fue un bote, fue un monumental puñetazo en la mesa que hizo volar los papeles y despidió el cenicero. La congestionada cara de don Roberto pasó del rojo al blanco. La estocada había cortado algún resorte oculto y el hombre se desmoronaba por momentos.

—Usted... ¿Pero cómo es posible?, si fui yo el que lo coloqué..., no lo entiendo, no puedo entenderlo. Comen en nuestra mesa, se beben nuestro whisky y nos odian, sí nos odian, usted y mis hijos, y todos los jóvenes de ahora. Nos están examinando, juzgándonos severamente, despreciando nuestras costumbres y nuestro modo de ser, contemplando todo con una sonrisita burlona. ¿Qué quieren ustedes? ¿A dónde nos llevan...?

—No lo entendería.

Había que saber perder. Podía vengarse. Podía denunciar al cura y al aparejador como instigadores del plante, pero ése no era su juego. No ganaría nada con ello, la venganza es cosa de fracasados y él era un luchador. Siempre lo fue. Aunque eso no lo entendían sus hijos.

Habría que verlos a ellos con la papeleta que a él le dejaron cuando tenía su edad. Con aquel padre derrotado que no tuvo agallas ni cerebro para luchar contra los acreedores y perdió el comercio por cuatro desgraciadas pesetas. Habría que verles comiendo potaje de coles al almuerzo y a la cena; temblando cada vez que sonaba el timbre por si aparecía uno de esos cobradores a quienes la pobreza de la casa les permitía adoptar un tono insolente. Humillado al ver que los antiguos compañeros del colegio, que tuvo que

dejar por falta de pago, le esquivaban el saludo por la calle. Y él, solitario, a sacar la casa adelante con el primer empleo, a gastarse los ojos por la noche llevando contabilidades de pequeños negocios. Menos mal que no se le gastaron sino que se le abrieron bien, y pronto entró en el juego. Llegó la hora de la reparación y los saludos, los elogios y las adulaciones engrosaban al compás de su cuenta corriente. Un poco tarde, pero suficiente para hacerle comprender en qué descansa la estimación humana. Tuvo el gusto de enterrar a sus padres, a sus olvidados y despreciados padres como a grandes señores, con lo más importante de la isla en el duelo. Dos años más tarde se casaba con una señorita de la mejor sociedad y con ello se le abrieron las últimas y más recalcitrantes puertas. Pero eso era un cantar viejo que no podían entender sus hijos. Una cosa es tener dinero y asistir a la Universidad con gastados pantalones vaqueros, y otra sentirse avergonzado en un baile de antes por si se le notaba el zurcido de la camisa y los agujeros en las medias suelas.

Tiempos distintos. Porque no es que los muchachos fueran malos. Bebían menos que los de antes y apenas se iban con prostitutas. Será porque las chicas de ahora se dan mejor. Lo que apenas es verlos taciturnos, disconformes, sin ilusión por nada, rebeldes porque sí. Entretenidos con cosas extrañas como la pintura abstracta y el jazz.

Aprobaron los cursos. El menor era un chiflado de la química, siempre despistado, ausente y con los trajes llenos de quemaduras. A lo mejor sale catedrático. Los otros dos estudiaban Derecho sin gran interés. Alguna vez los veía con chicas de su edad, cogidos de la mano y embebidos en la música de una gramola de café. Nunca se les ocurrió ir por el despacho o hablarle de trabajar en sus negocios, ni siquiera sabían lo que iban a ser cuando acabasen la carrera. Un grave problema, de los que no se pueden resolver a base de vara o de astucia como hacía con los que se le presentaban a diario en el despacho.

Y ahora resulta que el aparejador también es de la misma cuerda. Sólo faltaba que, cuando había llegado a dominar la sociedad a costa de tantos esfuerzos, los jóvenes se la cambiaran y tuviera que volver a empezar la lucha. ¡Maldita suerte! ¡Y condenado teléfono, que no lo dejaba en paz, condenada secretaria siempre hablándole por el hilo!

—Don Roberto, quieren verle los de...

—¡Que se vayan al cuerno!

—Pero dicen...

—¡Al cuerno, ellos y usted! ¡No quiero que me molesten!

Los hijos y luego la madre, que... Si ella quisiera podría hacer algo, pero no tiene tiempo. Nunca lo tuvo. Se levantaba a las once de la mañana, cansada de la trashedada, con la cara llena de pomada y los pelos en desorden. Luego los masajes, el peluquero y la manicura, hasta la hora de almorzar. Y luego su vida: invitados a la mesa, comidas en casa de los amigos, partidas de bridge, fiestas particulares y bailes sociales. Su mujer era una sombra que pedía dinero y que podía ver de cuando en cuando, como algo decorativo que daba tono a la familia y a la casa. Siempre fue así. Una figura de salón, una muñeca gastona sin más idea en la cabeza que la de presumir. Si fuera de buen tono engañar al marido, de fijo que lo hubiera hecho. Pero como no era ésa la moda, se contentaba con abandonarlo y pasarse el día de reunión en reunión. Al principio le obligaba a seguirla en sus itinerarios, pero poco a poco se escapó de ese suplicio. Tuvo que apenar con muchachas como Elvira, que lo llamaban «viejito», le besaban la calva y le hacían cosquillas en la barriga. Sus buenos cuartos le costaba, pero más le sacaba la mujer y encima no se lo agradecía.

Por detrás de la mampara de cristales se oían los sollozos de la secretaria. Sólo faltaba eso. ¡Pues sí que estaba resultando buena la mañana! Era como una pesadilla, como si todo se hubiera convertido en una afilada lanza, que, tras

romperle la piel, le fuera desinflando como un globito pinchado.

Para combatir esta sensación abrió el bar y se tomó un whisky con poco sifón. Luego, otro. Cosa buena la amarga bebida. Resucita a un muerto y regula la presión. El peligro que tiene es que se calienta el pico y no para uno de llenar vasos. Hay que darle una explicación a la secretaria, la pobre no tiene la culpa de nada y se ha llevado el disgusto.

—Lo siento. Son los nervios; usted sabe que siempre nos hemos llevado muy bien.

La chica seguía haciendo pucheros.

—¡Por eso lo siento tanto, don Roberto!

—Pues a olvidar eso, que usted sabe que la quiero.

Sin darse cuenta la mano se le había ido al pelo de la muchacha.

—Y yo, por eso...

La mano andaba por el cuello y se atrevía ya por los hombros.

—¿Las paces...?

—Sí, don Roberto.

—Si usted quisiera, la llevaría a Londres —los dedos jugaban con las apretadas cintas del sostén—, claro que la gente es muy critica...

La secretaria se quitó la última lágrima de los ojos y le miró descaradamente.

—Pues que critiquen. Lo importante es divertirse uno, ¿no cree?

—Pues entonces te llevaré a París, también.

Ya la mano firme y decidida bajaba hacia otros objetivos.

—¿Y me llevarás a los teatros donde salen las mujeres desnudas?

—Sí.

—¿Y dejarás a Elvira y me comprarás vestidos tan bonitos como a ella?

—Niña, tú sabes más que el Espasa. Con razón estabas siempre manoseando los tomos.

—A su lado, don Roberto, ¿quién no abre los ojos?

XIII

Las ocho de la mañana y las gallinas sin comer. Se había retrasado también con el ordeño y la pobre vaca estuvo media hora mugiendo. Que una mujer sola no puede atender a todo, y más ahora, que tiene la cabeza ida con otras cosas. Pero hay que pensar: primero las gallinas, luego regar las plantas; terminado esto, sacarle brillo a los calderos hasta que pudiera verse en ellos, y preparar el almuerzo.

Mucho trabajo para una mañana. Mucho para una mujer sola. Nunca lo había notado, pero desde que apareció Juan sentía más la falta de un hombre.

Así las cosas marcharían mejor, con él trabajando la tierra y ganando un jornal por fuera, y ella cuidando la casa y a los hijos... Los hijos... Sin darse cuenta de lo que hacía se pasó la mano por el vientre aún estéril. El otro no pudo. Se lo llevaron al frente a los quince días de la boda y lo mataron en la batalla del Ebro. Le costaba trabajo recordarlo. Fue algo tan rápido, tan sin razón, que, pasado el dolor primero, le parecía un cuento. Y cuando se había acostumbrado a la soledad, cuando toda su vida se gastaba apaciblemente en el quehacer diario, apareció Juan. Hombre de pocas palabras; serio y triste como ella. Bueno para el trabajo y sin vicios, por lo que podía ver. Como las cosas siguieran así tendría que sacar la ropa de cama del arcón para lavarla y que cogiera aire. Amarilla debía estar de tantos años guardada; desde que era soltera y preparaba sus cosas por si aparecía pretendiente. Le azaraba, sin em-

bargo, que el hombre no le hablara de casamiento. Claro que él apenas si hablaba. El primer día se sentó en el patio y le dijo de entrada:

—Yo tuve mujer, la mataron en el frente de Zaragoza.

—El mío cayó en el Ebro. Le dieron una medalla.

—La mía no tiene una mala piedra sobre sus huesos.

—Desgracias de la vida...

—Hay que aguantarse.

Y luego se había estado callado toda la tarde, fumando y mirándola con ternura. Era bueno aquello. Se sentía protegida. Le pasó por la cabeza que le gustaría dormir con la cara apoyada sobre su hombro recio y musculoso, que sus hijos salieran tan hombrones como el padre y con gusto al trabajo... Se veía partiendo el pan en la mesa grande, rodeada de chiquillos que gritan mientras el padre come despacio y en silencio.

Sí, eso, despacio. No conviene correr porque con los hombres no se sabe nunca lo que puede pasar. Y él todavía no se ha explicado bien. Gracias a Dios que las cosas se arreglaron en la galería. Cuando le dijeron que los trabajadores se habían marchado a la Punta del Hidalgo, se puso mustia como cuando quedó viuda. Luego volvieron. Juan pasó por su casa y, sin decirle nada, la cogió de la mano y siguió caminando con ella hasta la galería. Al llegar a la entrada había acariciado el borde duro de la cueva y hasta lo besó. El sinvergüenza de Florentín salió con una de las suyas.

—Ya tienes al lado algo mejor que besar, chalado...

Entonces había echado a correr y llegó a su casa con el corazón sobresaltado. Con ella no valían relajos. Esas cosas son para después de la boda. Algunas se olvidan de la decencia y dan todo lo que les piden los hombres, hasta que

éstos, una vez hartos, se van diciendo que las dejan porque no son trigo limpio. Bobas y machos sinvergüenzas que se encuentran por el mundo.

Eso de que Juan trabajara en la galería no le hacía mucha gracia. Al principio sí, porque pensaba que hombres como él acabarían antes la perforación. Había comprado media acción, de las primeras que vendió el cura. Si diera agua, la finquilla se convertiría en otra cosa. Así, de seco, no daba más que sudores y disgustos. Para un mal comer y un mal vestirse. Con el riego, se podría plantar tomates para los ingleses. Un par de años buenos y se acabaron las penas. Claro que hacía falta un hombre. ¡Si Juan quisiera...! La galería no es para él. Cuando empiecen los calores... Allá dentro hace falta juventud. Y él está muy entero, pero no es un chiquillo. Decían en la venta que de los treinta para arriba era cosa de huir del calor y de la humedad. Juan tenía cuarenta años. ¿Pero quién le quita la manía de la cabeza? ¡Ojalá la galería reviente antes de los grandes calores! ¡Ojalá acabe todo bien! Entonces sí podría dormir tranquila. Ahora no. No, porque sabía bien que una piña la forman cinco: dos cabuqueros, dos carreteros, y la muerte que entra cada mañana con ellos al trabajo.

XIV

Maldito calor, calor hediondo y condenado. Pronto volverá Juan, salió un momento a refrescarse. Falta que hace. Cuando llegue, que coja el martillo. Es cosa entonces de llegarse al charco. Pero antes se puede pensar en ello. Ahí está el truco, con sólo pensar en el baño te sientes mejor. La garganta quiere agua pero tiene que esperar. Más bebes, más sudas. Cinco litros por lo menos han pasado por el buche...

El cuerpo pesa y se pone viejo. En otro tiempo era distinto, cuando saltaba por los riscos de la costa. Cosas de la buena edad. Entonces había cielo y aire. Todo el pueblo era suyo. No faltó alguna palmetada del maestro porque la cabeza era dura para números y letras. Mejor las otras horas. Cuando te entrabas en la finca del Marqués y te llevabas un mango maduro o te ibas con la «niña» a nadar en un estanque. Ella era «la niña» porque un hijo del «medianero» tenía que llamarla así. Pero crecieron en amor y compañía. Juntos en el banco de la escuela, en el columpio del nisperero, buscando ranas entre los cañaverales, morera para los gusanos de seda por los barrancos, jugando entre los plantones de plátanos. Algunas veces el padre rompía tanta juerga y tocaba ir con las vacas, o llevar en el burro una carga de estiércol. Había que aguantarse, y ella se marchaba también a la casa a andar con bordados y otras boberías. Por boba y añorada, resultó más alegre ir con otros chicos a «las guerras» de piedras con los del barrio

alto. Aún llevas en la cabeza la cicatriz de un buen cantarazo. No lloraste entonces. Ni siquiera cuando ella te metió en la herida un algodón con yodo. Ya empezabas a ser hombre. Y te tenían miedo los delanteros cuando les entrabas a lo bruto. Más aún cuando al árbitro que te echó del campo le rompiste los dientes de una «morrada». Lo que se llama ser un gallito, y bien alborotado que andaba con tus plumas el gallinero. Se volvían locas en el corro de la plaza y en los bailes. La plaza, con los paseos de cemento en torno al quiosco de la música y los bancos de piedra para novios y viejas. El reloj de la torre sin fuerzas para dar la hora y los laureles cargados de pájaros sin una mala tiradera que los apeara de las ramas. Todo tranquilo, quieto, libre para hacer lo que viniera en gana. Para jugar a chico, irse al robo de la fruta, a la pelea con las pandillas rivales, o para hacerse hombre y echar un cigarrillo, pellizcar a una muchacha y tomarse medio litro de vino y unas buenas almejas con salsa de miga de pan.

Todavía no existía «el otro». No podías adivinarlo mientras ella seguía flacucha y tan lisa por delante como por detrás. La tenías como una mascota que te aguantaba la chaqueta en la grada del campo de fútbol, que te cosía un botón, que tomaba contigo un cazo de leche recién ordeñada en la gañanía. Hasta se subía a los árboles y le veías los muslos con la misma tranquilidad que si fueran los de un amigo. Todavía no te habías emperrado; te gustaban más las chicas tetudas que trabajaban en la pinocha y las buscabas en el monte para retozar con ellas. Porque eso sí, siempre fuiste un caimán buscando carne para meter el diente. Por eso dejaste pronto la escuela. No tenías la cabeza para geografías, historias y cuentas. Lo bueno era el sol, las escapadas al mar y los líos con las muchachas. También te gustaba templar la guitarra y echar un buen canto al aire. Te quedaste para bruto pero eso no se podía entender entonces.

El otro apareció más tarde. Cuando ella volvió del Instituto con andares de mujer, ancho y suelto el caderamen bajo la

apretada cintura, tapando con encajes los principios del escote. Te despertó todos los ardores de macho y empezaste a verla en todas las hembras que se revolcaban contigo en los pinocheros. Pero había que disimular y hacerse el frío porque ella era la señorita y tú el hijo del medianero. Nadie lo había dicho, pero se comprendía ya la distancia entre la casa del amo y el pajero donde te toca dormir. Había que cortar por lo sano y la despedías con malos modos cuando venía a dar contigo. Si más modosa ella, más descastado tú porque le tenías rabia por ser tan guapa y tan fina, por oler a colonia en vez de a gofio y sudor. Pero ella siempre majadera, empeñada en que las cosas siguieran como antes, en ir contigo al charco de la laja azul o al barranquillo de los lagartos. Para darle por las narices, te fuiste a la plaza con una calentona buscamachos y te diste el gran banquete de besuqueos delante de ella. Sólo entonces la viste llorar. No lo había hecho cuando se rompió una pierna al caer del burro, ni cuando la suspendieron en la escuela, ni siquiera cuando se le murió la tía que vivía en la casa. Ahora sí que largó las lágrimas y tuvo que taparse la cara con un pañuelo. La cosa no tenía remedio. También tú tenías ganas de romperte la cabeza contra un muro, pero, en vez de eso, te emborrachaste como un cochino y mataste a un gato de una pedrada.

Se cambió el asunto. Tú a rondarla como perro por uva madura y ella a huir y a esconderse en la casa. Una noche subiste hasta la ventana y le dejaste una jaula con tres crías de canarios junto a los cristales. Luego te pareció una niñada y te dio por las flores. Le dejabas la ventana como una Cruz de Mayo. Ella debía recogerlas antes de que despertara la gente pues nadie se dio por enterado...

«Agua pasada no mueve molino» y es malo tanto recuerdo para trabajar en la mina. Aquí tienen que estar despiertos los cinco sentidos. La dinamita no es cosa de juego. Cualquier descuido y la palma más de uno. Hace dos meses se fueron los gases, poco después de que trajeran las máscaras. Juan los aguantó bien. No podían con él, hombre duro. Pero a

este Fiorentín lo tuvieron listo, como que le tiraban a los huesos, le quemaban en la garganta y se le agarraban al cuello como un pulpo. Creyó que lo asfixiaban. Gracias a que llegó a tiempo Martín con la vagoneta y lo sacó al aire, si no le hubiera faltado resuello para seguir vivo.

Se acabaron los gases y empieza el calor. El termómetro sube hasta los cuarenta grados. Pocos todavía pero se echan encima y no dejan trabajar. Es como si la sangre y el cuerpo se derretieran, como si la carne se fuera en sudor. Chorros por todo el cuerpo, que forman un charquito a los pies. El mango de la perforadora quema en las manos. Queman en las paredes también. Y la hedionda humedad pudriendo el aire, pudriendo a los hombres con su asqueroso pringue.

El risco es menos duro ahora. Por eso se siguen haciendo los mismos metros a pesar del calor. Juan está más flojo y hay que echarle una mano. Lleva una semana sin acabar sus ocho taladros. Para eso están los compañeros, total uno, dos, o tres agujeros más al día. Poca cosa para uno, y él está derrengado. Seguro que por el lío que tiene en la cabeza con lo de Antonia. Están buenos los dos: «Dios los cría y el diablo los junta». Vaya usted a saber quién está más emperrado de los dos. Ella quiere boda por la Iglesia y él empeñado en no pasar por juzgados ni sacristías. Total, un potaje que no hay quien se lo coma. La papeleta es mala porque un hombre no puede entrar en la galería con la cabeza llena de problemas. Cualquier distracción y al cementerio a criar hierba. Que la críe la maldita abuela de quien yo sé. Con lo bonita que es la vida. Cuando me marche de este mundo, seguro que lo haré muy contrariado. Aunque me desarme de viejo siempre hay un buen sol que tomar y una chiquilla que te haga bailar los ojos. Maldito y hediondo calor, calor jodido y condenado. Hay que tener cuidado con Juan. Por lo de Antonia, el pobre no carbura.

Tú sabes algo de esto. Anduviste loco por los caminos, sin norte ni señal como perro vagabundo. Sin razón para gustar de las comidas, sin ganas de conversar con la familia, huido por montes y playas. Salías del agua y como ella no estaba allí, te reconcomía la tristeza, te sentías más mustio que al entrar. El vino te sabía amargo y las mujeres sin sal. Corrías a esconder tu pena en los trigales y, acostado sobre las tronchadas pajas, hablabas solo como un loco. Luego recogías un ramo de amapolas pero se te secaba al sol antes de que llegaras a la casa. El querer, que hace de los hombres machangos. Y ella, la niña guapa, como si nada. Algo amorosada debía andar con lo de los pájaros y las flores porque ya no viraba los ojos para otra parte. Peor todavía, más fuego para la sangre y el sentimiento que andan sin bozal. Hasta el padre parece sospechar y no te quita ojo en las comidas, algo barrunta el viejo marrullero; si te descubre, sobre las penas lloverán palos, pues para animal no hay quien le gane. Para él, la casa y la señorita es algo sagrado. Otra cosa es que le haga la cuenta a la pata al amo pues para eso el otro es el amo, y él, el medianero. Lo mismo debió hacer el abuelo y el padre del abuelo. Engaño de siglos entre unos y otros y vaya usted a saber quién pierde y quién engaña a quién...

Fue cuando la Fiesta del Cristo. La banda tocaba en el quiosco y toda la plaza estaba cubierta con banderitas de colores. A ti te gustaba la fuente de piedra, convertida en clavel de papel pintado por la habilidad del maestro. La niña llevaba un vestido azul y parecía más morena. Los labios gruesos y encarnados pidiendo besos, el pelo largo y con una cinta blanca. Los ojos grandes, grandes, negros, muy negros y con mucho blanco alrededor. Las manos grandes y con el dedo corazón un poco torcido. Tú tenías unas copas de más, te arrastraba la música, te arrastraba la sangre, el querer, los malos celos. La sacaste a bailar y ella dijo que sí. Su padre puso mala cara y su madre sonrió como un cura. La bailaste bien bailada. Como tiene que ser, mandando como hombre y llevándola bien apretada. Tenías

la garganta llena de piedras pero no hacía falta hablar. Los cuerpos, las manos que se aprietan y juegan, dicen mejor que las palabras. Después cuando se apagaron las luces para que corrieran los toneles de brea encendida desde las cumbres al mar, le pasaste el brazo por la cintura y le besaste el cuello. La pura gloria, la locura en bicicleta.

Más loco estuviste cuando te atreviste a besarla en la puerta de su casa. Debieron estar los labios pegados mucho tiempo. Y los ojos, ciegos, y los oídos, sordos, para no darse cuenta de que el amo estaba allí, de que levantaba el bastón para estampártelo en la cabeza. Ni te caíste al suelo, ni contestaste el golpe. Otro lo hubiera pasado mal pero el señorón estaba ese día de suerte. Te marchaste contento con más sabor de besos que de la sangre que te corría por la cara. Estabas loco, completamente loco. Lleno de ella, oliendo a ella, pensando en ella.

Así debe andar Juan con Antonia, peor aún porque estas novelorías hacen más daño de viejo que de nuevillo. Tan pronto llegue, a correr los trescientos metros para alcanzar el charco que cae por el quinto chuzo. Es el más fresco. El aparejador dice que el agua está tibia, pero nosotros la encontramos helada. Claro que el técnico no aguanta las cuatro horas en el frente. Si lo hiciera, pondría más cariño en el charco. Si fuera más hondo, si pudiera uno margullar y estarse abajo, sentado en el fondo, soltando aire por la nariz como en el mar. El mar, el sábado y domingo no hay quien me saque de la playa. A nadar para afuera, hasta los islotes para agarrarte a ellos y dejar que las olas te rompan encima. Por la noche habrá que darse una vuelta por el baile y tirarse unas cervezas al gaznate. Si las cogiera ahora...

Juan está tocado del ala. Lo que yo digo:

—Si vas a terminar casándote, cástate ya y déjate de vainas.

—Si ella se mantiene, se acabó la cosa.

—Pues si cede será peor todavía. Le quedará el gusanillo por dentro aunque se ponga a vivir contigo. Y una mujer con gusanillo le amarga la vida al mejor pintado.

Se marchó rezongando el muy cabezudo. No sabe que uno lo hace por su bien. Si eso no se arregla, hombre perdido. Mustio y triste como un crisantemo. Sin humor para pellizcar a una muchacha o reír una broma. Siempre cavilando y callado. Buena falta que le hacen unos hijos para que se amarre a la tierra y se entere de lo agradable que es la vida. A fin de cuentas, todas las cosas acaban arreglándose.

Todas no, porque el asunto de la niña fue de mal en peor. Sobre el bastonazo del amo llovieron al siguiente día otros palos del padre, buen manejador de la vara de membrillero. Pero eso fue lo menos malo, los cardenales y las mataduras se curan con los días. Más trabajo costaba estar sin verla, saberla encerrada en la casa y con el padre al acecho dispuesto a reemprender los varizcazos al menor intento de merodeo por los dominios del amo. Al segundo domingo la dejaron ir a misa y no le quitó el ojo durante toda la ceremonia. Estaba delante en el banco de los señores, pisando casi la tumba de marqueses viejos y podridos. Atrás los labradores y los empleadillos, sobre las frías losas de piedra, sobre otras tumbas también de muertos innumerables y sin nombre. Allí, entre sombras y santos, lucía más mujer la niña, y hasta te la imaginaste vestida de blanco y a tu lado recibiendo matrimonio. Mala locura de los pocos años que no reparan en realidades. Aquella misma tarde, cuando quisiste contestar al papel que ella te envió con una amiga, empezaste a comprender las diferencias. Te manchaste los dedos de tinta, el papel lleno de borrones, y cuatro garabatos, tachados y corregidos, con algo así como: «Apreciable señorita, este servidor suyo la recuerda mucho y desea que al recibo de la presente se encuentre bien de salud...» Rebuznos de borrico que pasó por la escuela y no recogió nada, que no sabía escribir un mal papel a la novia.

Carne de azada y de arado que sólo estaba para retozar con las pinocheras.

Ella, en cambio, volvió al Instituto de La Laguna para seguir los estudios. Te quedaste en el pueblo como un papavientos, descubriendo unas cosas que habías tenido siempre delante. En la iglesia había un lugar para los ricos y otro para los pobres, en el camposanto los señores tenían tumbas de mármol y a los tuyos se los comía la tierra. Las casas con escudos, las casas vacías con los cristales rotos, seguían teniendo sus dueños fuera del pueblo que con cada otoño ajustaban las cuentas a los medianeros o encargados. Y dentro de ellas estaban los muertos que seguían mandando, aquellos muertos que tuvieron calles de mármol, palacios y buenos barcos en el puerto que entulló el volcán. Los que no estaban con ellos, los que no se conformaban con el mal pasar y con las reverencias, se marchaban a América. Sólo quedaban los nietos de los señores y los nietos de los criados, unos y otros contentos con su suerte. No le quedaba otro remedio que el barco y la busca de pesos. Se te escapó porque la niña amarraba mucho. Estabas como cosido a su falda y diste en pensar cosas malas.

Cuando volvió por la Fiesta de Finados y más libre para andar por la finca y el pueblo, te encontraste con ella adonde los castaños. Allí, sobre la hojarasca seca y ruidosa, la clavaste a la tierra y viste sus ojos crecer, blanquear, irse a otro lado, sorprendidos; vencidos, luego, como los de un perro viejo. Cosas de hombre y mujer pero sin el calor y la alegría de las otras hembras con las que tuviste trato.

Charo, desde que la tumbaste en los castaños ya no la llamas la niña, regresó con el verano. Muy cambiada. Se ve que la madre había aprovechado los meses para llenarle la cabeza de grillos. Alguna vez se dejó llevar a lo escondido pero ya sospechabas que lo hacía más por vicio que por otra cosa. Cada mañana recibía cartas de la capital y la criada llevaba contestaciones al correo. Son asuntos que se

dejan ver poco a poco, hasta que se caen las escamas de los ojos. Con el verano se descubrió la trampa...

Pena lo de Juan con lo de Antonia porque las mujeres no agradecen tanto cuidado. Más bien las tratas y más pronto te la pegan. Si no, que lo diga Charo, la niña falsa que te la dio con queso. Bobo que era uno hasta dormirse de pie. Por la fiesta se trajo la pandilla de amigas y caballeretes. Vinieron todos en un «Minerva» que era una gloria con tanto faro y espejos. Ella siempre al lado del chófer, un niño que no aguanta ni media cachetada pero que mete el pie en el acelerador y levanta nubes de polvo por el camino. Sietemesino clavado que ella manejaba a su antojo. En la verbena no lo soltó de la mano y para ti no tuvo una sola mirada. Los padres de la criatura, bañándose en agua de rosas. Seguro de que si los pescan besándose, en vez de palos hay confites y bromas. La vergüenza debe medirse arriba por el peso del bolsillo. El otro debía tenerlo bien cubierto por lo que se veía. Y tú, aguantando, molido a cardenales por dentro, celoso como un burro, al acecho para ver lo que hacían y preparado para romperle las narices al caballerete la primera vez que lo encontraras a solas.

A solas te viste, pero no con él sino con el cuartelillo de la Guardia Civil. Te llevó allí «la pareja» después de la barrabasada. Fue mucho descaro el de la niña pedirte que quitaras el polvo del coche, para que luciera más en la carrera de cintas. En lugar de ello, le echaste por encima un cubo de orines de vaca. Entonces dijo que eso pasa por dar confianza a la gentuza y a ti se te voló la cabeza. Con el mismo cubo tumbaste al sietemesino de un cantarazo en la oreja; oliendo a orines que debió quedar para toda su vida. Antes de que tuvieran tiempo de gritar, empezaste por los cristales del coche y terminaste por los de la casa hasta que no quedó uno sano. El cabo de la Guardia tenía su qué con el padre. Amistades de cacerías, alguna gallina de vez en cuando, y los ratos de plática cuando se terciaba. Te escapaste de una buena tunda. En vez de ello, hubo cabildeos con el amo y los padres hasta que convinieron en que entraras

voluntario al Cuartel. Para más seguridad de la niña —ahora no la puedes llamar Charo— te mandaron a África, a la misma tierra de moros con desierto y todo.

Dicen que cuando llega la seca se acuerda uno de todo, que se repite la vida como en una película. Será porque se entra en un túnel negro, en una cueva oscura húmeda y caliente como la galería, la mala alcahueta que te está sacando dentro antiguas penas endormidas. Malo que debe ser el trabajo aquí dentro, lejos del sol y del aire. También te caía como un plomo el sol del desierto cuando andabas de caqui corriendo con un fusil. Y el condenado viento que metía arenilla en los ojos y criaba legañas. Entonces buscabas el oscuro de la Compañía como un descanso. Querías más las noches que los días. Cuando te metieron en el castillo ya todo era igual. Más bien lo agradeciste pues peores fueron los días al solajero con un saco de arena a la espalda, amarrado con vergas para que levantara llagas. Todo fue por una morángana de tetas caídas y patas azules. Carita que te costó la renegrida. Y menos mal que no te apuntaste a la fuga aquella que organizaron tres legionarios. Los moros los cazaron en las dunas como conejos y los trajeron ensartados al campamento.

Quítate de la cabeza aquella mala tierra, el mar verdón y bronco, el cielo sucio de arena, las jaimas malolientes, las moras enfermas, las marchas por el desierto y el paqueo del insurgente detrás de cualquier duna. Vuelve al menos a Santa Cruz donde las cosas empezaron a irte mejor. No era cosa de regresar al pueblo. Desde lo tuyo, el amo la cogió con el padre y acabó echándolo de la finca. Menos mal que el viejo marrullero había agazapado sus cuartos y tuvo para acabar en buen pasar sus días.

Parece mentira pero los hombres de estudio tienen menos malicia que los niños. Igual si tienen barba como Carlos Marx o Pablo Iglesias. En la Casa del Pueblo, donde entraste de conserje, te explicaron como cosa nueva lo de la lucha de clases, la plusvalía, las mañas del capitalismo y la revo-

lución que tienen por delante los obreros. No costaba entenderlo después de lo que pasó con la niña, el señorito y el condenado amo. Parecía entonces que la tortilla estaba a punto de virarse. Cuando llegó la República hasta tú mismo lo creíste. La gozaste de verdad en la manifestación paseando cogido del brazo con otros compañeros y cantando el nuevo himno. Para más gozo, tocó pasar por delante del piso del amo. Estaba amarillo y descarnado detrás de los cristales, comido por el miedo y por el cáncer que se lo llevaría al camposanto. A su lado, blanco como el papel, te miraba el sietemesino. Huyó como un conejo a la primera piedra que tiraste contra sus cristales. El del comité te echó en cara el desahogo. Lo de siempre, que si el civismo y evitar las provocaciones. Es fácil hablar así cuando a uno no le tocan en la herida.

La gran volada es que volviste a enredarte con la señorita. Charo, ahora no puedes llamarla la niña ni la señorita. Te buscó las vueltas desde el día que la encontraste en el parque y ya no paró hasta que te llevó a su alcoba. Te revolcaste con ella en la misma cama de matrimonio. Todo resultó distinto a cuando los castaños. No olía ya a tierra, ni crujían las hojas secas, ni estaba ella asustada. Sábanas y colchas finas, alfombras, lámparas y cuadros, todo oliendo a finura, a perfumes y potingues franceses; a su misma carne untada de cremas y viciosa jugando contigo como un capricho más, como otro lujo de niña mimada que tiene siempre lo que quiere, lo mismo un traje que un perrito o un hombre. Si te quedaste fue para fastidiar al otro, para que le lucieran los cuernos. No tuviste reparo en poner los pies en la pared para que quedaran tus huellas y hasta dejaste una colilla de tabaco virginio en sus pantuflas para que la encontrara allí al día siguiente. Rabia de haber perdido la niña de los castaños. Ahora, ni para uno ni para otro.

Te sacaste bien la espina y la herida empezó a sanar desde entonces. Por aquello del Partido hubo que trabajar en la carga blanca para buscar compañeros, pero los del

puerto estaban más por la C. N. T. Todo al revés que en los libros, los obreros divididos y los ricos juntos y al acecho. Así, en vez de virarse, la tortilla cayó con todo su peso sobre las propias cabezas. Cinco años anduviste de penal en penal, criando piojos y miedos. Cuando la muerte ronda, cuando las rejas encierran, se comprenden mejor las cosas buenas que hay en la vida. No tiene asunto amargarse por lo que pasó con la niña ni porque en el mundo el arreglo vaya más despacio de lo que dicen los libros y los señores con barba. Tocó perder pero nadie te puede quitar la alegría de una buena parranda, el sentirse al aire libre, la amistad con los compañeros de trabajo, los juegos con el mar, ni las caricias de las muchachas. Las cosas hay que tomarlas como vienen. La vida se vive una sola vez y no es cosa de pasarla amargado. Tampoco es limpio cambiar de chaqueta como hicieron muchos. Las ideas viejas no se borran ni los arrestos tampoco. Cuando lo de los gases bien se demostró. Pero en tanto las ideas conquistan el mundo, no se puede andar mustio y derrotado como Juan. Hay que exprimir los zumos buenos antes de ser esqueleto. La cárcel enseña mucho. Hace buena hasta la galería que sólo retiene unas horas y deja libre después. Los trabajos forzados desarrollaron los músculos y aguantas bien la perforadora. Si llegas a viejo ya no podrás con ella y habrá que buscar otro trabajo. De hambre no te vas a morir, estás acostumbrado a vivir a salto de mata. No conviene pensar en esas cosas, tampoco en lo de la niña que, como las cicatrices viejas, duelen con los cambios de tiempo. En las galerías pican porque hay mucho ahogo y humedad. Pero pronto volverá Juan y podrás bañarte en el chucho. Cuidado ahora con los barrenos para que no quede alguno sin explotar. Mañana será otro día, a la playa, a zambullirse en el charco de la arena hasta tocar la piedra azul que hay en el fondo.

XV

Tan negro como la mina. Negro que se te echa encima, que te envuelve como un paño sucio y mojado, que te asfixia, que te deja como enterrado, encerrado en un ataúd que viniera estrecho. Falta de aire, sobra esa nube pegajosa que te devora, que vacía los cuerpos y convierte las entrañas en chorros de sudor que corren por el suelo. Y llega la flojera, las piernas como trapos, los brazos que no aguantan la trepidación de la perforadora y tiemblan con dolores de cansancio.

Todo negro, apenas si brilla la luz del candil en el frente, todo dominado por el ahogo que pide agua. Más agua, agua siempre para las entrañas secas. Sed que no es de la garganta, sino de las manos, de los pies, del pecho, de la cabeza. Agua, porque todo arde por dentro, porque el cuerpo se vacía, se derrite como una vela de sebo. Florentín dice «aquí». Y hay que clavar la perforadora que saca más fuego de las rocas y lo lleva hasta el mango para meterlo en los pulmones. La cosa es mantenerse de pie y empujar hacia adentro, mientras un cerco de plomo ardiente aprieta la cabeza. Florentín dice «ya está» y llega un respiro. La mano sacude el empapón de sudor como si fuera el limpiaparabrisas de un coche, y luego empiezas a beber del garrafón agua siempre tibia pero que aplaca. Florentín vuelve a señalar el taladro. Otra vez a levantar el martillo, a clavarlo en la pared. Un taladro, dos, tres, cuatro, hasta conseguir los

ocho o hasta que la perforadora se te echa encima y te dobla como a un toro.

El compañero aguanta más y no tiene reparo en ayudar. Hace su trabajo despacio, sabe cuándo bebe y cuándo debe descansar. Tiene fibra. Como todos los canarios parece de goma, pero lleva hierro por dentro. Está en buena edad. A uno le cogió viejo esto. Por eso el cuerpo no responde y se vuelve loco con el calor, cada miembro anda por su lado, sin voluntad que pueda sujetarlo. Y entonces no se sabe lo que pasa: las manos se agarran al garrafón y no hay quien las suelte, las piernas se echan a correr y todo el cuerpo sale en huida, tropezando e hiriéndose con las paredes de la cueva, mientras la garganta grita en el silencio y en la oscuridad, sin que la cabeza recuerde que en el frente quedó un taladro por terminar y que el bueno de Florentín tuvo que coger el martillo.

Vergüenza que debiera dar. Pero ya el cuerpo vislumbra el charco y se tira sobre él, sin importarle las piedras del fondo que desgarran las rodillas y el pecho. Por las heridas el agua entra más adentro. Y el hombre besa el agua encharcada, la bebe con glotonería sin importarle la suciedad, se la echa por encima de los hombros, se revuelca sobre ella como un perro, y mete la cabeza bajo la superficie a la busca de una tregua con los golpes que martillean en el mismo centro del cerebro.

Hay que regresar al frente. Hay que regresar al frente. Nada obedece: los brazos sacudiendo el agua con ese gesto ingenuo del niño que va por primera vez a la playa; la garganta gritando desvaríos; los oídos retumbones con las gotas que entraron por las orejas; las piernas cruzadas y los dedos de los pies jugando con el barro del fondo. Hay que ir al frente. Nada responde. El hombre se ha convertido en una planta acuática cuyas raíces están profundamente hundidas en el limo. Por fin llega el compañero, te tira de los brazos y te da un golpe en la espalda, como el del gañán a la vaca en las ancas para hacerla andar. Y sin darte cuenta

todavía te vas trotando al frente. Después, cinco taladros, seis, «no puedo más», siete, «puedes marchar, Juan».

Antonia quiere que deje el trabajo. Ella no sabe lo que pasa entre un hombre y una mina cuando llevan varios años de compañía, cuando, poco a poco, ha conseguido irse metiendo uno hasta dos mil doscientos metros de profundidad. Entonces se entabla una lucha violenta, llena a la vez de odio y de ternura. Una lucha en la que, como en el juego infantil —«cobarde el que pase más atrás de la raya»— no podía retirarse voluntariamente. Si perdía se lo tendrían que llevar. Una derrota es una derrota, pero una retirada es una cobardía. «No me vencerás, vieja zorra, echa gases y echa calor, que a pesar de todo vaciaremos el agua que tienes escondida, y entonces serás tú la de la sed.»

«Puedes marcharte, Juan». Comenzaba la gloria. A caminar los kilómetros de la galería en busca del fresco. Primero se encontraba el charco y con el baño se quitaba de encima los cuarenta grados de calor. Después el paso se hacía más rápido y los pulmones respiraban mejor. Hasta daban ganas de cantar. Por fin, la luz, que hacía daño a los ojos. Y eso que el sol se ponía sobre el agua y, a los pocos minutos, el cielo se pintaba de limón maduro hasta que, lentamente, ganaba calor y perdía fuerza, para convertirse en una estrecha faja de rojo sobre el horizonte.

Cuando se encendían las primeras estrellas, bajaba limpio, afeitado y con la camisa nueva, a platicar con la novia. Don Jesús arregló lo de la boda. Se casarían en casa de Antonia y él no tendría que bautizarse. Habían llegado las dispensas. A los hijos tenía que educarlos en cristiano, pero los hijos son libres y que eligieran ellos a su antojo.

La cosa es que Antonia estuviera contenta. La pobre pasó unos días muy malos cuando él se dio a la bebida. La culpa la tuvo el maquinista que le recomendó la caña para aguantar el calor. En principio fue un alivio, con unas buenas copas entre pecho y espalda no se notaban los calores. Trabajó como un rey y hasta Florentín se quedó

con la boca abierta. El maquinista le acompañó en la primera salida. Tuvo que traer al vejete cargado a la espalda. No bebe para beber, bebe para matarse, para matar tanta amargura como le quema dentro. Como es el dolor el que le mantiene vivo. No quería dejar la venta y nunca ha pasado más abajo de ella para ir al pueblo. Su vida va de la galería a la venta y de la venta a la galería.

—¿Para qué quiero ver más...? Malnacidos y sinvergüenzas son los que llenan el mundo.

—¿Por qué dice eso?

—¡Mis dos hijos! Al mayor lo fusilaron por rojo. Y al otro, que se fue voluntario al frente, lo mataron los republicanos. Para mí son todos iguales. ¡Hijos de mala madre!, todos son hijos de mala madre, y se lo digo en la cara. ¡Mierda para todos!

—¿También los de la galería?

—Ésos no son hombres. Son lagartos escondidos en su madriguera que cuando sacan la cabeza se ponen tontos con el sol y no piensan en cosas malas.

Al principio le fue bien con la bebida, pero a los ocho días, en cuanto llegó al frente, cayó al suelo sin conocimiento y estuvo en cama con agujetas hasta la mañana siguiente. La cosa es aguantarse unas semanas. Hasta la boda. Luego unas vacaciones y a volver al trabajo como nuevo, hasta ver parida a la muy condenada galería.

XVI

Como respondiendo a una alta e imperativa orden, los bancos de la plaza dijeron, de forma unánime, no. No a la concesión de nuevos créditos, a la prórroga de los ya existentes. El dinero, prestado antes tan alegremente, debía volver con premura a las arcas. ¿Y cómo encontrarlo ahora si se había ido en los grandes «stocks» de mercancías, en los flamantes coches americanos con matrícula de Ceuta, en los soberbios edificios a medio construir que proliferaban en los lugares más céntricos de la población?

Tras el alegre carnaval, la misma comisión organizadora de los festejos imponía ahora un terrible miércoles de ceniza. Cayeron primero los grandes; especuladores, exportadores y grandes almacenistas cuyo gran volumen de bienes, superior en la mayoría de los casos a sus deudas, no podía afrontar, sin embargo, el pago casi inmediato que requerían los bancos. Cayeron primero los grandes, pero arrastraron en su derrumbe a los comerciantes modestos. Culpables e inocentes, pródigos y honrados trabajadores, se abatieron bajo la misma ruina y vergüenza.

Pero aun en este marasmo supieron sobrenadar los aprovechados; los ciudadanos no salían de su asombro al contemplar a personas cuya quiebra o suspensión de pagos se había hecho pública unos días antes en los periódicos, subidos en lujosos automóviles y tirando el dinero con la misma ostentación de siempre. Acuerdos misteriosos, cuyo móvil escapaba a la general comprensión, permitían a estos per-

sonajes mantener su antiguo tren de vida. Constituían, eso sí, la excepción. La mayoría resultaba menos afortunada.

Durante varios días se oyeron voces agrias y amenazadoras. Aparecieron, en los cajones de los despachos, viejos y olvidados revólveres. Mas, al poco, los cañones se volvieron contra la propia sien, y también los insecticidas del campo pusieron fin a la vida y tribulaciones de muchos agricultores. Los cronistas de sucesos no necesitaron de mucho trabajo e inspiración; la antigua y consabida frase servía para todos los casos: «Al parecer, los móviles de tal fatal resolución fueron de índole económica». Años más tarde, una autoridad del país decía con toda la razón a un periodista nacional que «la gente de Tenerife no se mata, se suicida».

Se suicida como don Tadeo. Un certero tiro en el cielo de la boca lo dejó yerto sobre la alfombra de su alcoba. Más que con su mujer, había estado casado con la suerte y no supo resistir el abandono de ésta.

La sangre puede borrarse con agua y unas palabras con otras. Aquel «Pobre papá, se ha matado, se ha matado», se cambió minutos más tarde en «Pobre papá, se ha muerto...» Así ganó la calle y una mala angina de pecho pagó las culpas de la bala. El rumor, ese rumor al que las personas responsables no conceden importancia, se filtró también por las paredes de la casa mortuoria, y muchos acreedores del difunto sintieron también taladradas sus sienes por la misma y ardiente bala suicida.

Don Roberto se dio cuenta de que el muerto, que venía ahora entre cuatro cirios, lo estaba ya desde meses atrás. El rictus doloroso que no supo quitar la muerte, la palidez, el pellejo suelto y colgado sobre el esqueleto, eran los de aquel don Tadeo que entrara a pedirle ayuda en su despacho.

—Me ahorcan, me ahorcan esos granujas, Roberto. Todo el dinero que he pedido a los bancos lo he prestado a

particulares con más intereses. Ahora, de buenas a primeras, quieren que liquide la operación, y mis deudores no pueden pagar de golpe. Algunos me han salido fallidos. Sólo me queda vender los bienes, pero si lo hago a toda prisa y al mismo tiempo me dan solamente cuatro cuartos.

Fue difícil meter en razón a don Tadeo por lo desorientado y vencido que se sentía. Al fin convinieron en una venta privada de bienes con fecha del año anterior. Don Roberto resistió a la tentación de sacar tajada del asunto. Aquel viejo derrotado, cuya dentadura quedaba ancha a las descarnadas encías y con un terror animal en los abultados ojos, le recordaba, Dios sabe por qué, los últimos años de su padre, y los hombres, por muy metidos en negocios que estén, tienen sus debilidades. Sin más prenda que una sencilla sábana, don Tadeo marchaba limpio, desnudo, para la eternidad. No llevaba en su mano la gruesa cartera de hebillas doradas, tan inseparable de su persona. Don Roberto la tenía en su poder, dispuesto a defender, para las enlutadas hijas, que lloriqueaban en el salón, cuanto ella significa.

A eso de la medianoche llegaron tres directores de banco. Amigos del yerno de don Tadeo, su situación les resultaba bien comprometida.

—Tú sabes que lo que dependa de nosotros... Quizás haya que declarar la quiebra. Si hubiera una solución...

—No habrá quiebra, señores. Sus bancos serían los más perjudicados.

La voz le salió a don Roberto fuerte y segura. Está en lo suyo. La lucha abierta. Sin tapujos ni disimulos.

El yerno, afectado y ceremonioso, buscaba afanosamente la conciliación.

—Por favor, señores, se pueden oír las voces ahí fuera. Es mejor que vayamos al despacho de mi suegro. Tiene bar y podemos tomar unas copas. Nada como el whisky para que la gente se entienda.

Don Roberto sacó de la cartera un abultado expediente. Ya los hombres, sentados en los sillones, daban vueltas a los vasos para derretir más pronto el hielo.

—Aquí está preparada la suspensión de pagos. Una parte de los bienes me fue vendida el año pasado en documento privado. También está justificado al céntimo en lo que don Tadeo empleó el dinero que le di por la compra. Con lo que queda se pueden pagar las deudas. Todo es cuestión de que retengan las propiedades hasta que suban de valor. Dentro de un par de años podrán venderse y pagar hasta la última peseta. Creo que todavía les puede quedar algo a los here-deros.

La tensión se había roto. Apenas sin notarlo, los hombres se sorprendieron hablando de fútbol. Sólo el director más joven tomó con sus manos el legajo que había sacado don Roberto y empezó a estudiarlo detenidamente en la mesa que fuera del difunto.

De pronto alguien contó un chiste y estalló una carcajada unánime y escandalosa, seguida de un enojoso silencio que revelaba el temor de que hubiera sido oída desde la capilla ardiente. Pronto renació la tranquilidad y la conversación siguió su curso animado. En nueva pausa podía haberse apreciado cómo los cálculos que a media voz estaba haciendo el director que estudiaba la suspensión de pagos, «valor real, un millón doscientas; valor en venta, seiscientas mil pesetas...», se confundían con los «ora pro nobis» del rosario que se rezaba en torno al muerto.

Con las primeras luces del alba se levantó la reunión. Hubo sus más y sus menos sobre si se esperaba el funeral o no para hacer pública la suspensión de pagos; en eso, como en todo, prevaleció el criterio de don Roberto.

* * *

El olor de la cera y las flores era algo que no podía resistir. Por eso se alegró de que Manuel, que andaba por

la casa como si fuera suya, lo llevara hasta un balcón abierto al jardín interior.

—Quería hablar con usted, don Roberto. Es que me van a nombrar alcalde del pueblo y necesito que me eche una cuña con sus amistades por si aparece algún mala leche y le da por sacarme los trapitos sucios.

—Vaya, con que ya te dio por la política. ¿Y cómo ha sido eso?

—El que me manda ahora está muy quemado, y pensaron en un hombre joven que estuviera bien de intereses.

—Pues por mí que no quede, pero antes tenemos que hacer un buen negocio.

—Mal está el ambiente para negocios.

—Para el que yo pienso, mejor que nunca.

—Si no hay dinero...

—Y abunda la propiedad en venta. Es el momento de los grandes negocios. Por eso he pensado que la galería del cura debe dar agua esta misma semana.

—Aquella gente es difícil. Resentidos, que si saben qué tramamos, nos descubren enseguida.

—Pues a afinar, que para eso está la sesera. La cosa es sacarlos de juerga con cualquier pretexto y que la gente los vea bien contentos. Luego hay que tirar unos voladores en la boca de la galería. Al poco, se correrá que ha dado agua, y tú dirás que es mentira. Entonces pensarán que hemos ocultado el reventón para comprar más acciones. La noticia llegará a Santa Cruz y antes de que los cabuqueros se hayan despertado de la borrachera, ya habremos vendido las acciones por las nubes.

—¡Pero si no hay dinero en la plaza!

—Por eso mismo. El que debe cien mil y sólo tiene cincuenta en la mano, se las gasta en acciones, creyendo que las va a vender al doble del precio.

—Así me gusta más el negocio.

—Pues a preparar las cosas. Primero la juerga y, luego, el corredor que venda las acciones aquí. Si sale la cosa bien nos redondearemos y dentro de pocos meses podremos volver a comprar las acciones casi regaladas.

—Da gusto con usted. Ve el dinero debajo de las piedras. Oiga, ¿cómo quedó don Tadeo?, dicen que se mató.

—Las cosas se arreglaron bien y puede sacar un buen pasar para las hijas. Al pobre don Tadeo lo mató más el miedo que la ruina.

XVII

Ahora tengo miedo porque cosas tan buenas sólo vienen cuando uno está para la muerte. ¡Mira que besar a una señorita tan guapa y tan fina y que ella te besara también! Algo malo barrunta todo esto. Y lo peor es estar maguado con la cabeza vuelta que te da, siempre viéndola delante con aquel vestido precioso que se le pegaba a los pechos y la dejaba desnuda para arriba. Mentira parece. Estábamos Juan, Florentín, Martín, señor Fulgencio y yo, de palique en el chamizo, cuando llegó el contratista: «Muchachos, hoy no se trabaja, nos vamos de juerga, los peces gordos pagan».

En la venta costó para arrancar a señor Fulgencio. Perrera que tiene de no bajar al pueblo. Florentín se lo echó a la pela y para delante. En el quiosco de la plaza bebimos más vino. A mí me dio un mareo y el contratista me metió en la boca una cucharada de bicarbonato. Luego me dijo que gritara «¡Viva la galería!», y yo subí a donde tocan los músicos y me harté de vocear. «¡Viva la galería!» y «¡Viva España!» Entonces Florentín se cabreó y por poco me suelta un moquete. El contratista se lo llevó y volvió a decirme que siguiera gritando, pero yo me callé y no abrí la boca más, porque los muchachos son los muchachos y siempre se han portado bien conmigo. Luego nos subimos en el coche de Pepe y cantamos «Asturias, patria querida». A Juan parece que le gustó. Cuando fuimos por la curva grande estallaron unos cohetes. «Deben ser por San Roque»,

dijo el contratista. «Pues a mí me suenan en la galería», replicó el maquinista, que ya se iba despabilando, y a mí me pareció que tenía razón.

En Candelaria almorzamos como ricos, hasta helado nos dieron, y un puro y un café. Yo le tengo miedo al mar, madre me pegaba para que perdiera el canguelo pero tan pronto me mojaba los pies me entraba un no sé qué. Los que se divirtieron bien fueron Florentín y Martín con la cabeza debajo del agua y las patas para arriba. Yo me puse, con Juan y el abuelo, a tirarle piedras a las olas. Se enfadan con eso y se hacen más grandes, pero no pudieron cogerme porque corría diestro delante de ellas.

Lo bueno empezó en Santa Cruz. Primero estuvimos en una plaza muy bonita, con una fuente toda blanca y encendida. Allí nos dieron una bebida amarga y fuerte que me hizo llorar. El contratista me dio un abrazo y luego dijo: «¡Viva la galería!». A Juan y Florentín tampoco les gustó la bebida y pidieron coñac. Señor Fulgencio se la tragó de golpe y pidió otro vaso. Yo entonces me puse a beber anís. Para mí es la gloria...

Entonces los muchachos hablaron de mujeres y el contratista mandó buscar un coche. En el asiento de atrás Martín tocó una isilla y todos cantamos «La Farola del mar». Enseguida llegamos a donde trabajaba ella. Estaban todas como aburridas, sentadas en un salón muy bonito con un mostrador encarnado y muchos espejos. Cuando llegamos nosotros, los músicos empezaron a tocar y Florentín se agarró a una de las señoritas, pero ella no quería bailar. El contratista pidió copas para todos y las mujeres se hicieron amigas de los muchachos. Todos bailaron, Florentín, Juan, Martín, el contratista y señor Fulgencio.

Yo me quedé mirando a la señorita del traje verde y ella me dijo que si le compraba cigarros. Trajeron una caja y el que la despachó le dio, también a ella, una ficha de parchís. Luego se llevó la botella que estaba casi llena y puso otra vacía. Le pregunté a la señorita por qué era eso y se echó

a reír. Tenía los dientes blancos y limpios como una ola. Y los ojos verdes y grandes que eran un milagro. Para mí, que era como la Virgen del pueblo. También le dije eso y se echó a reír. Luego me pidió que bebiéramos y el hombre trajo otra botella y le dio otra ficha de parchís. Cuando volvieron los muchachos con las señoritas, la del traje verde se llevó la botella y trajo otra sin estrenar. Entonces empezaron los besos pero yo no me atrevía.

La señorita me sacó a bailar. Florentín salió con otra y le tocaba los pechos. Yo le pedí permiso a la que estaba conmigo y se echó a reír. Estaban tibios y amorosados como la barriga de un gato. Luego ella se apretó y la olí toda, olía a finura. Luego ella se separó y me dijo que tampoco para eso valía y que era como un niño. Me preguntó si tenía mucho dinero y le enseñé el pañuelo con los diez duros que me dejó madre el sábado. Se enfadó y fue a sentarse. Yo me eché a llorar. Lo bueno es que el contratista habló con ella y se le pasó el disgusto. Vino conmigo y me besó en el cachete. Mi madre me besaba así antes de que empezara a pegarme por tonto. Pero la señorita olía mejor.

Nos sentamos en la mesa y a mí no se me quitaba el sentimiento. ¡Era todo tan bonito!

Lo que no entendía es por qué las señoritas derramaban los vasos por debajo de la mesa en vez de bebérselos. El contratista estaba borracho y cada poco sacaba dinero de la cartera. ¡Dichoso él que lo tiene! Los músicos dijeron que era un señor de verdad. Se había sentado a la mesa y bebía con nosotros. Entonces vino el susto: el señor Fulgencio se fue a donde tocaban los músicos, nos llamó cabrones y putas y, el muy cochino, se dejó orinar desde arriba. Su señorita fue a buscarlo y le regó la cara con un sifón. El vejete chillaba como un condenado y abajo todos se reían.

A mí me volvió el sentimiento y se me saltaron las lágrimas. La señorita volvió a besarme y me pidió que le

comprara cigarros. Yo le dije que sí y volvimos a bailar. Entonces yo le dije que si quería casarse conmigo y ella se rió más que nunca. Luego todos se rieron de mí. Después Martín le metió la cabeza por la guitarra a un músico, pero la cosa se arregló y una señorita se quitó la falda. La mía se llamaba Amalia y no quiso quitársela; me llevó al mostrador y, por cada copa que le servían, volvía a coger una ficha. Le pregunté para qué las quería y me dijo que eso era su trabajo. Yo le hablé de la carretilla y de lo oscuro que está la mina y ella me dijo que lo suyo era peor. Como que no conoce la galería...

Al fin se apagaron las luces. Amalia se fue a un cuarto y regresó con un fajo de billetes. Yo me fui con ella a la carretera a tomar el fresco. Pero en esto llegó un taxista, la cogió del brazo y la subió al coche. A mí no me dejaron subir. Dijo que era su hermano y que se la llevaba a casa. Me tiró un beso con la mano y me pidió que volviera pronto. Para mí que algo malo tiene que traer esto, porque lo bueno nunca viene solo.

En el salón bonito se había armado una buena. El contratista llamaba ladrón al dueño y no quería pagar. Entonces llegó un señor muy fino que habló con los dos y arregló la disputa. Entonces el contratista pidió más bebidas y yo me dejé dormir sobre la mesa. Cuando me desperté, Juan y el contratista se estaban insultando por no sé qué del agua y de la galería. Juan y el señor Fulgencio se vinieron conmigo a dormir debajo de una platanera. Los otros dos se marcharon con el contratista y las señoritas.

El viejo y Juan seguían discutiendo.

—No debían haber ido con él después de saber para lo que había sido la juerga.

—Lo mismo da, ¿a nosotros, qué nos importa eso?

—Por mí que se pudran todos.

Yo no podía dormir porque tenía la señorita delante con el traje verde y los dientes bonitos.

—Juan, ¿estás dormido?

—No...

—¿Te gustó la señorita que estaba conmigo?

—Sí...

—Se va a casar conmigo.

—...tonto...

Y Juan está engañado. Como mi madre. Tonto es el hijo de doña Emilia, que no sabe hablar y se pasa el día mustio. A mí me gusta trabajar y el sol que calienta el cuerpo, y el anís y la señorita que me dejó maguado. Lo que pasa es que no entiendo bien las cosas. Pero no soy tonto.

XVIII

Miró a todo lo ancho del paisaje y se sorprendió llorando. ¿Era la luz rabiosa del mediodía que rebotaba en las pardas tierras del valle y que cabrilleaba en el ahora blanquecino mar la que hería los cansados ojos, o el dolor venía de más adentro, del corazón viejo en trance de despedida? Lo sabía ya, aquella misma mano amiga y clemente que le ayudara en los peores años y que ahora llevaba con igual sencillez y bondad el báculo pastoral, había ordenado su relevo; después de las fiestas patronales vendría el nuevo párroco y él marcharía a esperar su muerte en el mismo pueblecito norteño que un día le viera nacer.

Lo sabía y le dolía aún más pues venía a ser como un morir anticipado. A la otra muerte había creído que no le tenía miedo; de tanto tratarla en viáticos y funerales la tenía por fiel amiga y hasta gustaba de ver aquella casulla blanca con la que cantara la primera misa y que sería su mortaja. Pero esto de dejar la parroquia era distinto. Algo como arrancarle el cuerpo en vida y sin anestesia para quedar en el mundo como un alma en pena, sin el calor amigo de las cosas que han vivido y envejecido con nosotros. Dolor hondo, pena dura que aún había de cumplir por el escandaloso pecado que cargaba sobre sus hombros.

Pocos meses faltaban para la partida, y en ellos todo cuanto había sido su vida, el pueblo, pequeño y empinado, sin otros árboles que los laureles de la plaza, los caseríos desperdigados por el valle, los campos grises y secos, los

sarmentosos y oscuros barrancos por los que la isla siente y añora los ríos que nunca tuvo, el saludo amistoso de la feligresía, la campana llamando a misa, las voces de los niños en el coro, tantas cosas cotidianas, a diario mudas e inadvertidas, cobraban con la inminencia de la separación unos atractivos desconocidos. Era como si las escamas de la rutina hubieran caído de pronto y el ojo virgen y enamorado volviera a descubrir el mundo. El amor con que estaba clavado al suelo donde vivió, pecó y penó, que, ahora, con la raíz cortada, se hacía doliente melancolía.

Con todo, había que prepararse. Afrontar la prueba con valentía. Ya el huerto no era suyo. Tuvo que venderlo para ayudar a tanto pobre engañado con el falso reventón de la galería.

Los codiciosos tendieron bien la trampa. Muchas mujeres del pueblo compraron acciones con los sudados ahorros que los maridos les habían enviado de Venezuela. Después, los llantos y la desesperación. Menos mal que con el dinero de la finca se pagarían las cuotas de dos años y para entonces, si Dios no quiere otra cosa, la galería habrá dado agua. Pero en la capital y en otros pueblos, ¡cuánta desgracia y cuánto dolor sin reparo alguno!

Se estaba despidiendo. Había perdido el canto de los pájaros sobre la arboleda del pozo, el dulzor de las uvas que pintaban para agosto sobre las paredes de las huertas; ya no tendría fruta para los chicos, flores para la Virgen ni crisantemos para los muertos. Sin embargo, perdida la pequeña y querida propiedad, advertía que todo el valle era suyo y que estaba ligado a él por un amor limpio y generoso, del todo libre de orgullo y sensación de propiedad.

Tampoco a ella debía olvidarla. Bien claro lo decía la cláusula de su testamento: «... por el celo con que me atendiera y en pequeña reparación al mucho mal que le hice, lego cien mil pesetas a la que fuera mi sirvienta, doña...»

Le costaba recordarla. Era como si aquello que pasó le hubiera ocurrido a otra persona, como si fuera una historia más de las vertidas en su confesionario. Algo lejano a la vida de hoy que podría tenerse por irreal si no fuera el remordimiento. Se atormentaba preguntándose si en tal olvido no habría mucho de egoísmo. Si a lo peor, nunca hubo amor, sino grosera y pura lujuria. Si así fuera, más grande el pecado y más dura la expiación.

El problema estaba en saber quién, de verdad, era. Y aún al final de su vida seguía sin conocerse. Cuanto más quería unirse a Dios, más le atraía la tierra. Este mismo amor-dolor por el pueblo que había de dejar en el que mezclaba el cariño a las personas con el puesto en las cosas, ¿estaría libre de paganismo? Y ese afán suyo de enderezar lo torcido, lo mismo las ramas de un frutal que la marcha de un negocio como la galería, o la conciencia de un hombre, ¿estaba inspirado en el amor a Cristo o en la devoción por las cosas rectas y en su verdadero orden? Cuanto más indagaba, mayores la duda y la zozobra. Historias sabía de santos que dejaron el mundo y atormentaron su cuerpo para sentirse más cerca de Dios. También de otros, papas y reyes, que conocieron la gloria en la tierra y en el cielo. Pero nada de esto podía quitarle esa sumergida tristeza por los días y las cosas que se van, y que ahora le crecía y le estallaba dentro como un castillo de fuegos artificiales. Seguramente debía ser la gran prueba del Señor, la afilada cuchilla por la que debía andar sin desesperarse antes de que le fueran abiertas las puertas.

—Buenos días, don Jesús.

Volvió los ojos, ciegos de luz, y hubo de parpadear varias veces antes de reconocerlo. Era Juan.

—Fui al pueblo para hablarle de la boda, y me dijeron que había subido hasta aquí.

—Este risco es bueno para despedirse, y yo ya me estoy despidiendo.

—Ya sé que vendió la finca.

—Y yo que tú no sabías lo del engaño.

—En lo que haya dinero habrá porquerías como ésa.

—Tú queriendo cambiar el mundo.

—Y usted poniéndole parches para que siga igual.

—¿Te parece mal?

—Inútil sí que me parece.

—¿Tú qué harías?

—Yo perdí la guerra. Sólo me queda esperar. Algún día los hombres se cansarán de vivir entre tanta basura y quemarán el dinero. Entonces no habrá ladrones, ni pobres, ni ricos, ni hará falta policías ni gobierno.

—Muy grande es tu fe.

—Es lo único que no han podido quitarme. También la suya es grande.

—La tuya es más difícil; yo sé que sólo la segunda venida del Mesías traerá la paz a la Tierra. Según tú, los mismos hombres lograrán implantarla. Y esos hombres te han maltratado.

—A usted también.

—Pero yo sé que están enfermos por el Pecado Original.

—Y para mí el pecado original es el poder y la riqueza. Cuando sean barridos de la tierra, la gente no tendrá por qué ser mala.

—¿Cómo haces para creer eso?

—Me basta tener los ojos bien abiertos. Ahora lo tengo a usted delante; a usted más pobre que yo, y sé bien que es un hombre bueno.

Otra vez don Jesús tuvo que pasarse la mano por los ojos. Culpa del sol o de lo que fuera, habían saltado unas lágrimas.

XIX

Empezaba a sentirse Alcalde. Durante los primeros meses no conseguía identificar del todo el cargo con su persona. Le apuraba el saludo militar de los guardias, la cortesía del secretario y la sumisión de los concejales en los Plenos. Bueno, eso de la sumisión tiene su historia, porque el alcalde anterior, que le había cogido gusto al sillón, quiso seguir con el mangoneo desde fuera, valiéndose de sus amigos y antiguos compañeros. En la primera sesión todo fueron pegas y zancadillas, a la segunda el panorama había cambiado. Cuestión de apretar bien los tornillos. Por algo había averiguado quién era el testaferro de que se valía cada grupito para adjudicarse la subasta de los montes y otras cosas más de las que era mejor no hablar, porque si se tira de la manta sabe Dios la que se armaría.

El venenillo de la política se le había clavado muy dentro. ¡Como que le estaba costando sus buenos cuartos! Ahora mismo tenía delante a un plumífero aficionado dispuesto a sacarle una entrevista. La primera pregunta lo dejó perplejo:

—¿Objetivos de la nueva política municipal?

Como en un mapa abierto podía ver todo el término, con sus angustiosas necesidades. Barrios incomunicados a los que apenas podía llegar el médico en casos de extrema gravedad y tras varias horas de camino por veredas empinadas y peligrosas; gente viviendo hacinada en casas mise-

rables e insalubres; carencia de los servicios de agua potable, electricidad y teléfono; falta de escuela y de un dispensario. Una larga lista que llenaría varias cuartillas de una posible carta a los Reyes Magos; pues, si se consideraba lo mucho que quedaba por hacer y las necesidades del Municipio, el porvenir se presentaba muy negro.

—¿Qué piensa hacer en los barrios? —dijo el gacetillero para ayudarle un poco.

—Los barrios están muy mal, pero el Ayuntamiento es pobre y si no vienen ayudas, poco se puede hacer por ellos.

El reportero meditó unos momentos y luego escribió de corrido:

—Nos proponemos afrontar cuanto antes el problema de los barrios dentro de las posibilidades económicas del Ayuntamiento y contando con las generosas ayudas estatales que en este caso, como en otros, no han de faltar. Vías de comunicación, agua, luz y teléfono para los barrios, son los objetivos inmediatos de la actual corporación.

—¿Cómo piensa resolver el problema del agua?

Pues no preguntaba nada el hombre... Como si él poseyera la varita de Moisés y sólo tuviera que tocar las rocas.

—Pues verá usted, la cosa depende de la galería. Si da agua, estamos salvados; si no, poco o nada tenemos que hacer.

—¿Dará agua pronto?

—A lo mejor sí. Está emplazada en buena zona y andan ya por los dos mil metros, así que cualquier día puede dar el reventón.

—¿Puedo poner que se espera el alumbramiento de un día a otro?

Estaba visto que no ganaba para sobresaltos. ¡Menudo revuelo si aparecía eso en el periódico! Las acciones tirarían para arriba precisamente ahora que convenía tener la cosa agazapada para ir comprándolas a bajo precio.

—No; con eso hay que tener mucho cuidado, pues puede perjudicarse a mucha gente modesta. Es una cuestión social muy delicada.

El reportero adornó la cara con un guiño de entendimiento.

—¿Tiene muchas acciones el Ayuntamiento?

—Eso es cosa de particulares, pero el Ayuntamiento les ha brindado siempre todo su apoyo moral...

El alcalde seguía con la pulga detrás del oído. Estos periodistas venga a preguntar y a liarlo a uno...

—Ya le dije que todo esto es muy delicado y que hay que poner mucho cuidado en lo que se escribe.

—Esté tranquilo, don Manuel. Yo estoy especializado en estas cosas y sé bien lo que me hago. Mire cómo ha quedado la contestación: «El problema del agua potable ha entrado en vías de solución con la apertura de una galería que, magníficamente emplazada y en avanzado período de construcción, habrá de satisfacer las necesidades del vecindario, al tiempo que hará posible una total transformación de la agricultura en esta zona, llamada a ser un primer emporio de riqueza.»

—Eso salió muy bien.

—¿Lo ve usted....? Si quiere podemos poner algo de las escuelas.

—Faltan unas cinco, y a las pocas que hay no van los niños, pues los padres los mandan al monte a buscar pinocha. Puede poner que para el año próximo inauguraremos un grupo escolar.

—Veamos si le gusta así: «Con la pronta puesta en servicio del nuevo grupo escolar, cuya construcción toca a su término, se dará un decidido paso hacia la solución de este importante problema, al que seguirán nuevas realizaciones en los distintos barrios, pues estamos convencidos de que la Enseñanza Primaria es la columna vertebral del desarrollo espiritual y material de los pueblos.»

—Le quedó muy bonito. Se ve que siente la cosa.

El plumífero cogió al vuelo el decir socarrón del alcalde y se amoscó un poco.

—Bueno, si quiere, dejamos aquí la entrevista.

—¿Cuándo va a salir eso?

—En el extraordinario del 18 de julio.

—Pues que me guarden diez ejemplares. Son para mandar a Venezuela...

—Descuide, que se los guardarán.

En la fecha convenida apareció el artículo. Venía en tercera página con grandes titulares: «El Valle de Tenesora, hacia un engrandecimiento cultural y material. Viviendas, escuelas y vías de comunicación en un vasto plan de obras municipales.»

La foto no quedó muy bien; el fotograbador quemó el cliché y el alcalde, que más bien tiraba para rubio, salió renegrido. Pero de todas maneras se le conocía y la entrevista fue un éxito. Se comentó mucho y le llovieron felicitaciones.

Claro que nunca falta el mala leche. Su antiguo rival en la cobranza de recibos se fue de la lengua en la Plaza de Weyler: «Con tanta obra, Manuel se acabará de forrar. ¡Bobo es él para no meter la mano en el río de billetes que va a costar todo eso!». Calumnias que echan al aire los resentidos y que encuentran quien les haga caso.

Tras poner la última dirección en la faja de los periódicos releyó con gusto las declaraciones. ¡Mentira le parecía que fueran tuyas! ¡Qué dirían los primos de Venezuela, tan fachendosos con sus «carros» y sus televisores, al verle hecho un personaje!

Para él Venezuela estaba en Tenerife y su fortuna había sido la galería. Con ella había empezado a levantar la cabeza y aún habría de subirla más arriba. Se imaginó pronunciando discursos e inaugurando obras en un pueblo renacido por la riqueza de los regadíos. Entonces se podría hacer de verdad todo cuanto había escrito el periodista y se acabaría la miseria del valle. Distraídamente miró a lo lejos, allí donde la bruma cubría la boca de la galería. «Tienes que dar agua, mi niña; tú siempre fuiste buena conmigo.»

XX

Florentín y Marcos se habían marchado una hora antes. Fueron al pueblo para comprarse unos zapatos. Como que se habían tomado en serio lo de la boda. Buenos amigos que son. Y él tan tranquilo. Mañana, no más, les echaba don Jesús la bendición, capricho de Antonia, y ahí estaba él en el frente, pudriéndose de calor como todos los días.

Sin embargo, esta tarde se sentía más ligero, debía ser por eso del casorio y por la semana de vacaciones que, tan pronto como terminara «la pegada», iba a tomarse. Se iría con Antonia a un pueblo del otro lado de la isla y se pasaría los días tumbado debajo de los árboles y viendo pedazos de cielo entre los huecos del ramaje. Igual que en Asturias cuando salía de la mina. Pero qué lejano aquello y qué cerca en el dolor: Magdalena.

Mentira parece, pero la recordaba ahora más que nunca. Era como si el nuevo amor por Antonia regara la raíz de aquel otro, bien clavado, y lo hiciera verdecer. La veía con aquel traje azul cerrado por delante con una larga fila de botones, con aquel otro escocés del que tanto se burlara, con el gorro asalmonado que le ponía la cara más blanca y bonita bajo la nieve. Se presentaba en cualquier momento como una tibia ola que le empapaba de melancolía y sueños sin sentido, que le dejaba ausente, distraído, navegando en la añoranza y en el desconsuelo. El médico de la cárcel lo llamó neurastenia; Florentín, pájaros negros en el cerebro; Antonia, «mustios que se ponen los hombres, como las

plantas, de no coger el sol». Pero él sabía que todo eso no tenía más que un nombre: Magdalena.

—¿Te echo una mano, Juan? En este viaje termino con la carretilla.

—No hace falta. Espérame fuera.

—Yo, por si te encontrabas flojo con eso de la boda, aunque la flojera me parece que vendrá después.

—¡Pues mira que tú! Esa semana que vas a pasar en la Punta es como otra boda.

—Y dilo. ¡Mujer y barca! ¿Quién quiere otra gloria?

Volvió el calor. El asqueroso pulpo que se enroscaba por todo el cuerpo, que se metía por los poros, los ojos, la boca para revolver las entrañas y quemarlas a fuego lento. Mañana sería distinto, y los días que le siguieran mejores aún.

Un hombre necesita compañía. El lecho solitario lo hace triston y egoísta. Apenas si sabe gustar de lo poco bueno que hay en el mundo. Con Antonia las cosas cambiarían. La deseaba. Quería su olor, su misterio, su silencio. Fuerte y esbelta como una palmera, tan fría por fuera y cuánto ardor por dentro. Buena que tenía que ser en las caricias, limpia y ordenada en la casa.

A lo mejor, cuando la galería diera agua, se pondría a trabajar bajo el cielo. Así estaría más cerca de ella y hablarían a la hora del almuerzo y hasta le traería los niños para que jugara con ellos. Los niños... ¿Para qué mundo irían a crecer? Su amor por ellos se uniría al amor a esa otra que perdió, pues cuanto más envejecía y más joven quedaba el recuerdo de la muerta, más la iba haciendo hija que amante. ¿Hasta cuándo, Magdalena, hasta cuándo su tristeza...?

Hay que volver la cabeza, hay que dejar los muertos a la tierra. Tenía que acabar cuanto antes el trabajo, abandonar la oscura cueva donde el maldito calor se come los nervios,

y correr hacia el aire, hacia la casa de Antonia, que le aguardaba guapa y bien compuesta en el pequeño patio de la casa.

Ya el martillo abrió el último agujero. Demasiado profundo. Como que con tanto cavar se le fue la mano. El barreno quedaría muy hondo. Tendría que ponerle una mecha más larga. Basta de pensar y cuidado con lo que se está haciendo: cada cartucho con su mecha —que los dientes aprieten bien el fulminante—, cada cartucho a su agujero —cerrar la llave del aire—, fuego a las mechas y a correr al resguardo.

Suena bien, suena a fresco, el chisporroteo del fuego corriendo hacia la dinamita. Será porque venía a decir que el trabajo había concluido, que el cielo, la luz y el frescor de la tarde estaban cercanos. Corrió hacia el chucho sin volver la cabeza. No notó nada ¿Cómo iba a percibir el oído ese leve ruido de la mecha que se ha desprendido de un cartucho, precisamente de aquel que dejara colocado en el taladro hondo? ¿Cómo iba a percibirlo si en los oídos sonaban otras voces y otras músicas? ¿Es que a un hombre en vísperas de su boda puede despertársele de pronto ese sexto sentido que ve venir la desgracia?

Una vez más vio la bola de fuego arder en la oscuridad de la galería y advirtió el paso de las piedras silbando, mientras iba confundiendo la cuenta de los barrenos con la de los días que estaría descansando junto a su mujer. Cuando se apagó el del último cartucho anduvo ligero hacia la salida.

* * *

—¡Calla con la guitarra, puntero! Si sigues así me dolerá la cabeza.

—La marcha fúnebre la voy a tocar, a ver si alegra un poco la cara, viejo agrio.

—Sordo y tonto me estás dejando. Hoy no acerté con la cuenta de las explosiones.

—Ni falta que le hace. ¿Es que se va a hacer ingeniero?

—No, es la costumbre de muchos años.

Como siempre, los dos discutiendo. La gozan así y lo mejor es dejarlos.

Bonita la tarde, tan clara que se veía la isla de La Gomera en el mar, como si estuviera a un tiro de piedra. Y fría el agua del cubo que arrancaba el hedor y el mugre de los sudores. Pronto se metería el sol bajo el agua y era cosa de aprovechar las últimas luces para llegar a casa de Antonia. Luego regresaría para pasar su última noche en el chamizo. Mentira le parecía volver a dormir sobre sábanas limpias, aun cuando le había cogido cariño al lecho de paja.

—¿Ya vienes, Martín?

—Sí, me voy un rato al pueblo.

Y los dos hombres caminaron cumbre abajo, hacia la vida; dándole la espalda a la galería, en cuyo recóndito corazón de piedra la suerte había dejado un cartucho sin explotar, preparado ya para la desgracia.

XXI

Mejor en la galería que en la casa o en el pueblo. Aquí dentro todos son iguales; y Marcos como los demás. No pega madre, ni se ríen los hombres, ni los chicos te hacen rabiar. Se está como en la gloria y el calor no es tan malo como dicen. Se aguanta bien si se bebe poca agua. Los muchachos creen que tengo la sangre gorda, que llevo corcho por dentro en lugar de carne. Será por eso. No se lo dije a la señorita del traje verde. A lo mejor le hubiera gustado. ¿Quién sabe...? Juan sí tuvo suerte. Desde ayer está casado. ¡Fue tan bonito!

Hicieron un altar en la sala y don Jesús se puso la ropa de misa para echarles la bendición. Ella estaba con un traje de los buenos, y Juan, con camisa y zapatos nuevos, más encarnado que un tomate. Luego, Martín tocó la guitarra y empezaron con bandejas de dulces y las copas. Aquello fue un gusto. Me hinché de anís. Florentín cogió una perrera y le dio por abrazar a Juan y consolarlo como si estuviera de duelo. Antonia se amoscó con el relajo y le dijo que estaba mareado. Mi hermana se lo llevó afuera y se tumbaron sobre la rollera. Martín se echó a reír y dijo que lo que a mí me faltaba le sobraba a ella. El aparejador se portó como un caballero. Me regaló un puro. Cuando me preguntó si tenía novia fui a decirle lo de la señorita que me besó en el baile, pero no pude. A veces se me para la lengua. Juan sí tuvo suerte. Todos tienen mujer, menos yo. Aquello me dio sentimiento y me eché a llorar. Madre quiso

castigarme para que me callara, pero Florentín, que ya estaba bebiendo otra vez, se metió por medio, y escapé. Es bueno. Dice que cuando la galería dé agua me llevará a Santa Cruz para ver a la del traje bonito.

La galería está rara sin los compañeros: Juan, que tuvo suerte, Martín, para la Punta, y Florentín que no vendrá hasta media tarde. Para cuando le tenga sacado el escombros.

Mucho trabajo para un hombre, pero con paciencia y saliva todo se hace. De cada viaje saco vagoneta y media con el reboso que le dejo encima, y así se acaba antes. Cuando llegue Florentín estaré terminando. Y es que camino deprisa y sin miedo por la oscuridad. Como que veo dónde puedo tropezar. Los muchachos dicen que tengo ojos de gato. No es verdad. Los míos son negros. Más de gato los de ella, tan verdes y bonitos. Lo que pasa es que soy muy raro. Sé cómo huelen las nubes cuando va a llover y veo bien de noche. A los gatos se les encoge el negro de los ojos cuando baja la marea. Eso no me pasa a mí.

Con ésta van cinco carretillas y en los diez viajes se me ha presentado la señorita. La he visto como aquella noche en el salón bonito de los espejos. El traje pegado a los pechos y de ahí para arriba, blanca y desnuda. La vi y me llamó como para que la besara. Lo que yo digo, algo barrunta todo esto, pues cosas buenas sólo vienen cuando uno está para la muerte.

Florentín debe andar cerca. Cuando salí la última vez al aire, la sombra del risco cubría ya el pueblo; debían ser las cinco de la tarde. A ver si viene y con la compañía se me va tanta magua. Miedo le estaba dando ya estar solo. Pero con tanta cosa en la cabeza, la última vagoneta estaba por llenar. Luego llegaría el cabuquero y se enfadaría, pues quiere el frente limpio para poder trabajar a conciencia. Parece que se oyen sus pasos. Florentín que llega puntual. No puede ser porque suena a pisadas de zapatos y el compañero se ponía unas alpargatas. Además, se sentía que

tropezaba y Florentín conocía el camino. ¡Madre, a ver si era la señorita guapa que venía a buscarlo! Lo mejor era esconderse entonces para que no le sorprendiera en cueros.

No era ella, era Florentín medio borracho todavía, que no se había cambiado el calzado. ¡La fogalera que debió seguir en el pueblo cuando acabó la boda! Sudaba y se derretía como si hubiera trabajado las cinco horas. Mal cuerpo que deja la bebida.

—Abre más la llave del aire. No sé cómo puedes trabajar con este ahogo, claro que tú tienes la piel de lagarto.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque no hay quien te haga sudar, condenado...

Florentín enchufó la manguera del martillo y se fue con él hacia el frente. Hizo por levantarlo, pero se le fue de las manos.

—Ven acá y ayúdame, que estoy que no me tengo.

* * *

Si tengo ganas de trabajar que el diablo venga y me escupa el culo. El deshueso de las copas, que dejan a uno momio y cansado. ¡Y qué seguras, madre! Había que ver aquí los ricos. La de ellos sí que es vida: ¿que amanecen con resaca?, pues a dormir en la camita y que otros trabajen por su cuenta.

Tenía que hacer el metro de perforación como fuera. Cuanto antes mejor. Si terminara pronto se iría a nadar a la playa; de noche, que es cuando el agua está más buena. De esa manera saldrían las revolturas del cuerpo y quedaría nuevo para el trabajo. Si Marcos ayudara podrían cubrir el hueco de Juan y Martín. Luego, cuando volvieran, se encontrarían con el jornal ganado. Ése sería su regalo de boda.

El martillo pesa como nunca, mal amañado sobre todo. Se le escurría al levantarlo para clavar la broca en la frente.

—Ven acá y ayúdame, que estoy que no me tengo.

Marcos vino trotando como un perrito. Bueno y fiel que es apenas encuentra cariño. Fuerte y duro para el trabajo.

La punta de la broca resbalaba sobre el duro dique. Marcos la sostenía con una mano mientras los dedos de la otra buscaban un lugar donde apoyarla.

De pronto notó que el martillo se hundía en blando y quedaba clavado en el frente. ¿Qué fue antes, la premonición del barreno, o el gesto mecánico de apretar los gatillos? Sólo pudo ver cómo el sol se le echaba encima. La sintió dentro, como si de siempre estuviera preparado para conocerla. Quiso negarla, pero ni el dolor le respondió.

* * *

No más poner la broca en el agujero, el espejo saltó y le quemó los ojos, más fuerte que cuando aquella niña le encandilara en la escuela con un cristal. Y también los oídos estallaron y sintió cómo se rompía todo por dentro. Entonces escondió la cabeza contra el pecho de la madre porque se había vuelto chiquito y lo tenían en brazos. Como cuando no le pegaban los padres y le hacían gracia alrededor de la cuna. Pero el colchón se hundió y caía despacio, despacio, muy despacio desde lo alto. Y él corrió, pero tenía los pies de hierro y no podía moverse; estaba pegado al suelo como si tuviera raíces. Luego sintió el golpe de su cuerpo contra el piso y un dolor más fuerte en la nariz, pero no debía ser verdad, porque él seguía caminando, corriendo, ligero como una pluma, casi sin tocar el suelo, hacia el salón de los espejos. Ella venía hacia él. Era la Virgen del pueblo toda llena de joyas. Pero no, no era Ella. Era más guapa y más joven. Era la señorita de los ojos verdes que quería casarse con él, que le abría los brazos

para bailar. Ahora no le tenía miedo, ahora era todo bueno y bonito. Sólo tenía que saltar para alcanzarla. Se dejó caer agarrándose —niño— al hombro de la madre y, otra vez crecido, cogió a la señorita por la cintura y empezó a bailar como un artista, pues ya el cuerpo se le había desprendido y se sentía desnudo y libre.

* * *

Apenas necesitó un segundo para saber lo que había pasado. No había terminado el ruido de la explosión y ya supo que la muerte estaba dentro de la galería. Barreno quedado, una de las trampas que la galería tiende a los hombres que le hurgan las cosquillas. ¡Putita maldita! Con razón le salió mal la cuenta de los barrenos la víspera de la boda. Con toda seguridad que la punta del martillo había cogido el cartucho y despertó a la dinamita.

Apenas un segundo para que las ideas cruzaran como relámpagos en el cerebro y para que la voz, rota, angustiada, ininteligible, diera los tres primeros gritos de socorro.

La llamada cayó en el silencio del valle, rebotó desfigurada en los resonadores de los barrancos. El muchacho que cuidaba las cabras más abajo oyó y, asustado, repitió el grito: «¡Socorro, piden socorro!» Y la voz corrió de boca en boca; el corazón del pueblo se paró un momento, los hombres dejaron la azada; las mujeres, en el quicio de las puertas, con los chiquillos agarrados a la falda; todos los ojos girando como faros a la busca de la desgracia. Pero, ¿dónde?, ¿a quién? Sólo la voz perdida podía decirlo. Y el aire, quieto, trágicamente quieto, preñado de silencios, ya con olor a sangre y a muerte.

Señor Fulgencio corría por la galería. A los pocos metros, perdió la luz y un saliente del techo le golpeó la cabeza. Luego un tropezón en el piso que le dejó tendido en el suelo. Así no se podía seguir. La sangre le inundó los ojos. Vuelta atrás a por el candil. Fósforos que se apagan y que

queman en los dedos que no aciertan, que tiemblan. Otra vez en la galería, repetir los pasos adelante; pero ahora llegaba la bocanada de humo y tierra que escupiera la explosión. Los pulmones hinchados de aquella porquería, los ojos que arden y lloran. Hay que agarrarse a la pared para no caer. Toser con fuerza a la primera entrada de aire limpio. Olvidarse del quemor de los ojos y seguir la marcha.

Por encima del charco del tercer chuzo se sintió aliviado; lo malo es que el corazón encogido le latía como el motor del martillo. Sin querer, sin sentido alguno, se oyó gritando ¡Florentín! ¡Marcos! Voces inútiles en la clausura de una tumba.

Sabía que Florentín estaba muerto. Ningún cabuquero puede escapar a una cosa así. Hubo uno que lo hizo pero ciego para siempre. Peor eso que la muerte.

Marcos pudo tener más suerte. Si lo cogió lejos del frente, a lo mejor escapaba.

¡Saca fuerzas, viejo, como cuando mataron a tus hijos; endereza las piernas y para los temblores, que estás solo en la galería y tienes que socorrer a los compañeros! El último chuzo y Marcos sin aparecer. Malo para el muchacho. Cincuenta metros más adelante y la cosa ya no tendría remedio. ¡Fuerzas, viejo, que esta puta te ha matado a otros dos hijos!

No se entretuvo mucho con Marcos. Años tenía para saber cuándo un hombre está muerto. Todo reventado como si el cartucho le hubiera estallado dentro. Era mejor no mirarlo. La cabeza se le iba con tanta sangre. Oyó a Florentín. Mentira parece, pero le tenía de pie apoyado contra el frente. Resollaba como una bestia cansada. Se acercó a él y el candil se le fue de las manos. Tenía la broca clavada en el pecho y con cada respiro le brotaba un golpe de sangre. Debía estar ensartado a la pared por el hierro. Pero había

algo peor. No tenía más que un ojo y de la cuenca del perdido brotaba un chorrillo escarlata.

Alguien vio el grumo de la humareda sobre la cumbre. Alguien que gritó: «es arriba en la galería». Y todo el pueblo se puso en marcha. Faltaban veredas y los pies cortaban camino trepando por peñascos y precipicios. Ya todo el valle era un concierto de ayes y lamentaciones. Ya los niños habían enmudecido por el miedo. Ya la pareja de la Guardia Civil se había echado los mosquetones al hombro y caminaba hacia el lugar del suceso.

Nadie tuvo que entrar en la galería porque ya salía el viejo con los hombres sobre la vagoneta. Marcos yerto y Florentín resollando todavía. ¿Fue el aire de la tarde, el frío de las heridas la última gracia de la muerte, la que animó el desgarrador, sobrehumano grito de Florentín que durante largos años seguirían oyendo las gentes del valle? ¡Quiero vivir, no me dejen, quiero vivir!

Al grito contestó un coro de lamentaciones y de llantos. Florentín fue bajado en una manta hacia el pueblo. De cuando en cuando, lo abrupto del terreno y el cansancio de los portadores hacían rozar el bulto en el suelo, dejando una huella como la del buen toro arrastrado. Pronto la manta se empapó y el goteo de la sangre humedecía el surco recién abierto.

El médico no hizo falta. No tenía nada que hacer. Si acaso extender un certificado y ordenar el traslado al depósito.

Arriba quedó Marcos, sonriendo a la muerte hasta que lo cubrieron con una manta. Sobre su cabeza, el dedo de una mujer piadosa trazó una cruz en el polvo. La última luz de la tarde agrandó la sombra de la pareja de Civiles que custodiaba el cadáver a la espera de la justicia.

Al viejo nadie le quitó la sangre. Se había escondido en el chamizo y no podía llorar. Ahora camina sin tino hacia

la galería. La golpea fieramente y se rompe los puños contra la piedra.

—Hija de puta, mala hembra, ¿querías sangre para parir? Querías sangre de macho, ¡grandísima puta! Ya estarás contenta, grandísima cochina, ya estarás bien harta con dos hombres...

XXII

Como antes, los dos solos. Como tiene que ser. A primera hora de la noche le avisaron de la desgracia. No quiso saber más, no tenía por qué pararse en el pueblo. El coche lo dejó en el camposanto. Y están solos, como antes, la madre con el hijo. Como cuando era el primero y el padre estaba en el cuartel; antes de que llegaran los otros.

Florentín fue siempre distinto. Ansioso desde que empezó a andar, la comida se le hacía poca, el cuarto pequeño; quería más de todo siempre. De pequeño se le escapaba al mar y se le metía en el agua sin miedo ninguno. Subía al bosque y volvía con los labios manchados de moras y los brazos arañados por las zarzas. Se le escapaba, se le iba de ella y no podía retenerle porque era un torbellino, porque quería hacerse hombre a toda prisa.

Ahora había vuelto. Lo tenía quieto sobre la mesa. Más junto a ella que nunca, como cuando era niño y estaba dormido. Bien sabía ella que nunca creció del todo. Con tanta prisa por ser hombre no tuvo tiempo de dejar de ser niño. Por eso lo castigaron tanto cuando estalló la guerra.

Ya no podía correr, ya no podía ir detrás de las muchachas, de la música y del vino. Estaba desnudo, como cuando vino al mundo, sin fuerzas para espantar las moscas. ¡Pero no llores, mujer!, deja que las lágrimas corran, pero no grites. A lo mejor te está oyendo y le da sentimiento.

Los hermanos, sin saber nada. Allá en Venezuela como todos los días, en el trabajo. Quién sabe si tendrían un presentimiento. La fuerza de la sangre es mucha pero en la vida se dan cosas terribles; cuántos hijos bailando allá, mientras sus padres están de cuerpo presente. Tal como está él, aunque no acabara de creerlo. Listo para criar hierba. Y ella que lo quería casado, que se enfadaba con tanto enredo de faldas, que deseaba nietos. Mas eso sería pararse, y él no tenía tiempo. Siempre con prisa, siempre con hambre, con la cabeza llena de imaginaciones. Ahora lo sabía todo, comprendía al fin por qué había sido así. Tenía prisa por vivir, tenía prisa por crecer, y es que nació marcado y corría delante de la muerte.

Lo había besado en la frente. Le dijeron que no lo viera y apenas levantó la manta. Mejor así, quería llevarse-lo como era de vivo y no con la amarilla cara de muerto. El médico y el sepulturero dijeron que se fuera al pueblo a pasar la noche, que era muy dura la vela en el campo-santo.

La dejaron a solas con él en la capilla. Creían que iba a tener miedo. Pero ¿puede una madre tener miedo de su hijo? Él sí que lo tenía cuando de pequeño despertaba en la noche., Entonces le cantaba el arrorró. Era tan lejano aquello que parecía de otro mundo. Los hijos crecen y se van de una. Se van aunque no quieran y las madres se quedan solas. Para ver nacer y morir a los hijos. Uno se le fue de pequeño y, ahora, Florentín, en los mejores años... Cuatro velas ardiendo, cuatro hijos, cuatro dolores primero en el vientre y luego más adentro.

Si tuviera flores, aunque fuera un clavel reventón como el que a él le gustaba ponerse en la chaqueta cuando iba a los primeros bailes. No había flores. Sólo aquella mesa de piedra, tan fría que daba grima tocarla, aquella mesa sucia y ensangrentada. Las cuatro paredes blancas, los cirios que pegó al suelo el enterrador, y una gran cruz de madera.

Pobre fue él, pero no tanto. Cuando amaneciera habría que hacer algo para que estuviera limpio y decente como siempre. Intentó rezar y no pudo. Muchas cosas en la cabeza, muy junto al hijo, para pensar en otras cosas. «María, se llora sin gritos, gritan más las que no sienten.» La madre sabía lo que hacía, y su consejo seguía siendo bueno veinte años después de su muerte.

* * *

La comadre había preparado bien el duelo. Los hombres tenían caña en la cocina y a las doloridas de aposento no les faltaba café. Las mujeres se portaban bien. Se veía que sentían al muerto.

—¡Ay, Flora, que te quedaste sin quien te ganaba un jornal!

—¡Ahijado mío fue y me parece que lo estoy llevando a la pila!

Tomó otra taza de café y aun con tres terrones de azúcar le parecía amargo. Disgustos que traen los hijos. ¡Con las ganas de que viniera al mundo, y para eso...! Al pobre marido se lo llevó la magua de verlo tonto. Si viviera estaría contento. Marcos murió como un hombre y todos lo respetan ahora. Tenía sus cosas en la cabeza pero fue bueno para la casa. Aguantaba el castigo y todo el dinero era para su madre.

—¿Qué será de esta casa, Señor? Con dos mujeres solas sin nadie que las defienda.

El lamento de la madre llegó a la cocina y levantó comentarios maliciosos en el corro de bebedores. Y ya uno había dicho:

—Pues, sin faltarle el respeto al muerto, para mí que no tenía lo que debía de tener.

La hermana servía los vasos hipando como una desesperada. Los hombres todavía no se metían con ella. Las mujeres

la besuqueaban llorosas cada vez que entraba, redoblando sus lamentos.

—¡Perdiste a tu único hermano!

—¡Bueno como el pan que era el pobre!

Y ella, que se mareaba con el olor a cirio mezclado con los del tabaco, el sudor y el aguardiente, guardaba para adentro la verdadera pena. Que nadie lo supiese. A ella misma le daba miedo y vergüenza. Era sentido su dolor, mas era por el otro y no por éste su duelo. Había tenido muchos hombres, pero como Florentín ninguno.

—Hija, dile algo a tu hermano.

—No puedo, madre. No puedo. ¡Mentira parece que esté muerto!

Se apagaban los ayes y los rezos; los cirios estaban a medio camino. Una dolorida dio la primera cabezada; allá en la cocina, un mozo descarado guiñó el ojo a la hermana, mientras el yerto seguía sonriendo desde la muerte.

* * *

A esa hora de la noche se podía ir bien por la carretera. Se podía apretar el pedal del acelerador sin miedo a los camiones. Conocía bien el trayecto y por lo faros se advertían los vehículos desde lejos.

Se le había hecho demasiado tarde con eso del accidente. Un guardia le avisó por teléfono cuando estaba en casa de don Roberto, celebrando una junta de la galería. La noticia les dejó fríos. Después acordaron regalarles dos acciones a los familiares de los muertos. Fue una cosa del presidente, pero todos estaban de acuerdo. La muerte es algo serio y no es cosa de ahorrar una perra cuando mañana nos puede tocar a nosotros.

Hablaría con los doloridos para decírselo. Esta noche no podría, ¡como que casi no tenía tiempo para acostarse!

Tenía que disponer el duelo. Habría que avisar enseguida a los concejales. El Ayuntamiento irá en pleno al entierro. Él sacaría la vara y su traje negro. A lo mejor venía también el Juez del Partido. La cosa era seria de verdad y había que quedar bien.

Buena ocurrencia la de pasar por el periódico. El de la entrevista redactó la nota. Se titulaba «*Sensible suceso en el Sur: Un barreno mata a dos hombres.*» Comenzaba diciendo: «En el pintoresco pueblo de...» y terminaba: «en estos momentos de dolor hacemos presente nuestro pésame a los familiares de las víctimas y también al celoso alcalde del referido pueblo, muy vinculado a los trabajadores desaparecidos.» Tendría que guardar el recorte.

* * *

Antonia se ocupó de todo. Él no podía. No servía para esas cosas. Si la muerte fuera un hombre al que se pudiera coger por el cuello y apretar, apretar, hasta dejarla sin resuello, hasta que los ojos se le salten y escupa tanta injusticia como lleva dentro. Pero no es así. Si con la muerte se pudiera dar el pecho como en la guerra y desafiarla... Pero no podía. Sólo comerse el dolor para que no se pierda la compostura, llorar para adentro, sentirse derrotado, viejo, vacío.

Para ella la cuestión parece distinta. Como si toda la vida hubiera andado en eso, como si la hubieran enseñado a tratarla. Y la madre sola con Florentín, tan seria y muda que estremecía. Ellas se entendieron pronto, palabras que tienen las mujeres para esos casos.

Él, sin saber qué decirle, parado en la puerta sin decidirse a dejar la maleta en el suelo. La misma que trajo cuando vino a la isla. Entonces le esperaba Florentín. ¡Qué amargos aquellos tiempos y qué buenos parecen ahora! No podía quedarse así. Tenía que sacar a la madre del aposento, mientras Antonia lavaba al difunto. Faltaban las palabras para decirlo.

Antonia terminó su trabajo. El muerto se iría a la tierra forrado en sábanas de hilo; las que ella había bordado con sus iniciales de soltera, amarillas de tantos años en el cofre. Era el momento de abrir la maleta: también él tenía un regalo para el amigo. Por un momento se acordó de la fulana que en una esquina de Santa Cruz se lo había echado por la cabeza e instintivamente pasó la mano por el borde interior, como si quisiera limpiar la mancha del recuerdo. Luego, con todo respeto, cubrió con el casco la cara del muerto.

Es un casco de minero. Cosa de hombres. Florentín lo llevará mejor que yo a la tierra.

* * *

Que no vuelva el ahogo, Señor. Sólo una tregua hasta llegar al cementerio. Toda la noche clavado en la cama y esa madre sola en el camposanto.

Las mañanitas son buenas, aligeran los años del viejo y las penas del enfermo. Qué hermoso el nuevo día sobre las tierras plateadas y medio cubiertas por finos cendales de amanecida; qué olor a mar trae el aire de la costa, cuánta vida despertando, naciendo, creciendo ante los ojos del cielo. La paz del Señor, unos nacen y otros mueren, vuelve la tierra a la tierra, sigue su Gloria en los cielos.

Sonriendo, ido del mundo, inconsciente como un niño, pasó al depósito.

—Aquí traigo unas flores. Los primeros crisantemos del año. Y esos tunos amarillos, fresquitos que deben estar de la madrugada.

Juan abrió la piel del higo con su navaja; el primero para la madre, como alivio a la sequedad y a la amargura.

El pobre cura perdió el color y el ánimo. Sólo ahora se daba cuenta de que el huerto de donde los había cogido no era suyo ya.

* * *

Esto era distinto. Gente que sabía agradecer. No como la madre de Florentín, que se quedó como si no fuera por ella. Juan le dio la mano sin levantarse y escondiendo la cabeza. Resentido que es, o a lo mejor que estaba llorando y no quería que se le notara.

Aquí era diferente. No más decirle lo de la acción se volvieron locas de agradecimiento. Hasta le querían besar la mano como si fuera un cura.

—¡Ay, don Manuel, que usted ha sido nuestra salvación!

—¡Ay, señor Alcalde, que no sabemos cómo pagárselo!

Y eso que todavía no se había nombrado lo del seguro. Cuando lo supieron, la cosa se puso más difícil. Trabajo le costó que lo dejaran salir. Desde el camino se oían bien los gritos y los gemidos en torno al féretro.

—¡Todavía te acordabas de nosotras!

—El buen hijo ayuda a su madre hasta después de muerto.

Con gente así daba gusto hacer favores.

XXIII

Su soberbia había sido castigada y regresó la paz a la conciencia. Nunca había querido confesárselo, pero cuando el obispo ordenó su relevo, una voz, sumergida más allá del sano juicio, se alzó en rebeldía. Insinuaba un no se qué de injusticia y crueldad para con un sacerdote anciano al que no se le permitía el consuelo de morir en la que durante tantos años fuera su parroquia. Tretas del Enemigo para perder a un hombre que anda en sus últimos días.

Igual que le tentaba ahora con el atardecer más hermoso de su vida.

Parecía que el Valle se había puesto su mejor traje para darle la despedida. El cielo estaba terso y limpio como una concha nacarada que iba del rosa al malva. En lo más alto, casi alcanzando la primera estrella, el Teide surgía y desaparecía tras el cendal de nubecillas. Y cada vez el soberbio volcán lucía un color diferente. Ora era el cobre bruñido y destellante, más cegador y limpio que el propio sol que ya caía sobre el mar, ora llameantes escarlatas, e imprecisos malvas que se iban apagando y confundiendo con el gris ceniza del cielo para en los postreros minutos, en esa mágica frontera del día con la noche, volver a esplender con una fantasmal luz plateada. Y abajo el mar, olas rojas pespunteadas de blanca fosforescencia, suaves, jadeantes, acunando las barquillas que con las velas desplegadas ponían proa al horizonte. El blanco caserío, los huertos yermos, los abruptos riscachos de medianías, parecían invadidos de contagio-

sas ternuras. Seguía la sequedad del aire, huérfano de una mala acequia donde descansar de su avidez por el agua, pero desde la cumbre caían las brisas del anochecer, impregnadas con el perfume del pinar, de la tierra húmeda y vegetal.

Tanta bondad dolía en el alma. Arrastraba antiguos y casi olvidados recuerdos, tocados de esa melancolía por las cosas que se fueron. La serena belleza de la tarde poco sabía de la tristeza de un cura aldeano que, sentado en el bordillo de la carretera, sin más equipaje que la maleta y el paraguas con los que llegara tantos años antes, esperaba el autobús que le alejaría para siempre del pueblo. Estaba solo. Lo había querido así. Nada de despedidas. No podría sufrirlas. Se marchaba como un fugitivo; o mejor, como un peregrino que a cualquier hora toma el bordón y reanuda la marcha. Sabía hacia dónde iban sus pasos y los pocos que le quedaban por dar.

Poco tiempo antes el Señor le había descubierto una cosa nueva. Fue cuando el entierro de Marcos y Florentín. Terminada la epístola, bajó las gradas del altar para pronunciar la plática. La tenía preparada, pero no hizo más que empezar con aquellas palabras: «Amadísimos hermanos, en esta hora de intenso dolor...», cuando se le metieron por los ojos los féretros cubiertos de flores que guardaban los cuerpos de los dos hombres jóvenes y sanos, la cara atormentada de los familiares, el conmovido silencio de los fieles, y algo se rompió en su interior. Adivinaba que sus palabras eran apergaminadas, manidas, de tanto uso, sin poder alguno de consuelo y no pudo seguir. Se secó la saliva en la garganta, se fueron la voz y la idea. Y entonces, de cara a los fieles, hundió la barbilla en el pecho y empezó a llorar como un niño. ¿Cuánto tiempo estuvo así? Sólo Dios lo sabría. Al fin, entre el murmullo sordo de los fieles, le cogió por el brazo el Hermano Mayor del Santísimo, y como quien lleva a un ciego o a un enfermo, lo devolvió al altar donde Dios le dio fuerzas para seguir la misa.

Había sido la gran lección. El Obispo supo lo que hacía cuando le nombró sustituto. Él no podía seguir de párroco. Los años y las penas lo habían vencido. Fue triste pero hermosa la lección. Las palomas y los pájaros sienten más que los hombres el pudor de la vejez y la muerte. Ahora volaba él a entregar su alma a Dios en aquel mismo nido donde un día había nacido. Se cerraba el arco. Partía en silencio e inadvertido para que no le vieran otra vez sin palabras, sin consejos, sin consuelos, llorando su pena como cuando era niño.

Un hombre se acercaba por la carretera. Y él quería que no lo sorprendiera nadie. Era Juan el minero.

—Gozando de la tarde, don Jesús.

—Despidiéndome de todo esto.

Ya el otro había advertido la maleta.

—Entonces es que se va hoy. Decían que sería después de las fiestas.

—Pedí permiso al Obispo para irme antes.

—A Antonia le hubiera gustado decirle adiós.

—Buena esposa que Dios te dio.

—No tengo quejas de ella.

—Ni ella de ti, por lo que he oído.

Un silencio denso, enojoso, nacido de mutuos recelos se interpuso entre los dos hombres. Había algo que don Jesús no se atrevía a echar fuera.

—Me voy con el desconsuelo de que la galería no haya dado agua.

—Próxima estaba cuando ocurrió la desgracia.

El cura tomó del brazo a Juan y lo puso de cara al Valle.

—Míralo, seco y pobre; pero un día nacerá el agua y toda esa llanura, ahora pelada, se cubrirá de platanales. Entonces habrá árboles corpulentos y flores en las casas; la gente pasará menos necesidad y será más buena.

Juan no dijo lo que pensaba: «Y ese mismo día los ricos levantarán vallas y dirán: esto es mío; por aquí no pasa nadie. Los pobres trabajarán para ellos y seguirá la misma injusticia.»

—¿No te parece hermoso?

—Sí.

Pero la contestación era por dentro más larga: «Hasta que llegue otro día en que se derriben las vallas, muera el dinero en el fuego y el hombre llame al otro hombre hermano.»

—Parece que no encuentran gente para el trabajo.

—Con eso del ojo que se aparece andan huidos.

—¿Y tú tienes miedo?

—¿Cómo va a hacer daño un amigo?

Don Jesús quería cazarlo.

—¿Te gusta el trabajo de ahora?

—Prefiero la galería, dentro de ella uno es el rey, fuera nada más que un soldado.

—Ganas tendrás de volver.

—Pero me las aguanto por no contrariar a la mujer.

Un estridente bocinazo descubrió el autobús que salía de la curva. No hubo tiempo para despedidas. Por última vez vio al cura que se asomaba tras el cristal de la ventanilla. Le pareció verle echar una bendición, no sabía si a él o al Valle.

XXIV

Compadre Fulgencio, no más tapaderas, y echa por la boca lo que llevas dentro. Puro miedo al ojo de Florentín flotando en la galería, que te sigue como la sombra al cuerpo. Bobos están los que piensan que es por lo del vino, como si tú, pellejo untado de madres y soleras, vinieras ahora con esas pamplinas. Ganas que tienen todos de estar tranquilos y no encararse con las cosas que dan canguelo. Allá ellos con sus confianzas, pero tú, como siempre, a solas con la galería que aún huele a sangre, a muerte fresca y presente, con ese ojo bien abierto y encendido que te acompaña al chamizo y te ilumina las noches con sus resplandores luneros.

No son cosas de ignorancia pues a Cho Pío no le faltaron reales para pagar un maestro y aprendiste bien las letras. Buenos tiempos aquellos, seis vacas bien gordas en el colgadizo, el troje cargado de mazorcas y los dátiles pintando en las palmeras. Aún recuerdas las alegres mañanitas gomerías cuando ibas con la madre a lo del guarapo, y hasta te chasquea la lengua con la memoria de su sabor dulce y fresquito. La madre se daba buena maña para prepararlo y también tenía buena mano para curar los quesos y dar el punto al almogrote. Si tuvieras ahora uno de esos potajes de berros con los pedazos de tocino bailando entre papas y hierbas. Aquello sí que eran tiempos. A ti te tocaba andar con las cabras, una docena de ellas y el macho encabronado y rebelde que te tuvo siempre a mal andar. Caprichos del

negro que siempre tiraba a los precipicios y te convirtió en mono para saber aguantarte sobre los riscos. Pero lo tuyo era el bosque, el bosque oscuro de los helechos altos como pinos, los árboles tumbados de viejos y cubiertos de musgo y, sobre todo, las telas de arañas, más grandes que un hombre. Sabías que era pecado porque llevaban una cruz blanca en la barriga, pero las escachabas entre dos piedras y las gordas arañas se convertían en una pasta tibia que manchaba los dedos. Todavía el bosque no tenía nombre, los ratones asesinos estaban lejos y los pájaros podían hacer los nidos en el ramaje. Ellos cantando arriba y tú revolcándote en el mantillo del suelo, jugando con las lunetas que el sol dejaba caer entre los claros.

Entrabas al monte sin miedo, descalzo como todos los chiquillos del pueblo, que los zapatos eran cosa de señoritos delicados. Si te falta un dedo, culpa fue del cerdo salvaje que se lo llevó en la boca. Nadie te mandó dormir junto al río, claro que con tanto run-run de callaos le entra la soñarrera al más pintado. Suerte fue que al puerco le diera por ti y no por las cabras, de otra forma el padre te hubiera deslomado. Cho Pío se tomó buena venganza. Mientras la madre cegaba la herida con bosta de vaca él se fue arriba y no paró hasta traer el cochino ensartado. Con el sabroso adobo pasaste mejor los dolores del dedo y todavía te salta la risa cuando recuerdas el gaje. También le llevaste carne al maestro y buena falta que debía hacerle por lo flaco que estaba. Miserias de pobre que pasaba el confiscado por irse a vivir donde el diablo perdió los calzones para un no sé qué de los antiguos guanches y sus cacharros de barro. Se pasaba el día de cueva en cueva buscando momias y cosas viejas. También disecaba pájaros y pegaba en un libro hojas marchitas. A ti te daba clase por las tardes, a cambio de la leche, el gofio y el queso que le llevabas. Poco más debía comer el muy loco, siempre en su manía de escribir un condenado libro. Más sabía Cho Pío que trajo sus pesos de Cuba y para pies de romance no había quien le ganara. También sabía tocar la tambora y aguantaba el tajaraste de

la noche a la mañana. Cuando pegaba a tocar calentaba las patas de las bailadoras y, brinca para acá, brinca para allá, mataban las horas y las noches hasta que el sol las descubría rendidas. Guadalupe era la mejor pero se decía que tenía parte con el diablo. Chipudera con raza de indios, destetada y flaca, echaba lumbre por los ojos y quemaba con ellos a los bailadores que le aguantaban el tajaraste unos pasitos. Chó Pío dijo que te guardaras de ella. El maestro se reía de estas cosas y tú les ponías poca cuenta. Cuando ya eras leído y escrito te entró la manía por la mecánica. Todo desde que viste el pescante de Agulo subiendo guacales como si fueran merengues. Mucha ignorancia que había en la isla para encontrar quien te enseñara. Malamente se acordaba el maquinista del pescante de lo que le explicó el inglés tantos años antes. Pero con los libros que dejó, mucha paciencia y las buenas entendederas que Dios te dio, no fue muy difícil cogerle el geito a lo de los pistones, las piezas y las ruedas. Tan bien se daba que hasta pudiste hacer un aparato con maderas y aros de toneles para sacar agua del pozo. Pasmada que se quedó la madre cuando lo vio, y muy contenta de no tener que recoger sogas para subir el cubo.

A Cho Pío no le hacía gracia tanta novelería. Te quería para los sembrados y las cabras y ya barruntaba que la mecánica tira para otros nortes. Ni por adivino que fuera podía imaginar que acabarías hecho un pellejo de vino sin más compañía que la amargura y la miseria. Pero la vida a unos empuja para arriba y a otros para abajo hasta dejarlos con el agua al cuello. El cuello, la sogas, la cara morada, el viento subiendo el camisón, la lengua fuera y los ojos hinchados hasta saltarse. Fea hasta el miedo como la misma muerte que llevaba dentro, dando vueltas cual un trompo al mal viento de la madrugada. Para que luego digan que tienes mucho vino y que el vino se te vuelve agrio...

Cho Pío quería un hijo que le cerrara los ojos cuando le tocara la última. Cho Pío quería ver nietos en la misma cocina que levantó con sus manos, sentados en la mesa de

maderas traídas de Cuba. El padre no estaba por los cambios, sus tierras, su ganado de todos los días, y la tambora para las fiestas. Lágrimas le costó tu partida cuando lo de Cuba y los insurrectos, y con lágrimas te recibió al regresar con el rayadillo sucio y roto, calenturas en las tripas y mucho piojo en la cabeza. Por más que le dijiste, no se creía que La Perla fuera ya República, que los de rayadillo tuvieron que hincar el pico en la manigua. Los viejos no se enteran sino de lo que les gusta. Así aguantan mejor las penas. Buenos ratos que pasó, mientras te enderezabas, platicando al pie de la cama sobre cosas de allá.

Los malos tiempos del viejo empezaron cuando se te ocurrió ir con la chipudera. Perrera que cogieron con ella, que si bruja, que si a la madre se la llevaron los demonios, que si hija de un macho cabrío o de un cerdo salvaje, que si en su choza malparían las mozas solteras y ahogaban las criaturas, que si puta y alcahueta de los ricos. Hasta te llevó a la romería de Puntallana y se aguantó los miedos y los mareos en la barca. Sacrificios que no paran de hacer las madres hasta que se las come la tierra.

Y tú como si nada, por el día, en el trabajo de la tierra, y con el oscuro corriendo a caballo sobre las cumbres a la busca de su calor. Había que meterle la espuela a la bestia para que se llegara al pajar de la hembra, reculón y resabiado que se ponía en las proximidades. Pero un hombre necesita consuelo para sus mocedades y cualquier apaño es bueno cuando se anda en esa edad. Enconejamiento que te entró con la chipudera. La madre juraba que porque te dio a comer un caramelo con la sangre de sus lunas. Lo que te dio fue una cosa que los padres cuando se ponen viejos no saben comprender.

La verdad es que a ella también le gustaba presumir de rara. Una noche se fue al claro enlunado y bailó desnuda una danza que no era de la tierra. Dijo que la aprendió de su madre, que ésta la aprendió de su abuela, que venía de muy atrás, de cuando los barcos de vela y los colonos trajeron

a su gente para enseñársela a los Reyes y como algunos indios se pusieron malos en el viaje los soltaron en La Gomera para que se muriesen. El maestro hubiera explicado bien todo esto pero bien muerto y enterrado que estaba. Se lo llevó una mala pulmonía cuando estabas en lo de Cuba y con sus libros y papeles encendió el fuego la dueña de la casa. Hablando de fuego, cuando te la llevaste al prado para tumbarla te dijo que tenía tanta lumbré que quemaba con su cuerpo los rastrojos. Viste en el suelo el muñeco de la chamusca pero eras demasiado hombre para sentir miedo por esas cosas. Lo otro fue distinto, el cuerpo pendiente del nisperero y los rabiosos ojos de la muerta comiéndose al mundo. Bajarla del árbol, componerla sobre la cama y avisar a la justicia sí que tuvo su aquello. Para que ahora hablen de canguelos e inventos con lo del ojo de Florentín, para que le echen en cara que se mande unos buchés de vino que hagan olvidar tantas amarguras.

Es fácil dar la cara ante el insurrecto que te espera escondido entre los cañaverales. Más miedo tiene él que tú y apenas si sabe de fusiles pues lo suyo es cantar «puntos» y cortar caña. Si hubo medalla por ello, cosas de la guerra que tiene que animar al soldado. Es fácil gallear entre valentones de bodegas y bailongos que se derriten al primer moquete pues con tanta vagancia están esmorecidos. Lo que pide agallas, cataplínes y lo que hay que tener es plantarle cara a la desgracia que se ensaña en un hombre y su familia, que no le dejan levantar cabeza, que te encaderan una y otra vez para estallarte contra el suelo como un luchador de piernas bobas. Entonces hay que meter la pata atrás y aguantar como sea, moler a la suerte y trabajarla con el mismo ahínco. Si te tumba, a levantarse de la arena y otra vez a trabar lucha, a mantenerse de pie, a seguir en el terrero bien plantado, a no dar palmadita pidiendo paces ni quedarse tendido en el suelo como un gandul sin arrestos.

La suerte, el Pollo de la lucha marrullera, te atacó por abajo, metiéndose adentro y con buena retranca. Cho Pío

sabía de tales mañas y quiso cortar por lo sano. Metió mar por medio entre la chipudera y tú, pero las cosas estaban ya escritas. No importaba mucho dejar a la hembra flaca y huesuda, pues mejores las había en Santa Cruz y ganabas perras para mantenerlas. A un mecánico le va siempre bien y no fue difícil encontrar trabajo. Primero como engrasador, después como ayudante y, al fin, como maestro. Para apretar tuercas, limpiar motores y descubrir averías, pocos te ganaban. Lo malo es cuando no se trata de ruedas y tornillos, cuando el santo se pone de espaldas y toca pechar con la negra.

Primero fue la madre que se le tiraron los nervios a la cabeza y dio en pegar gritos y en ver las cosas viradas. Revolturas interiores que rompieron la fuente de la sangre hasta dejarla muerta y morada. Cho Pío aguantó pocos años más pero ya estaba colgando para lo ajeno. Bobalicón hasta caérsele la baba y creciendo escamas y piojos en el pelo. «¿Cómo está, señor Pío?» «Bien me ven los señores, siempre piyando...» Se lo llevaron en la caja de pino con sus cortos calzones de cordón, y la tambora quedó sin dueño. Fue un bonito duelo pero los cargadores perdieron la cuenta con el vino y al llegar a la degollada de los dos valles trabucaron los pies y desriscaron al muerto. Roto y en una mala manta lo llevaron al cementerio, sin presencia ni aseo. Maleficio de la chipudera, dijeron enseguida las comadres; sombra negra que echó sobre la casa desde que le quitaron al hijo.

Se acabó la grasa y las llaves inglesas. No se podía volver a Tenerife cuando en el establo mugían las vacas de hambre, cuando las tierras estaban en sazón para labrarlas. La casa vacía, la de los padres y abuelos, pedía un dueño y una mano que remendara los desconchones. Había que resignarse con la suerte que otra vez te ataba a la tierra.

Unciste la yunta y clavaste el arado en los campos de papas y millos y las fincas volvieron a ser lo que eran tras el abandono en que las dejó la enfermedad del padre. Ni un

verbajo en los huertos y las sementeras creciendo a la buena de Dios. Todavía quedaba tiempo para plantar frutales, reparar los tejados y enjalbegar la casa. Pero cuando terminaba la faena, las paredes se echaban encima y es que el labrador no puede vivir solo, necesita mujer e hijos que le ayuden, prolongarse más allá del pellejo como lo hace la flor en el fruto y la semilla. La misma rueda en las plantas que en el hombre que las cultiva. Tan pronto te quitaste el luto, fuiste en voz de alguna muchacha. Te dieron buenos abonos de una y caíste arriba de ella. Enseguida vino el apalabramiento. Dos vacas costó el trato con el padre, pero cuando el viejo la espiche, a la costilla le tocarán sus buenos cachos de tierra.

De la chipudera nada, bastantes disgustos trajo a la familia para volver con ella. Si la encontrabas de camino mirabas para otro lado o te hacías el ciego. Que un hombre tiene que sentar la cabeza cuando tiene a su cargo casa y tierras de labranza. Quiere esposa seria y no coneja loca. Alguien que trabaje la salsa en la mortera y sepa del cuido de las reses. Lo que Juan encontró en Antonia, lo que tú tuviste muchos años y lo disfrutaste a gusto. Alta y morena, más guapa que otra cosa, siempre callada y obediente. *Encogida, verde, espumarajos por la boca y bailando por los aires.*

La bruja nubló el casorio. La gente terminaba con el chocolate y los viejos más achispados le pegaban ya a la tambora. La madrina soltó pronto el primer pie de romance: «tanta suerte deseamos a los señores casados». Entonces apareció ella santiguando con la pata de cabra y echando a los cuatro nortes la maldición: «Como las hijas no abrirán los ojos, los hijos serán segados para que la madre se vaya por los aires.»

Llovieron las piedras sobre la chipudera hasta que escapó por las cumbres. La madrina cogió la tambora y cantó un contrahechizo para la maldición. Se encadenó un rosario de ellos y cuando llegó la mañana los invitados seguían

bailando en la era. Más cansado te sentías tú entre las sábanas perfumadas por ramos de romero; y la esposa al lado, con un mal sueño que le apretaba los puños y le ponía tiritera por todo el cuerpo. Nervios de las mujeres que por cualquier cosa se asustan.

Compadre Fulgencio, viejo pellejo de vino, pobre de caerse y sin un mal calor a que arrimarse, acuérdate de los tiempos buenos y goza con ellos en los pocos años que te queden de penas. La mujer cuidándote la barriga con sus potajes de gloria, trabajando en el campo, dando gusto en la cama y arañando unas perrillas para la casa con las conejeras que puso en el patio. Los años que siguieron fueron buenos para el campo, las lluvias y el sol a su tiempo, la bodega llena de mosto y el trigo rebosando en el granero. Las vacas tuvieron más hembras que machos y se sacaron algunas onzas con las crías. La que seguía de vacío por más vueltas que le dabas era ella. Tres muñecos de cera llevó a la Virgen, pero el niño que debía venir no cuajaba. Tampoco era para apurarse pues con los cuerpos jóvenes y sanos las cosas que tienen que venir llegan cuando menos uno se lo figura.

Por tres años seguidos cuadraron mal las cabañuelas. Agosto se presentaba en marzo y con las noches limpias, la tarozada se comía los pastos y las sementeras. Luego venían las largas meadas de Santiago que no dejaban una uva sana. Se acabaron los reales del colchón, el trigo del granero y las vacas hambrientas cerraron las ubres. Y entre tanta desgracia a la esposa se le ocurrió quedar preñada.

A malos tiempos, más rabia y más corazón para no dejarse tumbar como un árbol carcomido con los años. Mucho rejo tenías todavía para hincar el pico. Dejaste una vaca en la casa y vendiste las otras en Santa Cruz. Poco dieron por sus pellejos pero suficiente para plantar la nueva cosecha y no pasar apuros en la cocina. El año pintó bien para el campo y mal para la mujer que tuvo una hija muerta. Vestida como una muñeca la puso la madre en

la cajita y todavía te acuerdas de la cara que tenía la criatura.

Tras los años de sequía vinieron los de temporales y revolturas. Caían los torrentes desde las cumbres y llenaron las huertas de piedras y troncos. Meses costó limpiarlos pero sobre la tierra bien mojada brotó una bonita cosecha. También la vaca tuvo novilla y con cuatro becerras que compraste para el siguiente año estuvieron completas otra vez las tres yuntas. La vida del campo que es así, el que no sepa aguantar palos y quebrantos que tire la azada y se ponga a otra cosa. El padre y el abuelo supieron de eso y tú eres de la misma casta aunque de cuando en cuando te tire la vieja manía de la mecánica. Pero no se puede pensar en novelerías como ésa cuando se tiene una casa y buenas tierras para trabajar, cuando mugen las vacas en el establo y la mujer camina despacio por las veredas porque espera otro hijo.

Los días buenos se empatan unos a otros y después no sabes si fueron ciento o mil, parece que pasan más pronto y más iguales. Por eso confundes los bautizos de los dos hijos varones y te acuerdas bien de la segunda niña muerta que vino entre ellos. Apenas llegó a nacer, salió brincando como un pescado varado y con toda la cara violada por la asfixia. La tapaste con un pañuelo para no verla más. A la madre fue con una sábana. La placenta y la sogá hicieron el mismo trabajo.

Mira bien viejo y busca en el fondo de las cosas. Florentín no puede hacerte daño. Un poco bromista sí que era pero siempre buen amigo. Lo del ojo debe ser una de las tuyas. Genio y figura más allá de la sepultura. Sería gran volada que cogieras miedo ahora y te fueras de la galería. Tienes que esperar al reventón. También el maquinista forma parte de la piña y lucha contra la piedra. Tú sabes bien cómo soplan los vientos y cuándo respira bien o mal la cueva. Según de donde vengan, abres o cierras la llave del aire. Los muchachos confían en ti allá dentro y cualquier

descuido tuyo puede costarles caro. Pero no hay cuidado en eso, para tornillos y desgracias eres el primero. A Florentín hay que hablarle claro. Si tiene algo que decir que se presente. No vas a tener miedo ahora, peor que lo de la ahorcada no puede haber ya otra cosa. Le limpiaste las babas, la tapaste con una sábana y fuiste a dar cuenta a la justicia. Pero se había muerto muchos años antes desde el día en que recibió el telegrama del frente. Mientras estuvo el hijo en la guerra, no salía de misas, novenas y rezos. Para que no lo mataran como al otro que salió rebelde, lo mandaste de voluntario. Las cosas no andaban seguras por la isla y el bandido del cuñado te las tenía guardadas desde el pleito por la herencia del suegro. Seguro que tuvo que ver algo con lo del hijo mayor, el pobre no dio tanta candela como para que lo mataran de esa forma. Sus líos con los señores no pasaron de unas palabras de más cuando se acaloraba en las elecciones. Amigo que salió de la letra menuda y eso, para el que nació pobre, siempre trae desgracia. Por salvar al segundo, lo mandaste a la muerte. Miedo al cuñado, hombre de influencias y pleitos que no paró hasta quitarte la casa y las fincas. Lo mismo daba ya. Poco provecho que sacó de su rapiña pues la diñó antes de que pudiera cogerle el gusto. Tampoco a su mujer debía gustarle pasar bajo el árbol donde se ahorcó la hermana. La chipudera tenía razón, «como las hijas no abrirán los ojos, los hijos serán segados para que la madre se vaya por los aires.» Antes de irse quemó los cuadros de vírgenes y santos. Se escapó de madrugada cuando mejor dormido estabas y sólo pudiste descolgarla, muerta, del árbol. Te quedaste solo en el terrero frente al bando de la desgracia, dispuesto a seguir trabando lucha hasta que tuvieras resuello. La chipudera cayó antes, amarilla de tisis, y solamente tú tuviste valor para ir a su entierro. La viste entrar en el hoyo sin nadie que la llorara o le llevara un crisantemo. Al menos los tuyos se fueron con un buen duelo. Para que luego vengan con maldiciones y con poderes del infierno. Todos acaban en la misma fosa y quien más vive, más cuenta.

Compadre Fulgencio, que te quiten lo bailado, el aroma de los buenos años, el gusto por los buches de vino y el corazón macho para aguantar desgracias. Otros tienen menos y andan más amargados. Aún te queda rejo para tirar unos años...

XXV

Lentamente, poniendo cuidado en cada piedra, subía el pequeño repecho de la veredilla que va de la finca a la casa. Acababa de sentir una patada del niño y hasta la mano pudo tentar el piececito que por unos momentos había dilatado la piel del vientre. Deseos de nacer que tendría la criatura. Y más ganas ella de tenerlo en sus brazos. Todo estaba preparado para recibirlo: la cuna que hizo Juan con un cajón y dos medias ruedas para el balanceo; las sábanas y las mantitas que ella misma había cortado y cosido. Mes y medio faltaba para el día y largo se le estaba haciendo.

Tenía prisa, por Juan más que por ella. El marido andaba mal, mustio y corrido como si hubiera hecho una mala cosa.

Sí, los hombres no se casan con una mujer del todo. Viven también enmaridados con sus ideas y su trabajo. Están contigo pero piensan en eso, y si se les llama la atención gruñen y se enfadan. Juan no es para la platanera. Demasiado hombre y orgulloso para hacer de peón. Lo suyo es la galería, aunque se derrita de calor y los gases lo doblen. Allá dentro se siente seguro. Sabe que vale como ninguno. Fuera es como los demás. Y da pena verlo cuando llega del trabajo corrido como un perro, mirando triste a las nubes, dando vueltas a la casa y la finca sin saber qué hacer. La galería que es bruja y lo está llamando. Si con el hijo se le quitara la magua...

Comprendía que si no había vuelto era por ella. Bueno que es como el pan. Pero ¿cómo iba a dejarlo ir si todavía tenía el cuerpo destrozado de Florentín delante de los ojos? Si había limpiado sus heridas y sabía lo que la dinamita hace con los hombres. Si cada hora que él estuviera allá sería para ella un interminable siglo de angustia, de terrores, de presentimientos; si no quería pensar que tuviera que envolverlo para la muerte en una sábana de hilo como hiciera con Florentín. Cuando se despertaba en la noche y lo veía dormir tranquilamente a su lado, le parecía mentira y lo abrazaba llorando como si fuera a perderlo. Sufrimiento de las mujeres que no pueden echar fuera para que no las llamen bobas y cobardes.

Lo peor es que la galería seguía parada. ¿Quién entra en ella con ese ojo de Florentín, que hasta se enciende en la oscuridad y que ¡sabe Dios! lo que aguarda y lo que quiere? Hasta ella lo veía en sueños y quién sabe si el niño también, que por eso se sobresaltaba en la noche.

El curita nuevo dijo que eso era ignorancia y falta de fe. Pero ¿qué sabe él de eso? Algo debía temer cuando subió a la galería y la roció con agua bendita. Don Jesús era distinto, pero el pobre ya cerró los ojos. A las tres semanas de dejar el pueblo murió como un bendito. Si él estuviera aquí le podría dar un consejo y no se sentiría tan atribulada.

A veces le parecía que se estaba portando mal, que era pecado retener a Juan junto a su falda, triste y consumiéndose. Porque no había quien le quitara la galería de la cabeza.

—Para mí es como perder otra guerra y ya son muchas derrotas.

Mala lucha entre la galería que se quiere comer a los hombres y los que tratan de arrancarle el agua. Empeño de minero que no hay quien se lo desclave del cerebro. Estuvo por decirle entonces que volviera, pero se tragó las

palabras. Mucho miedo por el ojo de Florentín. Fueron muy amigos y tal vez quisiera llevárselo con él para el otro mundo.

Juan se ríe de esos terrores, dice que lo del ojo es la mala conciencia de muchos, y que él está tranquilo, que a Florentín se lo comió la tierra, y que si de verdad sintiera, de lo que tendría ganas sería de ver nacer el agua. Cosas del marido, pero ¿quién sabe lo que piensan los muertos? Es malo que un ojo no vuelva con su amo a la tierra, que se pierda en la galería y que nadie lo encuentre. Da escalofríos y tiritera de dientes. Así nadie quiere el trabajo y las viejas se santiguan cuando hablan de la galería. Y Juan emperrado en volver aunque no lo diga, aunque delante de ella ni siquiera mire a las cumbres donde antes trabajaba. Pero ella sabía lo que le pasaba por dentro.

Entre dos que duermen en la misma cama no puede haber secretos.

El día anterior vino el aparejador por la casa y se llevó al marido para ver juntos el frente. Al regreso dijeron que estaba revenido y que el agua debía estar cerca. Cuando se quedó solo, Juan se lio con la botella y le dio fondo. Entonces, empezó a cantar. Nunca lo había hecho. Era una canción amarga y dura de su tierra.

*«¿Para qué trabajáis
mineros de Asturias?
Para que otro se lleve el producto
dejando en vuestras casas luto,
la miseria y el dolor.»*

Perdido que está el hombre con tanto palo que ha tenido que aguantar.

Juan llegó a casa con Martín, el de La Punta. Bastó verlos juntos para comprender que tenía la partida perdida. Aprisa puso el mantel sobre la mesa y preparó unas rajas de queso para acompañar el vino. Enseguida salió para que no la vieran llorar.

La paz había terminado. Desde mañana esperará esta hora con el corazón encogido, asustada por cualquier retraso, luchando contra los presentimientos, esperando siempre lo peor. Tenía que ser así porque tanto uno como otra habían nacido para eso y tenían que cumplir con su seña.

Ahora que había sonado el momento de la verdad, se sentía más tranquila. Era peor lo otro, verlo morir a pedazos, reconcomido por el desconsuelo. Por lo menos cuando estuviera con ella lo vería vivo de verdad, alegre y satisfecho.

A los hombres no se les puede cambiar. Van para un sitio derechos desde que nacen; y si a Juan le toca la mala, seguro que morirá contento.

Se lavó los ojos para quitar lo del llanto y regresó a la casa. Casi sin darse cuenta se puso a mecer la cuna suavemente.

—Cuando tú crezcas, mi niño, trabajarás en el campo. La galería no será para ti. La galería mala que puede con los hombres.

Juan la llamaba y por si acaso sacó del aparador una segunda botella de vino. Cuando llegó hasta ellos no pudo aguantar los cuatro ojos niños y ansiosos que la miraban. Entendía lo que querían pedirle. Siempre supo que el día tendría que llegar.

Esta vez las palabras brotaron firmes y tranquilas:

—Por mí que no lo hagas, Juan; vuelve a tu sitio.

XXVI

Media pegada cada día porque un cabuquero solo no puede con todo. Si estuviera la piña completa como antes de la desgracia, el agua ya estaría corriendo. Pero nadie quiere dar el pecho, se arrugan con el mal cuento del ojo como si fueran mujeres. Menos mal que Martín cumple y así cada semana pueden adelantar tres metros. Manía que han cogido con lo del ojo, seguro que viene de señor Fulgencio, que desde el accidente está chupando vino como si fuera un pellejo. Así ve tantas cosas...

Un mes trabajando y las cosas como antes. A veces hasta cree que está Florentín y eso le hace bien. Cuando el calor aprieta en el frente y el cuerpo tumbón no quiere seguir trabajando, piensa que eso es dar más faena al compañero y no para hasta terminar la media pegada. Cuando se tira en el charco y se disparata con el fresco del agua, vuelve a sentir en las espaldas la palmada del amigo y, como antes, sale corriendo para volver a su puesto.

Lo que falta es alguien con quien poder cambiar dos palabras cuando llega el ahogo y toda el agua es poca para la segura. Alguien que te quite la pipa para beber él, que sude y se derrita a tu lado, que se canse y tengas que echarle una mano.

Lo de Martín es otra cosa. Va y viene de fuera, toma el aire puro y después vuelve a entrar. Apenas se demora en la carga siente los mareos. Como que es hombre de mar.

Sólo los cuartos para su barca le retienen bajo tierra. ¡Las ganas que tiene el condenado de que todo acabe! ¡Pues no se queda en cada explosión con las orejas levantadas por si oye el ruido del agua! Más le valiera quitarse de la cabeza eso del ojo de Florentín, que un hombre con miedo es peligroso aquí dentro.

Duro el risco como el diablo. Dos brocas le lleva partidas. Hay días que no puede con el martillo y se le resbala. Entonces se pone a pensar en Antonia, y con las ganas de verla pronto saca fuerzas para el trabajo. El hijo está al llegar. Sería bueno que la mujer y la galería parieran al mismo tiempo. Maduras están las dos para eso.

XXVII

El peje listo de Manuel supo lo que hacía. Sabrosa carnada en el anzuelo para que se la comiera de un bocado. Y claro que le entró con todos los dientes. Cualquiera no se encandila con un buen fajo de billetes. Ahora sí que podría tener la mejor barca del Puertito y con un motor fuerte para llegar hasta el mar de las potas. Faltaba cumplir con el compromiso, aguantar en la galería unos meses hasta que la muy zascandila diera agua. Si fuera para antes del invierno...

Dicen que lo malo pasa pronto y ahora lo está pasando muy mal. El pulpo de Manuel se calló lo de las supersticiones. Si llega a saber lo del ojo, no acepta el trato tan fácilmente. Ésas no son cosas de pescadores, misterios de tierra adentro que dan tiritera de huesos. Mejor los golpes de mar en donde las potas, los traidores bueyes que se levantan sin saber por qué y viran las barcas. Allí no hay tiempo para volverlas porque las potas se enredan en los pies y manos de los marineros y se los llevan al fondo para comérselos. Mejor eso porque sabe con quién juega y con quién se las gasta, no le quita el ojo al mar ni al cielo por si cambia el tiempo y se pone feo. Muchos pescadores se han ahogado en el mar de las potas, más antes que ahora porque la gente de pesca cada vez nace más espabilada.

Los viejos tenían más miedos y cuentos. Les gustaba dar por el pico en las escalinatas de la Hoya hablando de cosas que oyeron contar a sus abuelos. Hasta decían que en otros

mares aparecían sirenas que cantaban y miraban a los marineros con sus ojos verdes y los dejaban tan alhelados que se iban al fondo con ellas. Cuentos misteriosos que debieron aprender en cualquier película. Lo de las brujas sí era más serio. Se aparecen desnudas en las playas desiertas y tientan a los marineros. Que lo diga padre que vio a una muy hermosa y echó vela para huir de allí porque enseguida vio que tenía parte con el diablo. Tío Polo se reía de estas cosas, el muy tunante creía que las brujas eran mujeres con ganas de macho y de retozar que, por miedo a las lenguas y a los palos, acudían a tales artimañas. Hasta presumía el muy bragado de estarse beneficiando a una de esas mujeres desnudas que le esperaba siempre en la playa de Las Salvajes. Dijo que era mujer y bien mujer, con marido en América y mucho recato y disimulo en el pueblo donde vivía. No se ha vuelto a saber del Tío Polo, ni si es vivo o muerto, si hubo o no hubo maleficio. Su barca apareció rota cerca de la playa de sus juergas y eso que la mar estaba esa noche quieta como un plato.

Hay personas con ojos buenos y otras con ojos malos y cuando las del maleficio la cogen con una familia es feo asunto. Por unas palabras entre mujeres, la malojera cayó sobre Tía Emilia y le secó todos los cochinos que tenía. Luego le salió un bulto en la barriga que tuvieron que sacárselo en el hospital. Dicen que pesaba tres kilos. La tía tuvo que pedir perdón y ya no le hizo más daño.

Pero lo del ojo de Florentín da más miedo. Son cosas del otro mundo, de muertos que Dios sabe lo que quieren. A veces se aparecen porque dejaron tesoros enterrados y el temor a que se los roben no les deja dormir allá arriba. En «La Porcuna» aparecía un fantasma con traje antiguo y las noches de luna se ponía a cavar junto al pozo. La mujer de la vista buena dijo que era pronto para sacar el oro y las joyas. Adivinó que había una cruz de diamantes y un collar de muchas vueltas. Cuando se acercaba al pozo los espíritus se le agarraban a los pies y la tiraban al suelo. Se quedaba tendida y tiesa como un palo hasta que ellos se marchaban.

Como la cosa no se arreglaba con rezos ni sahumerios, el dueño de la casa no quiso esperar y pegó a cavar sin encomendarse a Dios ni al diablo. La codicia por el tesoro que le averió la cabeza. Al segundo golpe de pico cayó muerto. El médico dijo que fue por lo del corazón, pero los que lo recogieron pudieron ver cómo todavía le salía humo por la nariz y las orejas.

Lo de Florentín es cosa mala. Pero hay que aguantarse el miedo y seguir como si nada. Ahora llevaba dos candiles en la carretilla y corría más deprisa con la carga. Lo peor era el viejo de la máquina, preguntando en cada viaje por el ojo, como si uno no tuviera canguelo suficiente. Él dice que lo ha visto tres veces. Mentira debe ser pues no puede tener agallas para volver a la galería después de lo que pasó la primera vez. Gusto por exagerar que tienen los viejos.

En el frente se está más tranquilo. Hasta le perdió el respeto a los cartuchos y ayuda a Juan a colocarlos. Cuatro ojos ven más que dos y se evitan las desgracias. Lo malo es andar dos kilómetros por la oscuridad y temiendo la aparición. El caracol es un consuelo. Puesto el oído se oye el mar, el mismo oleaje en los callaos, y eso da calma. Aliviaba pensar que pronto volvería a él para estrenar la barca. Se pasaban así las horas más pronto. Los días de explosión se trabajaba con más bríos, como que a lo mejor podría romperse el dique y saltar el agua. Calladito se quedaba para oír su cloqueo, pero la dichosa seguía escondiéndose.

XXVIII

Al empezar la pegada notó que el martillo patinaba y se hundía en el barreno del techo. Flojera del dique que debe haber encontrado; buena señal. Pasó la lengua por la arena que había quedado en la broca y la sintió húmeda y fría. No tenía paciencia para horadar más el frente, tiempo habría después si el intento fracasaba. Las manos crispadas empujaban el martillo para ensanchar el primer agujero de forma que cupieran dos cartuchos. Ya Martín había dejado la vagoneta y se iba al chucho por la dinamita.

Sabía que no era así como debía hacer el trabajo, pero aquello era cuestión suya y de la galería. Era el último combate de un hombre contra la piedra asesina que le había robado su mejor amigo. Era una deuda de sangre que alguien tenía que pagar cuanto antes y no se podía perder tiempo esperando a los de la junta directiva. Éstos suelen demorar el alumbramiento para sus juegos y sus negocios. Era la hora de la verdad, sin treguas, sin vacilaciones, en la que el cabuquero, tanto tiempo esclavo de la oscuridad, del calor y del aire enrarecido, iba a decir su última palabra.

Con más cuidado que nunca colocó los dos cartuchos en el barreno. Iban juntos y apretados. Listos para el fuego...

Una vez más, los dos hombres escondidos en el chucho, los segundos largos y expectantes que consume la mecha al

quemarse, la bola de fuego blanco que ilumina la galería y el ensordecedor estruendo que se repetía en mil ecos. Pero esta vez faltaba algo. Martín diría que algo así como el rodar de los callaos cuando baja la marea; Juan, que como la lluvia del norte sobre los tejados de pizarra. Pero los dos esperaban lo mismo: el son fresco y virginal del agua que nace.

Pasó la nube de humo, se apagó el ruido de la explosión y sólo el silencio contestó al oído atento de los mineros. Fueron unos minutos en los que cupo toda la angustia expectante para dejar sitio, luego, a la desilusión.

—¿Tampoco hoy?

—Volvamos al frente. Tendremos que completar la pegada.

Pero no, el dique estaba vencido por más que se mantuviera en pie. El barreno lo había herido de muerte y un breve hilillo de agua corría casi inadvertido por la coraza de piedra, una gota que se deslizaba loca y que era alcanzada por otra, un reguero continuo y plateado que brillaba a la luz del candil.

Como un rayo, el pico de Juan se clavó en la abertura y saltaron las piedras sueltas. Fueron varios golpes repetidos hasta que el hilillo se convirtió en un puño vigoroso de agua que cegó por unos momentos a los hombres. El chorro fue ganando caudal y, de pronto, Juan y Martín se vieron arrastrados por el suelo. Las piedras del piso arañaban su piel, pero ¿cómo iban a sentirlo?, si reían, jugaban y se echaban agua por encima como si hubieran enniñecido. El agua fría, pura, limpia, inmóvil durante siglos, que hoy despertaba de su sueño y se sentía con fuerzas para regar el mundo. El agua que recogía la sangre de los mineros muertos y se la llevaba pendiente abajo a fecundar los campos, que quitaba miedos y apariciones, que reía y cantaba por primera vez ante los dos hombres que supieron llegar hasta ella.

—¡Agua, señor Fulgencio, ahí viene un chorro precioso!

—Tenías que darla, cochina. Ni con sangre pudiste guardártela. Ahora te vaciarán las entrañas y ése será tu castigo.

Alfonso García-Ramos nació en 1930 en La Laguna y murió el 4 de marzo de 1980 en Santa Cruz de Tenerife, recién cumplidos los 50 años. Demasiado pronto; en plena madurez creadora. Licenciado en Derecho y Periodismo. Fue redactor y director del vespertino tinerfeño *La Tarde*, donde desarrolló una importantísima labor periodística, trascendental en la creación de opinión en las Islas en las décadas de los años 60 y 70. Su obra de creación publicada se reduce a *Teneyda* (Premio "Santo Tomás de Aquino", Santa Cruz de Tenerife, 1959), *Guad* (Premio "Benito Pérez Armas", 1970), de la que se han publicado tres ediciones (Caja General de Ahorros de Santa Cruz de Tenerife, 1971; Aula de Cultura del Cabildo de Tenerife, 1981, e Interinsular Canaria, 1983), además de la presente, y *Tristeza sobre un caballo blanco* (Las Palmas, Edirca, 1979).

Gregorio Salvador nació en Cúllar-Baza (Granada), en 1927. Catedrático de Gramática Histórica de la Lengua Española de la Universidad de La Laguna (de 1966 a 1975) y posteriormente en las de Granada y Autónoma de Madrid. Desde 1980 lo es en la Complutense. Ha sido también Profesor Visitante en la Universidad de Maryland y en El Colegio de México. Es académico de número de la Real Academia Española de la Lengua desde 1987. Dialectólogo, lexicólogo y crítico literario, sus libros más recientes son *Semántica y Lexicología del español* (1985), *Estudios dialectológicos* (1987) y *Lengua española y lenguas de España* (1987).



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra Narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de la primavera*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El Nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.

45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 11 de octubre de 1989,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Alfonso García-Ramos murió en 1980, con cincuenta años recién cumplidos. Demasiado pronto; en plena madurez creadora. Una gran figura de las letras canarias de este siglo, del pensamiento canario, que poseía todas las condiciones precisas para haber adquirido considerable presencia en el panorama general de las letras hispanas.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem